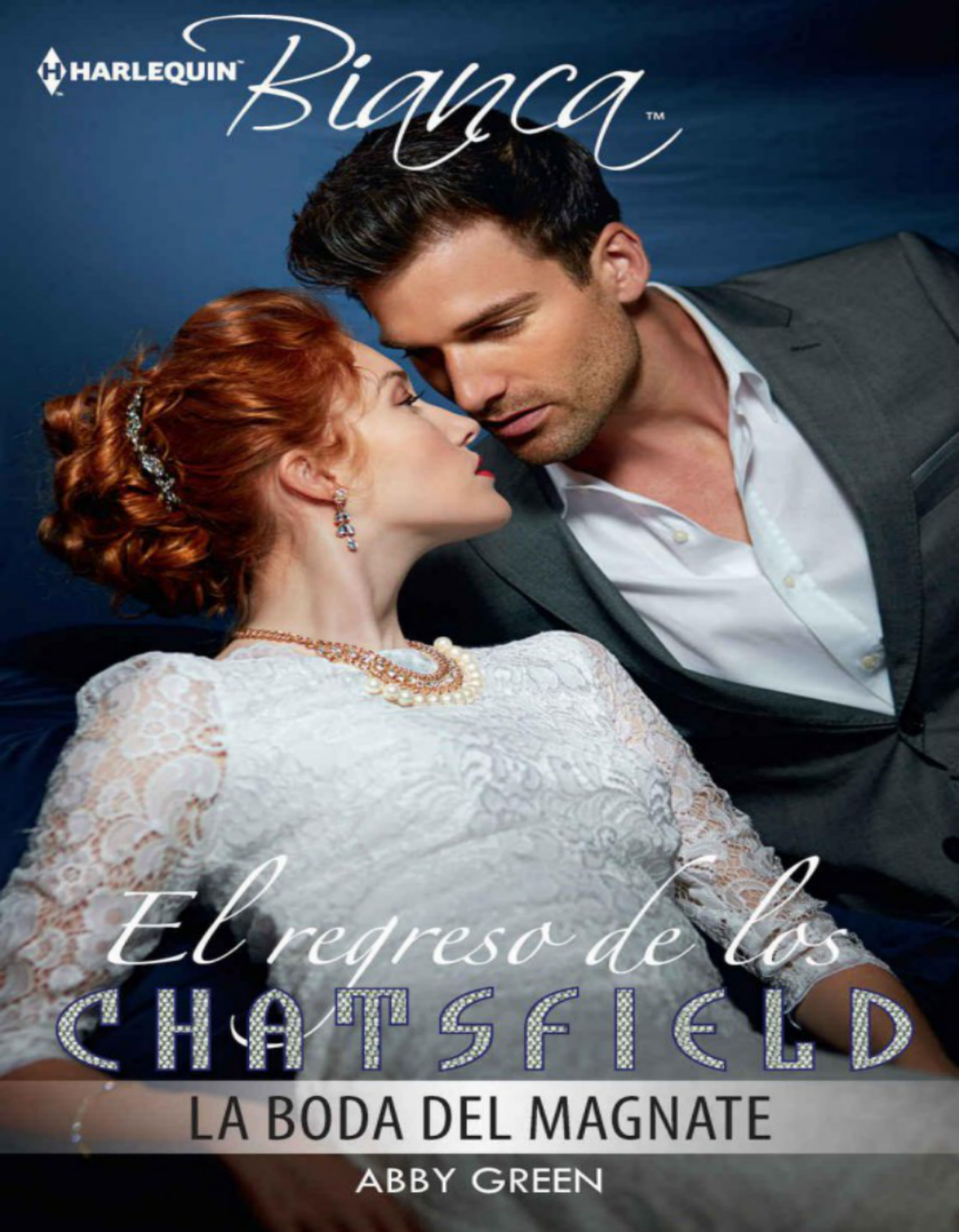

HARLEQUIN
Bianca
El regreso de los
CHATSFIELD
LA BODA DEL MAGNATE
ABBY GREEN



LA BODA DEL MAGNATE

ABBY GREEN



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La boda del magnate, n.º 114 — marzo 2016
Título original: Delucca's Marriage Contract
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-7668-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Prólogo

Ese es el trato, Delucca, lo toma o lo deja. Y no creo que tenga que recordarle que, si no acepta mis condiciones, no será precisamente la marca O'Connor la que se vea afectada.

Gianni Delucca apretó los dientes, le costaba soportar el tono arrogante del irlandés. Su insinuación no era nada sutil, le estaba dejando bien claro que sería la marca Delucca la que iba a verse perjudicada y la que no iba a poder lanzar a nivel mundial.

Gianni trató de controlar su enfado mientras miraba a Liam O'Connor. El hombre lo miraba desde su sillón de cuero, dándole la espalda a la impresionante vista del distrito financiero de Dublín que tenía su despacho.

—¿Y qué es lo que piensa su hija de este matrimonio de conveniencia?

O'Connor lo miró estrechando sus ojos grises y le pareció que apretaba ligeramente los labios.

—Keelin es muy leal y le importa el futuro de la empresa familiar —contestó el otro hombre.

—¿Lo suficientemente leal como para aceptar un matrimonio de ese tipo?

Gianni se sintió de repente nervioso y, sin esperar una respuesta, fue hasta uno de los enormes ventanales del despacho. Se metió las manos en los bolsillos para no tener la tentación de pasárselas por el pelo. Era una manía que no conseguía quitarse.

Empezaba a sentir claustrofobia.

Estaban hablando de matrimonio, una palabra que llenaba su cabeza de oscuras imágenes y malos recuerdos.

Había visto de cerca lo peor de una unión entre dos personas y se había prometido a sí mismo que nunca iba a tomar ese camino. Pero, por desgracia, necesitaba esa fusión con Alimentos O'Connor, una empresa que iba a ayudarlo a estar presente en los mercados mundiales. Sobre todo en el más lucrativo, el de Estados Unidos.

Sabía que era la manera de dejar atrás para siempre los amargos recuerdos de su infancia y juventud. Tenía en sus manos la increíble oportunidad de renovar su apellido. Creía que, con el tiempo, nadie recordaría que los Delucca habían sido una de las familias más conocidas de la Mafia italiana.

—Keelin es una mujer bella y culta. Le vendrá muy bien tenerla a su

lado mientras trata de abrirse camino en los mercados y aumentar la producción —le dijo O’Connor.

Apretó con fuerza los labios al oír sus palabras. Le estaba describiendo una escena que no conseguía imaginar por mucho que lo intentara. No terminaba de hacerse a la idea.

Pero no quería que O’Connor viera en sus ojos lo que sentía y le contestó sin darse la vuelta.

—¿Acaso cree que no puedo encontrar una esposa yo mismo? —le preguntó.

Aunque era algo que nunca se habría llegado a plantear.

Liam O’Connor se echó a reír al oírlo.

—Delucca, no tengo ninguna duda de que podría encontrar una esposa en segundos. Seguro que le bastaría con chasquear los dedos para lograrlo. Pero con su reputación…

Se dio la vuelta hacia el irlandés y lo fulminó con la mirada.

—Cuidado con lo que dice, O’Connor —le advirtió mientras trataba de calmarse.

El otro hombre se levantó de su sillón y se acercó a él.

Era alto e imponente. Y, aunque era mayor y tenía el pelo canoso, seguía siendo atractivo. Le plantó cara como solo podría hacerlo otro macho alfa. A Gianni no le costaba reconocerlos. También él era así y había tenido que enfrentarse muchas veces a alguien aún más imponente que el irlandés, su propio padre.

—Ninguna otra compañía puede darle al instante la pátina de respetabilidad y prestigio que le daría O’Connor por el mero hecho de ser nuestro socio —le dijo el hombre hablándole sin rodeos—. Si nos unimos, la gente que confía en nuestra marca, confiará de forma automática en la suya. Sus productos estarán en las estanterías de todo el mundo en cuestión de meses. Le estoy ofreciendo la oportunidad de demostrar su compromiso tanto con su empresa como con su apellido. Supongo que no necesita que le recuerde que las personas con las que tendrá que lidiar en esta nueva etapa profesional estarán más dispuestas a poner su confianza e inversiones en alguien que tenga una imagen respetable, alguien que les parezca un hombre de familia.

Una vez más, lo que no le dijo resonó tan fuerte en su cabeza como si hubiera pronunciado las palabras. Le estaba recordando que nadie iba a confiar en un hombre al que se relacionaba con la Mafia o con reputación de mujeriego.

Maldijo entre dientes. Sabía que O’Connor tenía razón. Tenía que decidir si deseaba esa fusión para su empresa lo suficiente como para embarcarse en una unión que nunca habría querido. Y todo para conseguir expandir su empresa, ser aceptado socialmente y lograr que lo respetaran en ese mundo.

Se resistía a hacerlo, pero sabía que era la oportunidad de su vida.

—Puede que sea así, pero no olvide que también su empresa se vería revigorizada después de asociarse con una marca italiana de productos de lujo como la mía —le recordó él.

O'Connor inclinó la cabeza y lo miró con un brillo peligroso en sus ojos. Le quedó muy claro que no le gustaba nada que le recordaran que sus motivos para la fusión tampoco eran altruistas.

—¿Por qué es tan importante para usted que el matrimonio con su hija sea parte del trato? —le preguntó Gianni.

—Es nuestra única hija y heredera —repuso el irlandés—. Soy un hombre anticuado, Delucca. Quiero que tenga el futuro asegurado y que, entre usted y ella, se encarguen de mantener vivo nuestro apellido.

Gianni no estaba muy convencido. Algo le decía que no le estaba contando toda la verdad, pero se distrajo al ver unos marcos de fotos que colgaban de la pared del despacho.

Se acercó para mirarlos más de cerca. Había fotos de O'Connor con multitud de personalidades de todo tipo. Entre ellas, dos presidentes de Estados Unidos. Se fijó en una en la que el empresario estaba con una mujer muy atractiva, rubia y con los ojos verdes. Supuso que sería su esposa.

Le llamó la atención la foto de una joven montada a caballo. Tenía la cabeza echada hacia atrás y estaba riendo. Se fijó en sus hombros delgados, en la manera en la que su camiseta se ceñía a su generoso pecho y en su estrecha cintura. Era muy bella. Sus ojos también eran verdes, pero más claros que los de su madre. Era pelirroja y llevaba la melena recogida en una coleta. Tenía la piel muy blanca, mejillas sonrosadas y pecas.

Aunque no era su tipo de mujer, sintió que algo se removía dentro de él al contemplar su belleza inocente y natural, sin ningún tipo de maquillaje ni joyas.

—Esa es mi hija, Keelin —le dijo el hombre—. Bueno, ¿qué me dice? ¿Ha tomado ya una decisión?

Gianni no respondió en voz alta. Algo le dijo que no necesitaba hacerlo, que los dos hombres sabían cuál era su respuesta.

Capítulo 1

Keelin O'Connor miró a su alrededor. Su suite del exclusivo hotel Harrington de Roma tenía una decoración exquisita, pero apenas era visible en esos momentos. Todas las superficies estaban cubiertas por decenas de bolsas. No era dada a las compras, pero ese día había tenido que hacerlo. No sabía si habría llegado a los niveles de consumismo que había visto en algunas películas y documentales sobre ricos y famosos.

Su prometido, que era además un completo desconocido, iba a llegar en cualquier momento y, aunque odiaba admitirlo, estaba muy nerviosa. Seguía además furiosa con su padre. Le hervía la sangre en las venas cuando recordaba la conversación que había tenido con él.

—¡No puedes estar hablándome en serio! —le había contestado a su padre.

De eso hacía ya dos semanas. Se había quedado boquiabierta cuando le habló de su plan.

Pero Liam O'Connor ni siquiera se había inmutado.

—Claro que sí.

—¿Me has vendido a un completo desconocido para que me case con él? —le preguntó fuera de sí.

No podía creer lo que le estaba pasando. Era como si se encontrara en medio de una pesadilla.

—No es así, Keelin. Gianni Delucca es uno de los empresarios más innovadores de Italia. Las exportaciones de alimentos y vinos italianos están en auge y ese hombre ha conseguido en solo tres años que la marca Delucca se gane el respeto en toda Europa. Además de lograr triplicar sus ganancias en ese tiempo. Algo completamente inaudito en estos momentos de crisis económica.

—Pero, ¿qué demonios tiene eso que ver conmigo? —le había dicho fuera de sí.

Su padre había puesto entonces las manos sobre la mesa para inclinarse hacia ella.

—Tiene más que ver contigo de lo que piensas, hija mía. Una fusión con este hombre es la mejor manera de asegurar el futuro de Alimentos O'Connor y, como eres mi hija, tienes que formar parte del acuerdo.

—¿Cómo puedes ser tan anticuado? —le preguntó apretando los puños.

—No seas ingenua, hija. Solo se trata de un acuerdo de negocios, nada más. Gianni Delucca es un hombre joven y guapo. Además de rico. Cualquier mujer estaría encantada de tenerlo como marido.

—Eso si hablas de mujeres con poca inteligencia, pero no es el caso —le había respondido ella—. Además, ¿no está ese hombre relacionado de alguna manera con la Mafia? Me parece haber leído algo respecto.

Notó que su padre se ponía algo tenso al oír sus palabras.

—Bueno, su padre tenía algunos vínculos con la Mafia, sí, pero ya murió y ahora todas esas cosas forman parte del pasado. Delucca está decidido a dejar toda esa vida atrás y demostrarle a la gente que es un hombre respetable. Por eso que está dispuesto a casarse y sentar la cabeza.

Keelin rio con amargura.

—¡Qué suerte la mía!

Liam O'Connor la miró con sus ojos grises entrecerrados.

—¿No me has pedido siempre que te dejara estar involucrada en el negocio familiar?

—Sí —le había contestado ella con un nudo en la garganta.

No podía ignorar el dolor que sentía en su corazón cuando recordaba cómo la había excluido su padre durante años.

—Pero quería participar y trabajar en la empresa familiar como la persona que llegará algún día a heredar la marca O'Connor, no como si fuera algo de tu propiedad que puedes vender al mejor postor.

—Bueno, no me has dado motivos para que confíe en ti y crea que puedas llegar a hacerte cargo de la empresa.

Nadie como su padre conseguía despertar la ira en su interior. Había tenido que controlarse para que no se le llenaran los ojos de lágrimas y se había dado la vuelta, fingiendo un repentino interés por las vistas.

Había sentido en ese momento un dolor que aún persistía.

Ya había sabido que había sido una gran decepción para sus padres. Su madre le había echado siempre en cara que no hubiera sido una niña más femenina y su padre habría preferido tener un hijo.

Había sentido desde pequeña que no la querían y, para lograrlo, había tratado de atraer su atención de cualquier manera, incluso convirtiéndose en una adolescente difícil y rebelde. Pero sus travesuras no habían conseguido nada y prefería no recordar esos años.

Poco a poco, había ido madurando y dejando atrás ese espíritu rebelde. Pero, en realidad, nada había cambiado. Ni siquiera se habían dignado a ir a la ceremonia de graduación cuando terminó sus estudios en la universidad.

No podía quitarse de la cabeza la conversación en el despacho de su

padre. Cuando por fin consiguió calmarse un poco, se había dado la vuelta para mirarlo de nuevo.

—¿Y qué va a pasar con nuestro apellido? ¡Si me caso con él, lo perderé!

—No, eso no va a pasar. Delucca ha consentido en proteger el nombre de nuestra marca y nuestro apellido, que heredarán algún día vuestros hijos varones.

Se había quedado sin aliento al oírlo. No concebía la idea de tener hijos con un completo desconocido. Un hombre que además era un mafioso.

Su padre se había levantado entonces del sillón para acercarse a ella con un gesto más amable en su cara. Y, como una tonta, no había podido evitar que su corazón se ablandara al verlo así. Era tanta la necesidad que tenía de sentirse aceptada y querida, que siempre conseguía apaciguar su enfado con cualquier gesto de cariño, por pequeño que fuera.

—La verdad es que Alimentos O'Connor no está en su mejor momento, como les está pasando a muchas otras empresas hoy en día —le había dicho su padre suspirando.

Keelin había fruncido el ceño al oírlo. Ya había sido consciente de que la empresa no había ganado tanto ese último año como los anteriores, pero no había pensado que la bajada de ventas hubiera sido tan grande como para alarmarse. Le parecía muy triste que no pudiera estar más al tanto de lo que pasaba en la empresa de su familia. Era una prueba más de hasta qué punto su padre la había excluido.

—¿Qué quieres decir?

Su padre había agitado entonces una mano para dejarle muy claro que no iba a perder el tiempo contestando con detalle su pregunta.

—El caso es que esta fusión con Delucca nos dará el impulso que necesitamos y servirá además para proteger la empresa de cara al futuro —le había explicado su padre—. Así, además, tendré la tranquilidad de saber que también tu futuro estará asegurado.

Aunque anhelaba tener el amor de su padre, no se hacía ilusiones, sabía que a él en realidad no le preocupaba su bienestar. Había decidido aprovechar ese momento para hacerle ver que hablaba en serio, que de verdad deseaba participar en la compañía.

—Pero mi futuro va a estar a salvo. Puedo trabajar contigo y ayudarte con la empresa, conseguir que siga creciendo y ocupando el lugar que merece en el mercado internacional. Estoy lista para trabajar…

Pero él había levantado la mano, esa vez para hacerle callar.

—Si realmente quieres demostrarme que estás decidida a formar parte de esta empresa y que tu compromiso es sincero y sólido, harás

lo que te pido —había insistido—. Este matrimonio es la única solución, Keelin.

Aunque sabía que debería estar acostumbrada después de tantos años, sus palabras le hicieron mucho daño. Respiró profundamente y sacudió la cabeza. Un sentimiento de traición crecía dentro de ella.

—No voy a hacerlo —repuso con firmeza.

Su padre había arremetido contra ella al oír su respuesta.

—¡Ya debería haberme imaginado que te echarías atrás cuando llegara el momento de demostrar tu lealtad! —exclamó furioso—. Si no haces lo que te pido, olvídate de tu herencia.

Por un momento, Keelin se había sentido como si acabara de darle un puñetazo en el estómago. Se quedó sin aliento. Siempre había querido tener la oportunidad de demostrarle la lealtad que sentía por el legado de su familia, pero su padre le estaba pidiendo que lo hiciera a cambio de renunciar para siempre a su libertad. Le había parecido un precio demasiado caro.

Recordaba perfectamente cómo se había sentido en ese instante. Le había parecido increíble que todo pudiera terminar si ella se negaba a hacerlo, era el rechazo final, la puntilla.

Pero se le había ocurrido entonces una idea, una inspiración maravillosa que iba tomando forma en su cabeza, llenándola de nuevo de esperanza.

—Y ¿qué pasa si nos conocemos y Delucca decide que no quiere casarse conmigo? —le había preguntado ella.

—Eso no va a pasar. ¡Claro que querrá casarse contigo! Eres joven y bella. Además, así tendrá la oportunidad de entrar en el mercado internacional. No va a dejar que se le escape de las manos una ocasión como esta.

Pero Keelin ya había dejado de escuchar a su padre. El corazón había comenzado a palpitarle con fuerza. No podía dejar de pensar en cómo iba a salir de esa situación sin perderlo todo.

Así que, después de pensarlo mucho, había accedido a reunirse con Delucca. Por eso estaba en Roma en esos momentos, a punto de conocerlo.

Mientras esperaba, había reunido toda la información que había podido encontrar sobre él. Había descubierto que estaba muy preocupado por demostrar que él no tenía nada que ver con la Mafia ni con los escándalos que habían rodeado siempre la vida de su padre, un hombre que había sido brutalmente asesinado por un grupo mafioso rival.

Cada vez que lo entrevistaban, desviaba la conversación para hablar solo de sus inquietudes empresariales y del futuro que quería para su empresa. Se negaba a hablar del pasado.

Había descubierto también que representaba como nadie el

estereotipo de hombre italiano, elegante y atractivo. Muy a su pesar, tenía que reconocer que no había podido reprimir un estremecimiento al ver sus fotos. Tenía un aspecto muy masculino, intenso e incluso peligroso.

En cuanto a su vida sentimental, lo había visto fotografiado con mujeres distintas en cada ocasión, pero casi todas eran del mismo tipo: altas, morenas y bellas. Además de elegantes y discretas.

Aunque salía con suficientes mujeres como para que pudieran considerarlo un donjuán, solía hacer todo lo posible para no llamar demasiado la atención. Y la prensa del corazón nunca lo había sorprendido comportándose de manera inapropiada ni había protagonizado ningún escándalo.

Había descubierto que, aunque le gustaban las mujeres, no dejaba que estas se interpusieran en su carrera profesional. Era un hombre ambicioso y le dio la impresión de que le importaba más que nada conseguir ser respetado en los círculos en los que se movía y llevar una vida lo más discreta posible.

Estaba convencida de que había conseguido la munición que necesitaba. Creía que un hombre así no podía querer casarse y estaba decidida a hacer lo que fuera necesario para parecerle lo menos atractiva posible.

Se había inspirado en algunas de sus compañeras de colegio, tratando de parecer la típica joven rica, presumida, mimada y superficial. Creía que Delucca saldría corriendo antes de casarse con alguien así.

Se miró una vez más en el espejo. Llevaba un vestido demasiado corto, el pelo cardado y mucho más maquillaje de lo que era habitual en ella. Hizo una mueca al verse de esa guisa. Sabía que a su madre le encantaría ese aspecto. Tomó la botellita de perfume y se puso un poco más.

No pudo reprimir un estornudo. Era demasiado fuerte, pero tan necesario como su exagerado aspecto.

Oyó de repente un golpe en la puerta de la habitación y sintió que el corazón le daba un vuelco.

No estaba preparada para aquello, se sentía tan ridícula… Temía que ese hombre se diera cuenta nada más verla de que ella no era así, que se había disfrazado para tratar de provocar su rechazo y lograr que no quisiera casarse con ella.

Volvieron a llamar a la puerta, esa vez con más fuerza.

Respiró profundamente y trató de calmarse. Se recordó que aquello era necesario, que estaba luchando por su independencia y su futuro. Fue hacia la puerta con la mejor de sus sonrisas y la abrió. Pero estuvo a punto de perder la sonrisa cuando se dio cuenta de que tenía que levantar la vista para mirarlo a los ojos.

Lo único en lo que pudo pensar en ese instante fue que las fotografías que había visto de él en Internet no la habían preparado en absoluto para la impresión de ver a Gianni Delucca en carne y hueso.

A Gianni lo sorprendió una nube de fuerte perfume en cuanto esa mujer abrió la puerta. Tardó unos segundos en reaccionar mientras se fijaba en ella.

Su primera impresión no fue buena. Todo en esa mujer le pareció excesivo y de una manera negativa. Su melena roja rodeaba una cara con demasiado maquillaje y llevaba un vestido ajustado y sin mangas que no dejaba nada a la imaginación. También era bastante corto, dejando ver unas piernas que parecían demasiado morenas para que fueran fruto de un bronceado natural.

La mujer que tenía en ese instante frente a él no se parecía en nada a la de la fotografía que había visto en el despacho de O'Connor y apenas pudo ignorar la oleada de ira que nacía en su interior. Sentía que lo habían engañado. Se quedó sin palabras durante unos segundos y no estaba acostumbrado a sentirse así. Se limitaron a mirarse a los ojos.

Afortunadamente, el perfume se disipó un poco y pudo volver a respirar. Trató de ignorar su enfado y pensó que no podía precipitarse. Después de todo, no la conocía de nada y sabía que no convenía dejarse llevar por las primeras impresiones.

Pero vio entonces el collar que llevaba y le costó bastante no hacer una mueca de desagrado. Grandes letras de oro deletreaban el nombre de la joven, decorado además con decenas de diamantes.

Su última amante nunca había llevado más joyas que unos elegantes y discretos brillantes en las orejas y le disgustaba que la gente hiciera ostentación de su dinero de esa manera, pero recordó de nuevo que no debía prejuzgarla antes de conocerla.

Forzó una sonrisa mientras miraba a su futura esposa.

—Señorita O'Connor, es un placer conocerla —le dijo con amabilidad—. Soy Giancarlo Delucca, aunque todos me llaman Gianni. Bienvenida a Italia.

La mujer parpadeó, le dedicó una sonrisa y dio un paso atrás.

—Por favor, disculpe el desorden, acabo de volver de hacer algunas compras cerca de la Via del Corso.

Gianni entró en la habitación. Se dio cuenta de que, aunque en esos momentos llevaba zapatos con mucho tacón, también sería alta sin ellos.

Oyó que se cerraba la puerta tras él y tuvo de repente la necesidad de darse la vuelta y salir corriendo de allí, pero sabía que no podía dejarse llevar por ese tipo de impulsos. Había accedido a ese acuerdo

por muchas razones y ya había aceptado la idea de que, para ello, tenía que casarse con esa mujer. Después de todo, no iba a ser una unión real, solo una especie de transacción comercial que no le iba a suponer ningún tipo de esfuerzo emocional o romántico.

Se armó de valor y se volvió de nuevo hacia Keelin. Por un segundo, le pareció que había algo extraño en su exagerada apariencia, pero se distrajo mirando sus largas piernas e impresionante escote.

Había esperado encontrarse con una joven de belleza natural y sencilla, una mujer refinada e inteligente, no con una chica superficial y sin cabeza.

Keelin señaló con la mano todas las bolsas de tiendas de lujo que había en cada rincón de la habitación.

—Muchas gracias por darme esa tarjeta de crédito como regalo de bienvenida. Ha sido todo un detalle —le dijo la joven—. ¡Me ha encantado salir de compras por Roma! Ha sido genial. Ha hecho que me sintiera como en casa —añadió mirándolo pícaramente mientras agitaba sus pestañas.

Tuvo que controlarse para no hacer otra mueca. Pero, a pesar del exceso de maquillaje que llevaba, se dio cuenta de que sus ojos eran tan grandes e impresionantes como había visto en la fotografía del despacho de su padre. Y eran de un color verde musgo que no había visto nunca.

—Me temo que vi la palabra «ajuar» y se me fue un poco la cabeza. El resto me lo traerán mañana —le explicó la joven entre risas.

—¿El resto? —repitió él sintiendo que palidecía al oírlo.

—Sí —repuso Keelin con entusiasmo—. Esto que tengo en la habitación son solo algunas cosas que necesitaba mientras espero a recibir el resto. Por cierto… —añadió mientras miraba a su alrededor —. Este hotel es muy bonito, señor Delucca, pero estoy acostumbrada a poder contar con un poco más de espacio. Cuando me alojo en el Chatsfield, por ejemplo, me dan todo tipo de facilidades para guardar mis compras.

Gianni cada vez estaba más disgustado, pero trató de no dejarle entrever su desagrado. Había elegido precisamente ese hotel porque era exclusivo y discreto. Sabía que en un hotel tal lujoso y opulento como el Chatsfield podrían atraer más atención, algo de lo que siempre huía.

—Pero, bueno, este está bien por ahora —agregó la joven—. Además, he oído el rumor de que el jeque Zayn y Sophie Parsons podrían estar aquí alojados. ¿Ha visto las fotos de su boda? Ha sido un evento tan glamuroso y romántico. Me encantaría poder conocerlos.

Se contuvo para no suspirar. No había seguido esa boda por la prensa, pero sí le sonaba haber oído hablar de ese evento en relación a un nuevo escándalo con James Chatsfield como protagonista. Creía

que era otra razón más para elegir la discreción del hotel Harrington en vez del lujoso Chatsfield.

Vio que Keelin lo sonreía inocentemente. Parecía una joven dulce, pero con la cabeza vacía. Sintió que algo se encogía en su interior. No le hacía gracia tener que casarse con alguien que no le iba a aportar nada, que solo iba a ser una bella mujer que iba a acompañarlo en los eventos sociales. Pero era demasiado tarde. Había aceptado la propuesta de O'Connor y no iba a echarse atrás.

Antes de que pudiera decir nada, Keelin se acercó a una mesita donde había una cubitera en la que enfriaba una botella. Observó su cuerpo mientras se servía una copa. Era delgada, pero tenía unas deliciosas curvas. En eso, al menos, no lo habían engañado.

Vio cómo se tensaba la tela de su vestido contra sus pechos y no pudo evitar sentir una oleada de calor que nacía de su entrepierna. Eso lo confundió aún más. No le gustaba nada de lo que estaba descubriendo de esa mujer, pero su cuerpo tenía ideas muy diferentes y reaccionaba de manera mucho más visceral.

—¿Champán? —le preguntó Keelin alegremente.

Se fijó entonces en sus labios, eran carnosos y no pudo evitar pensar en lo que podría hacer con esa boca, cómo sería tener esos labios rodeando su…

—¡Me encanta el champán! —exclamó ella mientras le ofrecía una copa—. ¡Es una de mis debilidades!

Con su persistencia, Keelin había conseguido que olvidara por completo la inapropiada fantasía que lo había capturado durante unos segundos, pero sabía que era mejor así. Lo había dejado tan fuera de juego que no tuvo tiempo de reaccionar y tuvo que aceptar la copa que le ofrecía.

Después, se dio media vuelta y volvió con la botella de champán a la mesita, contoneándose con ese ajustado vestido. Keelin lo miró entonces y no le dio tiempo a apartar la mirada de su escote ni a disimular.

—¿Le gusta el vestido que llevo? —le preguntó entonces—. ¡Me encantan los diseñadores italianos! Son fabulosos —agregó levantando hacia él la copa con una gran sonrisa—. Salud, señor Delucca.

Gianni sentía que la situación se le escapaba de las manos y no le quedó más remedio que levantar también su copa para brindar con ella. Tenía que hacer de tripas corazón y aceptar los términos del acuerdo que había firmado con su padre. No podía dejar que el mal gusto de esa mujer ni el exceso de maquillaje le hicieran cambiar de opinión, pero empezaba a temer que la foto que había visto en el despacho de O'Connor debía de habérsela hecho alguien cuando solo era una adolescente.

Creía que lo único que necesitaba esa mujer era un poco más de

elegancia y sutileza. Decidió que iba a contratar a una estilista que la ayudara con su apariencia. No le costó imaginar el aspecto que tendría con menos maquillaje y con un vestido adecuado. Y, por primera vez desde que Keelin abriera la puerta de la suite, sintió que volvía a tomar las riendas de la situación.

—Por favor, llámame Gianni —le dijo con una sonrisa.

Por un segundo, le pareció ver pánico en sus bellos ojos, pero no tardó en desaparecer.

—Pero ¿no te llamas Giancarlo? —le preguntó ella frunciendo el ceño.

—Sí, pero prefiero que me llamen Gianni.

Ella se encogió de hombros y sonrió. Después, se bebió de un trago media copa de champán.

—Muy bien, entonces te llamaré Gianni.

Vio que tomaba de nuevo la botella para rellenar su copa y no pudo evitar pensar en su padre, un hombre que había bebido siempre más de la cuenta. Apretó los dientes. Odiaba pensar en ello. Le hacía recordar cosas aún peores.

Dejó su copa en una mesa de la suite y Keelin lo miró sorprendida.

—Me temo que no puedo quedarme a beber champán. Solo vine para asegurarme de que todo estaba a tu gusto —le dijo él con algo de brusquedad—. Además, como ya te imaginarás, tenemos mucho de lo que hablar.

Ella lo miró fijamente durante unos segundos como si no supiera de lo que le estaba hablando. Después, se echó a reír algo avergonzada.

—¡Ah! Te refieres a la boda, ¿verdad? Por supuesto, qué tonta —repuso Keelin riendo—. Sí, tenemos muchas cosas de las que hablar.

Ella se terminó de un trago la segunda copa de champán echando hacia atrás la cabeza. Fue algo que le molestó tanto como lo excitó. No sabía qué le estaba pasando. Sentía que volvía a perder el control de la situación y no le gustaba nada.

—¿Te parece bien que nos reunamos abajo, en el bar, a eso de las siete y media? —le sugirió él.

—¡Fabuloso! Buena idea.

Gianni sacó una tarjeta del bolsillo de su americana y se la entregó.

Durante un segundo, Keelin volvió a mirarlo sin entender. Después, aceptó la tarjeta.

Respiró profundamente para tratar de controlar su irritación, pero le estaba resultando cada vez más complicado hacerlo.

—Ahí tienes mis números de teléfono privados por si necesitas ponerte en contacto conmigo —le explicó.

Keelin lo miró y sonrió. Durante un instante, sintió que resucitaba la lujuria ahogando todas las otras cosas que estaba sintiendo en esos momentos.

Por desgracia para él, la personalidad de esa mujer había conseguido sorprenderlo. El breve encuentro que acababan de tener había sido uno de los momentos más surrealistas e inquietantes de su vida.

Dio un paso atrás. Estaba deseando salir de allí, antes de que esa mujer lo decepcionara aún más.

—Hasta luego, Keelin. Estoy deseando conocerte mejor —le dijo con amabilidad.

En realidad, temía que no había mucho más que conocer, que lo que había visto era todo lo que había.

Ella inclinó su copa hacia él. Derramó un poco de champán sobre la cara alfombra de la suite, pero ni siquiera se inmutó.

—*Ciao* —lo despidió ella entre risas—. ¿Has visto que bien hablo italiano? Ya soy prácticamente bilingüe.

Gianni sonrió, pero le costó mucho hacerlo.

Salió de la habitación y bajó al vestíbulo en el ascensor. Fue directo al coche que lo estaba esperando frente al hotel. Sintió entonces una sensación de alivio enorme.

Acababa de descubrir que su prometida no era una mujer demasiado brillante y que ese día parecía haberse gastado a lo loco una cantidad ingente de dinero. Suspiró al recordarlo, intentando convencerse de que no era para tanto. Él mismo le había regalado una tarjeta de crédito como regalo de bienvenida. A lo mejor Keelin era adicta a las compras, pero suponía que todas las mujeres lo eran. Decidió que lo único que necesitaba era la ayuda de una buena estilista que la aconsejara y mejorara su gusto.

Mientras su coche avanzaba sin problemas entre el tráfico de Roma, recordó los pocos minutos que había pasado con ella en la suite del hotel. No le importaba la perspectiva de tener que cambiar la imagen de su prometida. Después de todo, creía que el estilo y la elegancia eran cosas que había que aprender con el tiempo. Él también lo había hecho.

Lo que le había molestado de verdad había sido verla beber champán como lo había hecho. Le daba pánico saber que esa iba a ser la mujer encargada de organizar cenas en su casa cuando quisiera impresionar a colegas e inversores.

Pensó entonces en las mujeres con las que solía salir. Todas habían destacado por su buen gusto y su estilo. Habían sido jóvenes con una gran capacidad para moverse con comodidad en cualquier situación y relacionarse con todo tipo de gente sin llamar demasiado la atención.

Keelin era todo lo contrario, era como un pavo real. Atraía demasiado la atención y no en el buen sentido. Tenía que reconocer que estaba bastante nervioso. Siempre había sentido que tenía que demostrar más que los demás para que nadie lo comparara con su

padre, para que nadie pudiera usar eso en su contra. Sentía la tensión de no poder cometer ni el más mínimo error. Siempre había sentido la necesidad de proyectar un aire intachable y estable para que la gente pudiera confiar en él profesionalmente.

Su infancia había estado llena de violencia, miedo y momentos muy desagradables.

Respiró profundamente y recordó que Keelin no tenía nada que ver con ese mundo, que solo era un poco estridente y creía que podría lidiar con ella. No le iba a quedar más remedio. Sabía que necesitaba esa boda para conseguir de forma rápida la respetabilidad y la aceptación que tanto había anhelado siempre.

Gianni hizo una rápida llamada a uno de sus ayudantes personales para que le reservaran una mesa para la cena. Suspiró una vez más. Aunque su prometida no hubiera resultado ser como esperaba, no iba a cambiar de opinión, nada ni nadie iban a alejarlo de su camino.

Keelin comenzó a dar vueltas por la suite del hotel en cuanto se quedó sola. Estaba bastante nerviosa.

Se quitó los altísimos zapatos de tacón y abrió una ventana para tratar de deshacerse del fuerte olor del perfume que había usado. Después, tiró por el lavabo lo que quedaba de champán en su copa. Casi nunca bebía. Siempre terminaba con fuertes dolores de cabeza cuando lo hacía. De hecho, empezaba ya a notar una incipiente jaqueca.

Se sentía tan tonta como una niña jugando a los disfraces. Aunque era algo que nunca había hecho durante su infancia. Había estado demasiado ocupada yendo tras su padre y tratando de conseguir algo de atención, por poca que fuera.

Pero lo que más le había costado había sido soportar la imponente presencia física de Gianni Delucca. Tampoco había estado preparada para el efecto que había tenido en ella. Había sido muy desconcertante.

Se estremeció al recordar cómo había sido sentir su mirada oscura en los pechos y que una oleada de calor recorriera casi de inmediato su cuerpo. Había sido una sensación tan intensa que había estado a punto de perder el equilibrio.

Después de un incidente bastante traumático durante su último año en el instituto, no había estado demasiado interesada en los hombres. Creía que había estado buscando el mismo tipo de atención masculina de la que le había privado su padre y eso le había hecho ponerse demasiado a menudo en situaciones de extrema vulnerabilidad. Hasta que se vio metida en un escenario de pesadilla que la había sacado de repente de su etapa de rebeldía adolescente y la había hecho madurar

de golpe.

Hasta ese momento, nadie había conseguido interesarla, pero le había bastado con mirar a Gianni para que esa parte de ella despertara de repente.

Pero tenía que concentrarse en lo que tenía entre manos y dejar de pensar en la inquietante reacción que había tenido al verlo. Debía convencerlo de que era una joven heredera malcriada, superficial y poco inteligente, alguien a quien solo le interesaba ir de compras y descubrir qué famosos se alojaban en ese hotel. Había sido una suerte para ella que esa misma mañana hubiera leído algo por casualidad sobre el jeque y su esposa.

Esperaba estar consiguiendo lo que quería. Pero, aunque su plan acababa de dar comienzo, ya se había cansado del papel que le tocaba desempeñar. Estaba deseando quitarse ese apretado vestido y ponerse una camiseta y sus vaqueros favoritos. Tampoco le importaría nada poder recogerse el pelo en un relajado moño o salir a dar un paseo por Roma y poder ver así algunos de sus más famosos monumentos. Pero, por desgracia, no podía ser ella misma, tenía que seguir fingiendo. No debía olvidar que se jugaba demasiado.

Durante demasiado tiempo, había sido lo suficientemente débil como para creer que el amor y la atención de un hombre podrían llegar a llenar el vacío y el dolor que tenía en su alma. Pero al final había llegado a la conclusión de que solo podía confiar en ella misma para cubrir ese hueco. Se había dado cuenta además de que hasta entonces se había sentido así por la falta de amor de sus padres. Sobre todo de él. Sabía que a Freud no le habría costado nada psicoanalizarla. Era como un libro abierto, demasiado transparente.

Había llegado a entender que debía concentrarse en las cosas que sí podía llegar a conseguir, como su participación en la empresa familiar. Creía que lo demás eran sueños que no iba a alcanzar nunca y que debía dejar de esperar que el amor incondicional de un hombre pudiera arreglar algo que ya llevaba roto demasiado tiempo.

Estaba cada vez más segura de que iba a conseguir lo que quería y nadie, ni siquiera Gianni Delucca con su inquietante masculinidad y sus misteriosos oscuros ojos, iba a conseguir apartarla de su camino.

Gianni miró su reloj con impaciencia. Keelin estaba retrasándose. Ya llevaba más de media hora esperándola. Le gustaba la puntualidad y su falta de respeto estaba haciendo que se sintiera cada vez más nervioso. Nunca había tenido que esperar a una mujer y no le gustaba tener que hacerlo.

Tampoco le entusiasmaba tener que oír cómo el personal del bar comentaba un persistente rumor, el de una inminente fusión entre el

hotel Harrington y los hoteles Chatsfield. Lo último que quería era que los medios de comunicación rodearan el hotel cuando estaba tratando de llevar su futura boda de la forma más discreta posible. Estaba a punto de sacar su móvil cuando se dio cuenta de que todos se quedaban en silencio a su alrededor, en el exclusivo bar del hotel, y notó que se le erizaba el vello de la nuca. Segundos después, levantó la vista. Keelin estaba en la puerta del local y todos los presentes la observaban.

Tampoco él podía dejar de hacerlo. Sentía que le iban a explotar los ojos ante semejante espectáculo y lo inundó una mezcla de horror y deseo. Si ya le había parecido que el vestido con el que la había visto antes había sido demasiado corto, lo que llevaba en esos momentos hacía que el primero pareciera un hábito de monja. Sus piernas estaban completamente al aire. El vestido de lamé multicolor, si se le podía llamar «vestido» a ese trocito de tela, era lo suficientemente largo para taparle la ropa interior, nada más.

El breve atuendo se ceñía a sus caderas y a su estrecha cintura, pero sus pechos quedaban casi al descubierto gracias a un escote en uve que mostraba su piel desde el cuello hasta el ombligo. Le parecía un milagro de la ingeniería que el escote se pudiera mantener en su sitio solo con la ayuda de una especie de cadena dorada que lo sujetaba y dejaba sus hombros y sus brazos también al descubierto.

Su gloriosa melena pelirroja le pareció aún más abultada y cardada que antes.

Estaba atónito, en estado de shock. Esa mujer, su prometida, parecía una prostituta, pero no pudo evitar sentir una oleada de deseo tan poderosa que lo sorprendió por completo.

Se prometió en ese momento que nunca iba a permitir que volviera a aparecer en público vestida de esa manera, no podía dejar que la gente lo viera acompañado por una mujer con ese aspecto.

Vio que Keelin fijaba en él sus ojos verdes y levantaba un brazo con entusiasmo mientras lo llamaba desde la puerta del elegante bar.

—¡Ahí estás!

Gianni hizo una mueca, no pudo evitarlo, mientras Keelin avanzaba hacia él con sus largas piernas. No había nadie en el bar que no la siguiera con la mirada.

No podía creer lo que le estaba pasando. Había visto bailarinas en Las Vegas con bastante más ropa durante sus espectáculos de la que llevaba esa mujer esa noche. Le repelía su aspecto, pero no podía dejar de mirar la sensualidad con la que se movía. Cada vez se sentía más confuso.

Había trabajado muy duro para llegar donde estaba y pulir su aspecto y sus maneras, pero en esos momentos temía no haber conseguido librarse de su verdadero ser, un hombre capaz de sentir

atracción por una mujer tan estridente y provocativa como Keelin.

La joven se detuvo al llegar frente a él. Se fijó entonces en sus sandalias doradas y de altísimo tacón. Le parecieron tan ridículas y grotescas como el resto de su ropa.

Ella malinterpretó su interés y levantó un pie hacia él con una gran sonrisa.

—¡Recién salidas de un desfile de moda! ¡De la pasarela a mis pies! —exclamó entre risas—. ¡Este sitio es increíble! Me encantaría quedarme a vivir aquí. ¡No dejaría nunca de comprar! He encontrado tiendas fantásticas y…

Keelin se detuvo de repente y se llevó una mano a la boca, mirándolo con los ojos muy abiertos y una expresión muy cómica.

—¡No puedo creer lo que te acabo de decir! ¡Qué tonta! ¡Si eso es exactamente lo que voy a hacer en cuanto nos casemos!

Gianni notó que la gente los miraba y susurraba entre sí. No le gustaba nada ser objeto del escrutinio público y sintió la necesidad de alejarse de allí para que dejaran de observarlos. Se suponía que para eso iba a casarse con Keelin O'Connor, para obtener de forma inmediata el prestigio y la respetabilidad de una gran empresa como Alimentos O'Connor.

Le molestaba que la actitud de esa mujer le hiciera sentir dudas sobre el acuerdo al que había llegado con su padre.

—Tenemos que irnos —le dijo con firmeza mientras la tomaba por el codo—. Nos están esperando en el restaurante.

Arrugó la nariz al acercarse a ella y sentir de nuevo el exceso de perfume que la rodeaba. Notó que Keelin se resistía a moverse y la miró.

—¿No tengo siquiera tiempo para tomarme una copita de prosecco antes de irnos? —le preguntó ella haciendo un puchero—. ¡Me encanta el prosecco! Ese vino italiano es mi nueva bebida favorita. Lo probé por primera vez en el spa del hotel esta tarde mientras me hacían las uñas —añadió levantando las manos y poniéndolas delante de sus ojos para que pudiera verlas bien.

Se había pintado las uñas de un color rojo muy brillante y le habían colocado un pequeño diamante en el centro de cada una a modo de adorno. El estómago le dio un vuelco al ver un detalle de tan mal gusto.

—¿Te gustan? —le preguntó Keelin.

Gianni tuvo que contenerse para no hacer una mueca y aprovechó que Keelin estaba distraída mostrándole su manicura para conseguir que se pusiera en movimiento.

—Son fantásticas —mintió él.

No se le pasaron por alto las miradas de otros hombres mientras salía con ella del bar y atravesaba después el elegante vestíbulo del

hotel.

Y lo peor de todo fue sentir un impulso muy poco habitual en él. Le dieron ganas de acercarse y gruñir a cada uno de esos hombres, marcando de esa manera su territorio. Quería decirles que miraran a sus propias mujeres y dejaran de comerse con los ojos a Keelin.

Pero la joven no parecía ser en absoluto consciente de lo que estaba pasando a su alrededor y no dejó de hablar ni un segundo.

—Y siento haberme retrasado, pero es que he encontrado un collar de rubíes divino. Va a quedar perfecto con el vestido color melocotón que me compré hoy. Y después me distraje viendo un programa sobre perros en el Discovery Channel…

Ya estaban a la puerta del restaurante y el maître se acercó a ellos para llevarlos a su mesa. Pero Keelin escogió justo ese momento para agarrar de repente su brazo y obligarle a que se detuviera.

Gianni dejó de andar y la miró con impaciencia.

—¿Sí?

Keelin lo miraba con sus grandes ojos verdes llenos de esperanza.

—¿Podemos tener un perrito, por favor? —le pidió entonces—. Siempre he querido tener un perro, pero papá nunca me ha dejado porque cree que no soy lo suficientemente responsable para cuidar de él. Me haría tanta ilusión…

Vio que le temblaba el labio inferior como si estuviera a punto de llorar. Sintió una horrible sensación de claustrofobia. Cada vez estaba más desesperado y angustiado al ver lo que le esperaba.

Respiró profundamente y trató de tranquilizarse. Creía que Keelin estaba comportándose de esa manera porque estaba nerviosa y abrumada por la situación. Eso era al menos lo que esperaba.

Se dio cuenta de que había sido un error darle una tarjeta de crédito como regalo de bienvenida. Empezaba a ver que no convenía ofrecerle una cuenta de gastos ilimitada. Estaba decidido a hablar con ella de ese y muchos otros temas durante la cena. Estaba segura de que no podía ser tan tonta como le estaba pareciendo. No podía ser.

—Hablaremos de ello, ¿de acuerdo? —le prometió él.

Sus ojos verdes brillaron con esperanza y gratitud, aunque parecía estar conteniendo las lágrimas para no echarse a llorar.

—Gracias, Gianni. Muchísimas gracias —repuso Keelin—. Sé que vamos a ser muy felices juntos. Papá me prometió que cuidarías de mí igual que ha hecho él.

No tuvo tiempo para reaccionar al oír sus palabras. El maître los esperaba para acompañarlos a su mesa y tenía que moverse, pero su respuesta lo había dejado sin aliento. No podía creerlo. Al parecer, su padre le había asegurado que iba a cuidar de ella. Era aún peor de lo que había temido. No quería ni pensar que esa mujer fuera de verdad tan cándida e infantil para ver a Gianni como una especie de figura

paterna.

Él, en cambio, solo sentía una mezcla de repulsión y deseo por ella. Empezaba a asustarle de verdad la situación en la que se había metido.

Una hora más tarde, estaba además seguro de que no iba a poder ser nunca feliz con esa mujer. Todo en ella lo sacaba de quicio, pero se contuvo para no dejarle entrever lo que sentía y trató de fingir interés en lo que le contaba su prometida. Nunca había conocido a nadie que pudiera hablar tanto sobre nada en particular. Ni siquiera se detenía para respirar.

Cuando por fin dejó de hablar un segundo, Gianni aprovechó y levantó una mano para que no le siguiera hablando de los estúpidos programas de televisión que le gustaba ver.

—Keelin, tenemos que hablar sobre nuestro futuro matrimonio.

Capítulo 2

Fue un auténtico alivio para Keelin que Gianni la cortara, ya no sabía qué más decirle. Se estaba quedando sin temas para sus absurdos y cansinos monólogos.

Pero al ver que Gianni quería hablar con ella de matrimonio, sintió que se quedaba sin aliento. Hizo todo lo posible para recuperarse deprisa y dedicarle una superficial sonrisa.

—Estupendo —le dijo.

Cada vez que Gianni la miraba era más consciente de lo ridículo que era el atuendo que se había puesto esa noche. Creía que ni siquiera se le podía considerar un vestido. Se sentía desnuda y vulnerable, pero sabía que su aspecto era muy importante para que su plan funcionara. Tenía ganas de cerrarse el escote con las manos. Sus pechos no dejaban de frotarse contra la tela y tenía los pezones duros y muy sensibles. Era muy frustrante. Nunca se había sentido tan incómoda.

—Mira —comenzó Gianni—. No te voy a mentir. Me interesa mucho este acuerdo al que he llegado con tu padre y, si para ello tengo que casarme contigo, estoy dispuesto a hacerlo, pero no soy un ogro. No voy a forzar a nadie a un matrimonio en contra de su voluntad.

Le sorprendió que estuviera siendo tan razonable, pero sabía que no podía fiarse.

Si le confesaba en ese momento que había estado fingiendo para que no quisiera casarse con ella, Gianni no la iba a obligar a seguir adelante con la boda, pero le diría a su padre que había sido ella la que se había negado a casarse. Y entonces su progenitor nunca le daría la oportunidad de probarle cuánto valía, sino que interpretaría su negativa a casarse como un acto más de rebeldía, aunque ella ya llevaba mucho tiempo sin hacer cosas de ese tipo.

Llegó a la conclusión de que no podía decirle la verdad. Necesitaba que fuera Gianni el que la rechazara. Así podría demostrarle a su padre que sentía verdadera devoción por la empresa y esperaba que entonces la dejara trabajar con él.

—Mi padre me quiere mucho y sé que solo elegiría para mí a un hombre al que respeta por completo y en quien confía. De otro modo, no habría sugerido este matrimonio —le dijo ella con su voz más sensual—. Yo solo quiero lo mejor para Alimentos O'Connor y, si tengo que casarme contigo para ayudar a Papi, estaré encantada de hacerlo.

Estuvo a punto de atragantarse al llamar «Papi» a su padre, pero le pareció que era un buen toque para dar más credibilidad a su papel.

El rostro de Gianni no expresaba nada y eso le puso muy nerviosa. No sabía que estaba pensando y temía que estuviera sobreactuando.

Después de unos segundos, Gianni le habló muy despacio, como si le preocupara que no pudiera entenderle si le hablaba de otro modo.

—Tienes que tener muy claro que este matrimonio no va a ser nunca más de lo que es, un acuerdo de negocios. No va a haber romanticismo, amor ni ramos de rosas, Keelin. Los hijos que tengamos serán herederos de nuestros legados familiares y de nuestros apellidos —le dijo él con seriedad—. Para eso estamos haciendo esto. Si crees que puedes vivir así, me encantará comunicárselo a tu padre y podremos casarnos en un par de semanas.

Las palabras de Gianni resonaron en su interior. No iba a haber romanticismo, amor ni ramos de rosas. Tampoco le importaba, la mera de idea de llegar a enamorarse de un hombre de negocios tan imperturbable y despiadado como Gianni la dejaba fría. Ese sería el peor error que podía cometer. Ya sabía lo difícil que era tratar de conseguir la atención de un hombre como Gianni y no pensaba volver a caer en esa piedra. No, estaba segura de que no le iba a suceder. Le bastaba con pensar en ello para sentirse vulnerable. Tuvo que reprimir un estremecimiento.

Trató de olvidar sus preocupaciones para centrarse de nuevo en su papel.

—Viendo cómo me has estado tratando desde que llegué, sé que me va a encantar vivir aquí —le dijo ella con entusiasmo y entre risitas.

No se le pasó por alto cómo se tensaba un músculo de la mandíbula de Gianni y le encantó ver que no era tan imperturbable como parecía. Estaba decidida a sacarlo de quicio. Creía que no podía estar dispuesto a casarse con cualquiera que, si seguía mostrándose como una joven atolondrada y superficial, acabaría por hartarse y negarse a casarse con ella.

Gianni dejó su servilleta sobre la mesa.

—Muy bien. Entonces, llamaré a tu padre para darle la buena noticia —le anunció Gianni dando por terminada la cena.

Keelin ya estaba saboreando la oportunidad de poder volver a su suite y alejarse de la órbita inquietante de ese hombre. Además, tenía mucho en lo que pensar si quería que su plan triunfara.

—¡Se me olvidaba! —le dijo Gianni de repente—. Tengo algo para ti.

Lo miró y vio que sacaba una pequeña caja de terciopelo del bolsillo de su chaqueta.

«Maldita sea. Debe de ser un anillo», se dijo ella.

Gianni abrió la cajita y se sintió deslumbrada por un enorme

diamante de corte cuadrado. Era un anillo muy bonito, pero nada original. Suponía que era normal que fuera tan impersonal, pero no pudo evitar sentirse algo decepcionada, aunque no entendía por qué. Después de todo, aquello no iba a ser más que un matrimonio de conveniencia.

—Es precioso —comentó ella con una sonrisa.

—Mira a ver si te vale —le dijo Gianni sacándolo de la caja y ofreciéndoselo.

Se puso el anillo. Le quedaba perfecto, como si estuviera hecho a medida. Era como si el universo estuviera conspirando con Gianni y con su padre para atraparla.

Como se esperaba de ella, movió su mano a uno y otro lado para contemplar su nuevo anillo. Suponía que era muy caro y valioso, pero no se parecía en nada al tipo de anillo que habría elegido ella.

Vio que Gianni miraba de vez en cuando su reloj. Le quedó muy claro que estar allí con ella y entregarle el anillo de compromiso no eran más que tareas de una larga lista de cosas que tenía que hacer. Sabía que no tenía derecho a sentirse así, pero no pudo evitar sentir algo de resentimiento.

—Bueno, ha sido un día largo —comenzó Gianni—. Supongo que te gustaría descansar un poco. Llamaré mañana por la mañana a una empresa de planificación de bodas para poder reunirnos con ellos y empezar a organizarlo todo. ¿Te parece bien?

Keelin le dedicó una dulce sonrisa y dejó que Gianni tomara su brazo mientras salían del restaurante del hotel. Acababa de darse cuenta de que iba a tener que forzar un poco más las cosas si quería sacar a ese hombre de sus casillas.

Cuando llegaron frente a los ascensores, Gianni se detuvo para mirarla. Durante un segundo, se olvidó de todo y fue solo consciente del atractivo y la increíble personalidad de ese hombre.

Se abrieron las puertas de uno de los ascensores y Gianni las mantuvo abiertas mientras ella entraba. Su masculino aroma la envolvió cuando pasó a su lado e hizo que se sintiera un poco abrumada.

—*Buonanotte*, Keelin. Hasta mañana.

Odiaba el efecto que ese hombre tenía en ella, pero consiguió no reaccionar y limitarse a sonreír.

—Buenas noches, Gianni.

Suspiró aliviada en cuanto las puertas del ascensor se cerraron y ya no tuvo que ver su atractivo y misterioso rostro. Se apoyó contra la pared de espejos.

Delucca estaba a punto de enterarse de que la mujer con la que iba a casarse no era tan mansa y dócil como pensaba, sino todo lo contrario. Sabía que no le quedaba más remedio que seguir luchando

para no tener que casarse con él, pero estaba bastante cansada.

Aunque daba la impresión de ser un hombre educado y civilizado, le había parecido ver algo duro en las profundidades de sus ojos oscuros y no sabía si le convenía jugar con ese hombre, por desesperada que estuviera.

Keelin no vio a Gianni hasta la noche siguiente. Él la había llamado por la mañana para disculparse y decirle que le había surgido algo importante y no iba a poder verla hasta la noche. Al parecer, había tenido un día repleto de reuniones.

Ella le había dicho que no se preocupara. Por desgracia, estaba acostumbrada a que la trataran así y no iba a permitir que ese tipo de desprecios le afectaran. Además, era un alivio no tener que verlo.

También ella había estado bastante ocupada ese día, reuniéndose con la entusiasta organizadora de bodas y con el encargado del departamento de Relaciones Públicas del hotel Harrington. Casi había sentido pena por los dos, sabiendo que iba a tratar de boicotear esa boda.

Miró su reflejo en el espejo e hizo una mueca. Llevaba un mono negro de lentejuelas con un ancho cinturón dorado y aberturas en las dos piernas que eran especialmente visibles con cada paso que daba. El conjunto lo completaban unos zapatos de tacón alto y demasiadas joyas de oro.

Cuando oyó que alguien llamaba a la puerta de su suite, respiró profundamente. No le gustaba ver que sentía una extraña sensación en el estómago ante la perspectiva de volver a ver a Gianni. No entendía lo que le estaba pasando.

Abrió la puerta y agarró con fuerza el picaporte. Era aún más atractivo y devastador de lo que recordaba. Llevaba una barba de dos días, un traje oscuro y camisa con corbata. Le daba la impresión de que era elegante sin tener siquiera que intentarlo. Y tan masculino…

—*Buonasera*, Keelin, ¿estás lista? —le preguntó Gianni.

Asintió con la cabeza y vio que él la miraba de arriba abajo, pero no le dijo nada. Supuso que no se atrevía a decirle lo que pensaba de su ropa.

Se sintió muy satisfecha. Estaba segura de que, cuando estaba con otro tipo de mujeres, le faltaría tiempo para halagarlas. Sin saber por qué le entraron ganas de saber qué le diría ese hombre si estuviera vestida como solía hacerlo la verdadera Keelin. Le habría encantado oír sus elogios. Sabía que era absurdo, pero fue lo que sintió en ese momento.

Mientras bajaban en ascensor al vestíbulo, Gianni se disculpó de nuevo por no haberse podido reunir esa mañana con ella.

—No te preocupes, de verdad —repuso ella—. Yo también he tenido un día de lo más agitado.

Mientras salían del hotel, se las arregló para hablar sin parar de cosas intrascendentes y lo más aburridas posible para Gianni. Le contó con todo tipo de detalles las cosas de las que había hablado con la organizadora de boda, explicándole todas las decisiones que había tomado en cuanto a preparativos. Sabía que los hombres en general detestaban ese tipo de cosas.

Gianni la acompañó hasta un coche deportivo de color plateado y no dejó de hablar ni para respirar. Vio de reojo que apretaba los músculos de su mandíbula y supuso que estaba consiguiendo desesperarlo tanto como pretendía.

Él aprovechó una breve pausa para intervenir antes de que ella siguiera parloteando.

—Pensé que te gustaría cenar en mi piso —le dijo él—. Tengo unas vistas maravillosas del Coliseo.

Sus palabras consiguieron que se le acelerara el corazón. No le hacía gracia la perspectiva de estar a solas con ese hombre.

—Bueno, la verdad es que me gusta ir a los restaurantes y observar a la gente, pero supongo que tenemos mucho de lo que hablar —repuso ella haciendo un puchero.

Gianni la miró de reojo y le pareció que hacía una mueca de desagrado. Le encantaba ver que su plan estaba surtiendo efecto.

—Sí —respondió él—. Tenemos mucho de lo que hablar y pensé que cenar en un lugar tranquilo como mi casa sería lo mejor.

En cualquier otra situación, Keelin habría apreciado su consideración, pero no en esos momentos. Pensó que quizás se hubiera pasado con sus atuendos y con su actitud grosera. Le dio la impresión de que Gianni prefería estar con ella en su casa para que nadie lo viera en su compañía. Supuso que se avergonzaba de ella y no le extrañó.

Tardaron pocos minutos más en llegar frente a un impresionante edificio. Era bastante antiguo, pero con una interesante arquitectura y una fachada de grandes ventanales.

Le gustó mucho.

—¿Es aquí donde vives? —le preguntó sin poder ocultar su admiración.

Gianni asintió mientras aparcaba el coche con facilidad.

—Sí. Y también están aquí las oficinas de mi empresa. Soy dueño de todo el edificio.

Keelin lo miró con el ceño fruncido, le había sorprendido mucho su respuesta.

Gianni salió del coche y se acercó a su puerta para abrirla y ayudarla a salir del deportivo. Le tendió la mano y ella la aceptó.

Se quedó sin aliento cuando sus manos entraron en contacto y no

pudo evitar sentir una oleada de calor que se concentraba entre sus piernas.

No podía creerlo, no podía estar sintiendo ese tipo de cosas.

Gianni tiró de ella y sus cuerpos se quedaron tan cerca que casi estaban tocándose. Vio que él bajaba la vista para perderse en su escote y el calor que sentía dentro de ella se hizo aún más intenso.

Pero también se apoderó de ella el pánico. Se suponía que estaba representando un papel para conseguir que Gianni la odiara, no para excitarlo. Y también ella tenía que controlar ese tipo de reacciones.

Le pareció ver un gesto de indecisión en su cara, como si también él estuviera librando una batalla similar en su propia cabeza. Gianni dio un paso atrás y le soltó deprisa la mano.

Un portero les abrió la puerta del edificio y Gianni se lo presentó. Keelin sonrió cortésmente a Lorenzo y subieron después en el ascensor. No era pequeño, pero sintió que le faltaba el aire, parecía un espacio demasiado pequeño para ellos dos. Era muy consciente de la masculina presencia de ese hombre.

El ascensor se paró y salieron a un pequeño pasillo. Gianni abrió entonces la puerta de su casa. Nunca había visto un piso tan impresionante, pero trató de controlar su entusiasmo, aunque lo que le pedía el cuerpo era abrir la boca.

Era enorme, ocupaba toda la planta del edificio y tenía grandes espacios abiertos. Los muebles eran discretos, pero muy lujosos. Le encantó la decoración, era exquisita y todo, desde el arte que adornaba las paredes hasta las alfombras, estaba escogido con mucho gusto.

Le pareció una casa impresionante. Le encantó.

Había estado de espaldas a Gianni, pero él se le acercó y tuvo que cambiar rápidamente la expresión de su cara para fingir desinterés.

—¿Esta es la única vivienda que tienes en Roma? —le preguntó con incredulidad.

Gianni asintió con la cabeza.

—¿Qué esperabas, *cara*? ¿Una villa palaciega en una de las colinas más exclusivas de Roma? ¿Algo con vistas a jardines que quizás pertenecieron en otra época a emperadores? —le preguntó él con ironía.

Keelin se encogió de hombros.

—Bueno, no sabía qué esperar —respondió tratando de parecerle algo decepcionada.

—También tengo una villa en Umbría —le dijo Gianni con frialdad.

Keelin fingió alegría al oírlo.

—¿Sí? ¡Esa zona es preciosa!

—Sí, lo es. Supongo que es donde pasarás la mayor parte del tiempo después de que nos casemos. Pero podrás venir a la ciudad cuando

quieras, por supuesto. Para salir, ir de compras o lo que sea —le dijo Gianni mientras se acercaba a una mesita donde tenía un teléfono—. Voy a llamar al chef para decirle que estamos listos para cenar.

Le encantó que le diera la espalda porque, en esos momentos, necesitaba fulminarlo con la mirada, aunque él no pudiera verla.

Le parecía increíble que ese hombre quisiera desterrarla a su remota villa italiana en cuanto se casaran. Suponía que así se vería libre para seguir tranquilamente con su vida profesional y personal.

Pensó que Gianni quizás la imaginaba viviendo sola en Umbría, cuidando de sus hijos, tan morenos como él, y educándolos para que se convirtieran en los perfectos herederos de la empresa familiar. Se estremeció al pensar en un Gianni en miniatura corriendo por las habitaciones de esa villa.

Ese tipo de vida le hacía recordar tiempos muy dolorosos. Eso era exactamente lo que sus padres habían hecho con ella, la habían dejado sola en su lujosa mansión durante meses y meses.

Respiró profundamente, tenía que conseguir que ese hombre la repudiara y se negara a casarse con ella, no podía soportar el tipo de vida que le estaba ofreciendo.

Pocos minutos después de que Gianni llamara al chef, aparecieron varios miembros de su servicio. Prepararon discretamente la mesa en el comedor y él la acompañó hasta esa habitación. Hizo lo posible por no reaccionar allí tampoco, pero la decoración era impresionante.

Uno de los camareros abrió una botella de champán y le sirvió una copa.

—Bueno, supongo que deberíamos hablar de cosas importantes —le dijo ella alegremente—. Como de los niños y esas cosas.

Miró a Gianni y le pareció que había más color de lo habitual en sus mejillas. Supuso que no le hacía ninguna gracia que hablara de esa manera delante de su personal.

De hecho, esperó hasta que se quedaron solos para contestarle.

—¿Quieres hablar de eso ahora? —le preguntó Gianni entonces.

Keelin tomó un sorbo de champán y trató de no hacer una mueca al probarlo. Dejó después la copa en la mesa y lo miró con seriedad.

—Bueno, supongo que es mejor hablar de ello cuanto antes.

Se inclinó un poco hacia delante y lo miró con complicidad.

—Si quieres que te diga la verdad, no me imagino teniendo niños. Ni ahora ni a los treinta —le confesó ella—. Pero como vamos a casarnos, he estado pensando en ello estos días.

Se mordió el labio inferior antes de seguir hablando, como si lo que estaba a punto de decirle fuera algo que le costara confesar.

—Para ser del todo sincera, la idea de tener que pasar por un embarazo y dar a luz no me hace ninguna gracia, pero estaría abierta a la posibilidad de adoptar —le dijo—. Una amiga mía ha adoptado

un bebé de África y es monísimo. Además, ahora todos los diseñadores tienen colecciones infantiles, así que supongo que no estaría mal… Pero mi amiga tiene una niñera que se encarga de… De lo que tiene que hacer durante el día, ya sabes…

—Te refieres a la crianza de los hijos.

Keelin probó la comida y asintió con la cabeza.

—¿Qué? Sí, eso. A eso es a lo que me refería.

Se arriesgó entonces a mirarlo y vio que Gianni apretaba con fuerza los labios y la observaba con el ceño fruncido. Fingió sorpresa al verlo así y dejó el tenedor en el plato.

—¡Oh! No me digas que querías tener hijos propios —le dijo—. ¿Es eso?

Gianni seguía apretando la mandíbula y ni siquiera había tocado su comida.

—Llámame anticuado si quieres, pero sí, me atraía la idea de tener mis propios hijos.

Tuvo que controlarse para que Gianni no viera hasta qué punto le enfadaba ver que ese hombre estaba dispuesto a tener hijos que serían fruto de una unión tan fría y artificial como sería un matrimonio entre ellos. Pero no podía mostrarle lo molesta que estaba.

—Y ¿qué esperabas? ¿Que tu esposa se quedara a vivir en esa villa para cuidar de ellos?

—Algo así. Mi madre siempre cuidó personalmente de mí, nunca tuve niñera —le dijo Gianni.

Keelin puso los ojos en blanco al oírlo.

—Tuviste suerte. Yo, en cambio, estuve al cuidado de innumerables niñeras —le confesó con una mueca—. Al parecer, no era una niña muy fácil, pero estoy seguro de que eso no es hereditario.

Gianni frunció el ceño al oírlo.

—¿Dónde estaba su madre? ¿Por qué no cuidó de ti?

Tuvo que ignorar el dolor que le estaba produciendo esa conversación y hablarle como si no le importara nada la sensación de abandono con la que había crecido.

—Bueno, mi madre solía acompañar a papá cuando tenía viajes de negocios y también se iban cuando podían de vacaciones. Yo pasaba la mayor parte del tiempo en el internado.

Comió un poco más y se tomó otro trago de champán.

—Supongo que es mejor que lo sepas por mí —continuó ella—. Me echaron de cuatro colegios. También del último, un internado de Suiza.

Gianni no había probado su cena y, cuando regresaron los camareros, dejó que se llevaran su plato. La miraba con los ojos entrecerrados. Había algo muy peligroso en su mirada.

—¿Por qué dices que es mejor que lo sepa por ti?

Ella se encogió de hombros antes de contestar.

—Porque supongo que las revistas del corazón escribirán artículos sobre mi pasado cuando se enteren de que vamos a casarnos.

Vio que el cuerpo de Gianni se tensaba. Le dio la impresión de que no se había parado a pensar en la repercusión que su boda iba a tener en los medios de comunicación.

—¿Te expulsaron de todos los colegios a los que fuiste?

Keelin se mordió el labio inferior y lo miró con gesto pícaro.

—Bueno, no de todos. No me echaron del colegio donde estudié primaria, solo de los colegios a los que fui después —le explicó ella—. Ya sabes cómo son esos años de la adolescencia… Tan rebeldes… Pero ahora por fin me he dado cuenta de que esa disciplina fue muy buena para mí, así que soy una gran defensora de los internados. Y cuanto antes, mejor. Hay un montón de colegios de calidad en Irlanda.

Gianni sintió la necesidad de levantarse de la mesa y ponerse a dar vueltas por el comedor como un león enjaulado, pero se contuvo.

Cuanto más conocía a Keelin, menos le gustaba. Odiaba sentirse engañado. Su padre no le había dicho cómo era su hija y acababa de descubrir que era casi una delincuente. Y lo que más le había sorprendido, después de la experiencia tan negativa que había tenido ella, era que también quisiera mandar a sus hijos a un internado.

Respiró profundamente y trató de responder de manera civilizada.

—Si no te importa contármelo, ¿qué fue lo que hiciste para que te echaran? —le preguntó.

Keelin enumeró con sus dedos mientras le contestaba.

—Bueno, una vez me escapé y me encontraron en un bar cercano al internado. Otra vez, me pillaron fumando. En otra ocasión, descubrieron que había metido a chicos en mi habitación de la residencia… Me escapé en varias ocasiones…

No pudo evitar sentir asco al escucharlo. No eran trasgresiones demasiado graves, pero le repugnaba que alguien que lo había tenido todo a su alcance no hubiera aprovechado sus privilegios y hubiera malgastado todas las oportunidades que había tenido. Le parecía que ese pasado no decía nada bueno de ella.

Y acababa de darse cuenta de que pensaba hacer lo mismo que había hecho su madre con Keelin, dejando el cuidado de sus hijos a niñeras o metiéndolos en internados. De hecho, le había asegurado que ni siquiera quería tener hijos biológicos, sino que prefería adoptarlos.

Esa conversación estaba además consiguiendo que sintiera que debía proteger a unos hijos que aún no tenía y que nunca se había planteado tener. Al menos hasta ese momento.

Era demasiado. Empezaba a sentir claustrofobia, pero llegó entonces el camarero con el plato principal y tuvo que elegir el vino que quería tomar con la carne.

Keelin, al verlo, arrugó la nariz.

—Yo prefiero seguir con el champán, si no te importa. No soporto el vino.

Gianni respiró hondo y trató de calmarse, pero se imaginó cómo sería ir a elegantes cenas con Keelin y tener que soportar que su esposa insistiera en beber champán mientras el resto de la gente bebía vino.

Le hizo un gesto al camarero para que no le sirviera vino a Keelin y le dio las gracias.

—Por supuesto, puedes beber lo que quieras —le dijo a su prometida.

Fue un alivio que Keelin lo dejara comer en silencio durante unos minutos.

Pero tampoco se sentía a gusto en esa situación porque, aunque hubiera dejado de hablar sin parar, mareándolo con aburridos temas de conversación, no podía ignorar su presencia.

A pesar de las exageradas joyas, de su pelo cardado y del exceso de maquillaje, no tenía ninguna duda. Era una mujer muy bella. Sus ojos lo tenían completamente cautivado. Le pasaba lo mismo con sus labios carnosos y con sus exuberantes curvas. El provocativo mono que llevaba esa noche se ceñía a cada centímetro de su cuerpo y no podía dejar de mirarlo.

Su mente comenzaba a tener serias dudas sobre la conveniencia de casarse con esa mujer, pero su cuerpo, especialmente una parte de su cuerpo, lo tenía todo mucho más claro.

Cuando terminaron de comer, el servicio retiró los platos vacíos.

Se quedó mirándola con los ojos entrecerrados. Keelin estaba distraída y callada y tuvo la extraña sensación de que todo lo que había dicho y hecho hasta ese momento podía ser parte de un elaborado plan.

Pero sabía que no tenía sentido. De ser así, no entendía qué podía querer conseguir. Era como si estuviera tratando de volverlo loco o haciendo que dudara de su decisión de casarse con ella.

No sabía cómo podía mejorar las cosas. Pensó que quizás se estuviera apresurando demasiado y les conviniera hablar de todas esas cosas con más calma. Si tenían hijos, por ejemplo, quería convencerla de que la ayuda de una niñera era suficiente, que no necesitaban enviar a los niños a un remoto internado en Irlanda.

Pero justo en ese momento Keelin lo miró de nuevo y vio que fruncía el ceño.

—Hay algo más de lo que quería hablar contigo —le dijo ella.

Gianni trató de mirarla a los ojos y no dejar que su escote lo distrajera.

—¿Sí? ¿De qué?

Le pareció que Keelin estaba algo incómoda y se ruborizó ligeramente.

—Quería hablar contigo de sexo.

Palideció al oírlo y temió que el deseo que sentía por ella hubiera sido demasiado evidente.

—Verás… —comenzó ella con dificultad—. El caso es que esas cosas… No son para mí…

Gianni reaccionó con fuerza. Se sintió rechazado, no pudo evitarlo.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que no es para ti?

Keelin negó con la cabeza y lo miró algo avergonzada.

—No me gusta nada, la verdad —repuso sin poder contener un estremecimiento—. Tanto alboroto para nada… Odio estar con alguien y… Todo ese sudor… Y los fluidos corporales… —agregó con una mueca de profundo desagrado.

Keelin lo miró entonces con el ceño fruncido.

—No esperabas que fuera virgen, ¿verdad? —le preguntó entonces —. Porque la verdad es que he estado con… No sé, con un montón de chicos. Por eso sé que lo odio. Estoy segura.

No sabía cómo reaccionar, pero era una noticia terrible. Era un hombre muy apasionado y sexual. Apretó los dientes y respiró hondo antes de contestar.

—No, claro que no esperaba que fueras virgen —le aseguró él.

—Le he dado muchas vueltas a este tema —le contó Keelin con naturalidad—. Y, como no quiero mantener relaciones sexuales, no me importará que tengas una amante. Si quieres… Por eso te decía antes que preferiría adoptar.

Keelin suspiró aliviada y le dedicó una gran sonrisa. No parecía consciente de la importancia de lo que acababa de decirle.

—¡No sabes cuánto me alegra habértelo dicho ya! Estaba preocupada.

Después, puso la mano sobre la de él y lo miró a los ojos.

—Me encanta ver lo bien que se te da escuchar, Gianni —le dijo—. ¡Y pensar que vas a ser mi marido! Soy una mujer con mucha suerte.

Su brillante sonrisa lo abrumaba y estaba empezando a sentirse algo enfermo. También estaba enfadado.

Su padre le había hecho creer que su hija era una mujer inteligente y madura. Quitó la mano de la mesa para que dejara de tocarlo, no le había gustado sentir sus fríos dedos en la piel.

Dejó la servilleta en la mesa, estaba perdiendo la paciencia.

—No pienso tener ninguna amante cuando estemos casados y me niego a participar en ese mercado de adopción de niños de países en

vías de desarrollo. No tengo muy claro que no estén siendo explotados por organizaciones sin escrúpulos —le dijo con firmeza.

Se inclinó hacia adelante y trató de ignorar sus grandes ojos verdes.

—En cuanto al sexo, a lo mejor no te gusta porque no has tenido el amante adecuado.

Tuvo de repente la necesidad de tomar el rostro de Keelin entre sus manos y dejar que su boca le explicara lo que quería decir. El corazón le latía con fuerza y tenía miedo de dejarse llevar por todo lo que estaba sintiendo en esos momentos y decir algo que pudiera lamentar después. Así que decidió levantarse.

—¿Me disculpas, por favor?

No esperó a que le respondiera. Salió del comedor maldiciendo el día que Liam O'Connor decidió añadir ese matrimonio de conveniencia al acuerdo comercial entre las dos empresas.

Fue directo a su despacho. Allí estaba lo suficientemente lejos de Keelin O'Connor como para sentirse un poco más tranquilo.

Maldijo entre dientes.

Esa mujer le parecía insufrible y le resultaba inconcebible la idea de tener que casarse con ella.

No podía dejar de dar vueltas a la conversación que habían tenido esa noche. No quería tener hijos y, si accedía a tenerlos, quería adoptarlos para mandarlos después a algún exclusivo y caro internado.

En cuanto a lo del sexo…

En ese momento no tenía siquiera ganas de demostrarle que estaba equivocada, que el sexo podía llegar a ser increíble. Por mucho que le atrajera físicamente, no quería tener nada con ella.

Sacó su teléfono móvil del bolsillo y marcó un número. En cuanto respondió su amigo, le dio instrucciones de manera cortante para que investigara y descubriera todo lo que pudiera sobre Keelin O'Connor.

No entendía cómo no se le había ocurrido hacerlo desde el principio. Lamentaba haber aceptado sin más la palabra de su padre. Liam O'Connor le había asegurado que ella iba a ser la esposa perfecta y una gran compañera para poder avanzar en el mundo de los negocios.

Había estado tan absorto con su trabajo y su futura boda, que no se había parado a pensar en cómo iba a ser en realidad esa mujer. Había cometido un grave error.

También tenía la extraña sensación de que algo no estaba bien, que algo se le escapaba, y no le gustaba nada no saber lo que era. Quería volver al comedor y decirle a Keelin que había cometido un error, pero algo le impedía hacerlo. Si no se casaba con ella, iba a tirar por la borda la mejor oportunidad empresarial de su vida.

Tenía que encontrar la manera de lidiar con ella. Hasta ese momento, nunca había tenido que preocuparse por culpa de una

mujer. Ninguna de ellas le había complicado tanto la vida como lo estaba haciendo Keelin.

Respiró profundamente y salió de mala gana de su despacho para volver al comedor, pero algo le hizo detenerse antes de entrar. Esperó en el pasillo. Desde allí podía ver a Keelin por una rendija de la puerta sin que ella se diera cuenta.

Vio que la joven miraba a su alrededor con disimulo y que después vaciaba el contenido de su copa de champán en una planta. Siguió mirándola con suspicacia. Le parecía increíble lo que estaba viendo. Pero, por otro lado, también sintió algo de alivio.

Keelin miró el reloj y suspiró. Parecía irritada, aburrida y bastante cansada. No había visto nunca esa expresión en su rostro. Era casi como si fuera otra persona.

Se alegró de haber llamado a su amigo. Ya no era solo una sospecha, estaba seguro de que había algo raro en el comportamiento de su prometida y estaba decidido a seguirle el juego hasta que supiera qué era lo que estaba pasando.

Un par de horas más tarde, Gianni estaba de vuelta en su piso, contemplando las vistas de Roma desde uno de los grandes ventanales del salón. Acababa de acompañar a Keelin de regreso al hotel y tenía que reconocer que había estado más que distraído por sus carnosos labios y la manera en la que había estado comportándose, como si hubiera bebido más de la cuenta.

Cuando había regresado al comedor después de hablar con su amigo, Keelin lo había recibido con una sonrisa tan amplia que durante un segundo dudó de la impresión que le había dado mientras la observaba por la rendija de la puerta.

Pero después, cuando puso su mano sobre la de ella y le prometió que iba a hacer todo lo posible por conseguir que su matrimonio funcionara, había podido ver un destello de pánico en sus ojos.

Estaba furioso. No estaba acostumbrado a que la gente jugara con él y no le gustaban las sorpresas. Ya había tenido demasiadas durante sus primeros años de vida. Desde entonces, había tratado de llevar una vida lo más sosegada y tranquila posible.

Pero Keelin O’Connor había estado a punto de engañarlo. Le había bastado con tener una segunda conversación con su amigo Davide para saber a ciencia cierta que esa mujer había estado jugando con él.

Para empezar, su prometida tenía algo más que pájaros en la cabeza. De hecho, acababa de terminar sus estudios en una de las universidades más prestigiosas de Dublín, donde había conseguido las notas más altas de su curso, además de una licenciatura en Negocios y Economía. Materias que no tenían nada que ver con las últimas modas

ni absurdos programas de televisión.

Su móvil sonó de repente y contestó de mala gana. Frunció el ceño al oír lo que le estaban contando.

—¿Qué discoteca?

Gianni colgó pocos segundos después y volvió a ponerse la chaqueta que se había quitado nada más volver a casa.

Su enfado iba de mal en peor. Al parecer, su prometida no había tenido bastante con su actuación y estaba en esos momentos montando un espectáculo en una de las discotecas más exclusivas de Roma. Estaba bailando aparentemente borracha en la pista de baile mientras los *paparazzi* se congregaban afuera. Alguien los había avisado y les había dicho que la nueva novia de Giancarlo Delucca estaba dentro.

Sospechaba quién era la persona que había avisado a la prensa del corazón y estaba deseando saber por qué sentía que tenía que hacer algo así.

Capítulo 3

Un tipo grande y sudoroso agarró a Keelin por la cintura y ella puso sus manos sobre las de él para tratar de que la soltara, pero tenía que hacerlo sin que pareciera que su proximidad le repelía. La idea de avisar a los *paparazzi* le había parecido una gran inspiración en el hotel, después de darle muchas vueltas y tras tomarse unos cuantos cafés para librarse de los efectos del champán.

Cuando Gianni regresó al comedor después de ausentarse durante unos minutos había tenido una sensación muy extraña, como si él la mirara de una manera distinta, como si sospechara de ella. Por eso había decidido darle una vuelta de tuerca más a su plan en cuanto se vio sola en el hotel.

Miró a sus nuevos amigos con una sonrisa forzada. Le había bastado con sentarse a una de las mesas para invitados exclusivos e invitar a una ronda de champán a esa docena de personas para ser la más popular de la discoteca. Y todo gracias a la tarjeta de crédito de su prometido.

No conseguía librarse del hombre que la sujetaba por la cintura y que tenía cada vez más cerca. Podía sentir su aliento en el cuello. Desesperada, estaba a punto de apartarse de él a la fuerza cuando este la soltó y desapareció.

Otro hombre lo reemplazó al instante. Uno mucho más alto, masculino y atractivo.

Gianni…

Le bastó con verlo para que su corazón se acelerara al instante.

Vio que se había quitado la corbata y que tenía abierto el cuello de la camisa. Pero no pudo fijarse en nada más ni abrir la boca. Se quedó boquiabierta cuando él se le acercó, colocó una mano en su nuca y la atrajo contra su cuerpo.

Era la primera vez que la tocaba de una manera tan íntima y ella tuvo que colocar las manos sobre su torso para no perder el equilibrio. Se quedó sin aliento al sentir sus pectorales, duros como el acero.

Sintió de nuevo una oleada de calor que se concentraba entre sus piernas. Se sentía tan aturdida al verse entre sus brazos que no pudo reaccionar. Se limitó a mirarlo a sus oscuros ojos y se dio cuenta entonces de que eran casi negros.

—*Cara*, querida… —le susurró él con su voz más seductora—. Deberías haberme dicho que querías salir esta noche, habría venido

contigo.

—Yo… Es que…

Ni siquiera podía hablar, no le salía la voz. Todas las inhibiciones que solían condicionar su comportamiento cuando trataba con un hombre se disolvieron de repente. Gianni parecía tener la facultad de afectarla de tal manera que se le olvidaba pensar de manera racional.

Sin ser siquiera consciente de lo que estaba haciendo, colocó las manos sobre su torso como si sintiera la necesidad de tocarlo aún más, de intensificar la conexión que sentía con él en esos momentos. Su olor era embriagador, decadente y especiado. Muy masculino. Le costó concentrarse en lo que tenía que decirle.

—No pensé que te fuera a apetecer —pudo decirle al final.

Gianni sacudió la cabeza y sonrió.

—*Bella*, me apetece hacer cualquier cosa que te guste a ti. Venga, vamos a bailar.

Tomó la mano de Keelin con firmeza y tiró de ella hasta llegar a la pista de baile. Se sentía mareada y abrumada, le temblaban las piernas y estaba deseado quitarse sus altos zapatos de tacón. Reflexionó sobre lo que acababa de decirle, no entendía cómo habría conseguido saber dónde estaba. Pero recordó entonces que ella misma había avisado a los *paparazzi* y suponía que habría mucha gente en Roma dispuesta a informarlo.

Ya no disfrutaba de los efectos del champán, nublando su mente de una manera deliciosa. Solo había bebido agua desde que llegara a la discoteca y cada vez estaba más nerviosa. Era muy consciente de la sensación de tener la gran mano de Gianni sujetando la de ella. Trató de apartarse para ver qué hacía, pero él no se lo permitió.

Llegaron poco después a la pista de baile y, para su desgracia, la música cambió de repente. Sonaba por los altavoces un tema mucho más lento y sexy que los anteriores. Vio que estaban rodeados de parejas que bailaban abrazados.

Era muy consciente de que la gente a su alrededor los miraba y susurraba. No era eso lo que había planeado. En absoluto. Su plan había consistido en conseguir que alguien la sacara con ayuda de la discoteca para lograr que las revistas del corazón hablaran después de ella y de la forma más negativa posible. Pero Gianni estaba en esos momentos extendiendo las manos sobre sus caderas y atrayéndola contra su cuerpo.

Una sonrisa malvada se dibujaba en su sensual boca y, cuando fue lo suficientemente valiente como para mirarlo a los ojos, vio algo muy duro en ellos. Estuvo a punto de tambalearse al ver cómo la miraba. Tuvo la impresión de que sospechaba de ella, que sabía que estaba jugando con él. Pero prefería no pensar en eso.

Aunque algunas partes de su cuerpo querían dejarse llevar por lo

que estaba sintiendo, mantuvo sus manos firmemente entre los dos. Sentía que se derretía y ansiaba rodear su cuello con las manos, pero no lo hizo.

Gianni movió una mano hacia abajo y la dejó muy cerca de sus nalgas. No pudo evitarlo, se le puso la piel de gallina al sentirlo tan cerca.

Él comenzó a moverse al ritmo de la música y sus cuerpos encajaban demasiado bien para su gusto. La mano de Gianni se movió un poco más bajo y sintió que se le aceleraba el corazón.

Y cuando él la apretó sutilmente contra sus caderas y notó su excitación, se quedó sin respiración y dejó de bailar durante un segundo. Sintió una oleada de calor por todo el cuerpo que se concentró en su cara. Fue una sensación muy impactante y también emocionante. Le sorprendió no sentir repulsión ni miedo, todo lo contrario.

Era demasiado tarde para tratar de apartarse de él. En ese instante fue más consciente aún de la poca ropa que llevaba. La frágil barrera de su mono de seda apenas la podía proteger contra ese cuerpo poderoso y tan bien dotado.

No podía dejar de mirarlo. Gianni la observaba con intensidad y no pudo evitar sentir pánico. Trató de poner un poco de espacio entre los dos, aunque su cuerpo deseaba estar aún más cerca de él.

No entendía lo que le estaba pasando, cómo ese hombre estaba consiguiendo afectarla de ese modo.

Enfadada consigo misma, recordó que tenía que seguir adelante con su papel. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

—Ya te dije que no me van este tipo de cosas —le susurró entre dientes ella.

Gianni levantó una ceja al oírla.

—¿A qué cosas te refieres? ¿Al sexo? —repuso.

La música parecía seguir el ritmo de los latidos de su corazón y cada vez estaba más nerviosa. Se sentía fuera de lugar, completamente perdida, pero tenía que reconocer que también estaba excitada.

—Sí —murmuró.

Las manos de Gianni se movieron sobre ella de manera muy lenta y sensual, despertando cada terminación nerviosa de su cuerpo. Se estremeció cuando sintió que se acercaba para hablarle al oído.

—Yo creo que en ese terreno no vamos a ponernos de acuerdo, *bella*. Algo me dice que ese asunto, el del sexo, se te daría muy bien.

Keelin echó la cabeza hacia atrás, pero ya era demasiado tarde. Se dio cuenta de cuál era su intención cuando ya estaba sujetando su cabeza y a punto de tocar su boca con la de él.

Ya la habían besado antes. Un montón de veces.

Se había convertido casi en experta en ese terreno durante su

adolescencia. Consiguió perfeccionar el arte de besar. Era su manera de relacionarse con chicos sin tener que ir más lejos. Al menos hasta esa noche tan traumática que no había podido olvidar, cuando se dio cuenta de lo cerca que había estado del peligro. Y todo por ir siempre buscando en otros la atención que le había negado su padre.

Pero Gianni no era un adolescente que se estuviera dejando llevar por la testosterona, sino un hombre hecho y derecho. No había conocido a nadie tan viril como él y no sabía cómo evitar que le afectara.

Estaba tan apretada contra su cuerpo que podía sentir cada uno de sus músculos y tendones. Su boca era firme y exigente. La besaba apasionadamente y, cuando sintió su lengua contra la comisura de los labios, actuó sin pensar y los separó sin ser del todo consciente de lo que estaba haciendo.

Sentía que Gianni la dominaba con una sensual facilidad. Sus lenguas se acariciaron, provocando una respuesta en ella que hizo que le temblaran las piernas y una sensación muy cálida se instalara en la parte más íntima de su ser, entre sus piernas. Tenía una especie de necesidad en su interior que nunca había sentido antes.

Pero por fin recobró el sentido común y se apartó de él mirándolo con los ojos muy abiertos, perdiéndose en su oscura mirada.

Él no sonreía, la observaba con dureza. No entendía nada.

—Creo que ya es hora de irse, ¿no te parece, cara?

No esperó a que ella respondiera. Se limitó a tomar su mano y sacarla de la pista de baile, abriéndose paso entre la gente. La música había vuelto a cambiar y se sintió avergonzada al pensar que habían estado besándose en medio de decenas de personas bailando al rápido ritmo de esa canción. Temía que cualquiera que los hubiera visto se hubiera dado cuenta de que Gianni no tenía apenas que esforzarse para dominarla por completo.

Le irritaba que ese hombre tuviera tanto poder sobre ella y se soltó de él en cuanto llegaron a la zona donde estaban las mesas. Una joven se les acercó en ese momento con la chaqueta dorada de Keelin y Gianni la tomó y le ayudó a ponérsela. Suponía que la gente que los estuviera viendo pensaría que él era un novio de lo más educado y solícito que estaba ansioso por sacarla de allí y llevarla a un sitio con más intimidad.

Se le pasó por la cabeza aprovechar que la había soltado para alejarse de él y salir por su cuenta de la discoteca, pero Gianni estaba de pie frente a ella, bloqueándole el paso como si acabara de leerle el pensamiento. Lo miró con el ceño fruncido y él le sostuvo la mirada.

Dejó que le pusiera la chaqueta de mala gana. Le pareció que estaba siendo especialmente brusco a propósito, como si quisiera que ella lo interpretara como una advertencia.

Se volvió hacia él y vio que sostenía su pequeño bolso. Lo tomó y Gianni volvió a agarrar su mano. Ni el beso que le había dado había sido el beso de un amante ni su manera de tocarla y agarrarla en esos momentos era delicada. Le estaba dejando muy claro lo que podía llegar a hacer y la fuerza que tenía sobre ella.

Pero Keelin solo podía pensar en lo maravilloso que había sido sentirse tan cerca de él y tener sus lenguas explorando ese deseo que había nacido entre los dos. Necesitaba seguir explorando ese cálido y embriagador sabor masculino. Se sentía muy avergonzada. Sabía que debería haber salido corriendo de la pista de baile en cuanto la Gianni la tocó, pero se había limitado a presionar su cuerpo contra el de él como una gatita necesitada de cariño y atenciones.

Un elegante coche con chófer los estaba esperando frente a la puerta de la discoteca. También había allí unos cuantos *paparazzi*. Empezaron a hacer fotos en cuanto apareció Gianni y la sacó rodeándola de manera muy protectora con el brazo, haciéndola girar hacia él para que no tuviera que lidiar con los reporteros.

Verse de nuevo entre sus brazos fue suficiente para que dejara de pensar con claridad.

Oyó que Gianni mascullaba algo en italiano mientras abría la puerta de la parte trasera del coche y casi la empujaba para que entrara. Se sentó después a su lado y cerró de un portazo.

El coche no tardó en ponerse en marcha.

Se sintió atrapada.

Le costaba respirar con normalidad. Miró a Gianni y vio que había puro hielo en su mirada. No pudo evitarlo, se le encogió el corazón al verlo así.

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo? —le preguntó él con frialdad.

A Gianni no le gustaba admitir que aún podía sentir la huella que habían dejado las exuberantes curvas de Keelin contra su cuerpo. Había sido así desde que la atrajo contra su torso en la pista de baile. Su intención había sido separarla de las manos del sudoroso tipo con el que la había visto, pero lo único que había conseguido había sido encender su libido hasta tal punto que a Keelin no le se le pasó por alto lo excitado que estaba. Creía que debía de haber sido su primera erección en público desde sus años adolescentes.

No podía creerlo. Sabía que debía sentir repulsión por esa mujer que encarnaba todo lo que no le gustaba en una mujer, pero en ese momento lo único que quería era arrancarle el mono que llevaba y acariciar sus curvas desnudas. Ni siquiera podía evitar que se le fueran los ojos a sus generosos pechos o a sus larguísimas piernas. Sentía que

estaba derritiendo su cerebro.

—¿No me vas a contestar? —le preguntó entonces al ver que seguía callada.

Keelin estaba acurrucada contra la puerta y lo miraba como si fuera un monstruo con dos cabezas.

Pero entonces parpadeó y se enderezó un poco.

—Me lo estaba pasando muy bien —repuso ella haciendo un puchero.

No le gustaba nada su tono de voz y tuvo que contenerse para no hacer una mueca. No iba a dejar que siguiera engañándolo. No podía consentir que siguiera humillándolo de esa manera.

—Sí —repuso con sequedad—. Ya vi qué bien te lo estabas pasando con Federico Prezzi, conocido en toda Roma por ser uno de los reyes de la industria pornográfica.

Vio que Keelin no conseguía esconder su sorpresa y desagrado al saber con quién había estado esa noche. Antes de que pudiera ponerle alguna excusa, decidió hablar de nuevo.

—A lo mejor quieres seguir con esta farsa ridícula, pero la verdad es que tengo cosas mejores que hacer y espero no tener que repetir lo de esta noche —le dijo Gianni.

Keelin lo miró con los ojos muy abiertos y gesto ofendido.

—¿Farsa? ¿Qué farsa? No sé de qué me estás hablando.

Gianni resopló con cansancio. Vio que acababan de llegar al elegante hotel Harrington. Era la segunda vez esa noche que tenía que hacer ese trayecto con ella.

Se bajó para abrirle la puerta, aunque no tenía ninguna gana de ser amable y caballeroso con ella. Sobre todo cuando Keelin salió del coche y, al hacerlo, le enseñó una de sus piernas desnudas.

La tomó por el brazo y entró a buen paso al hotel. Cuando por fin llegaron al ascensor, Keelin se apartó de él y lo miró con el ceño fruncido.

—No hay necesidad de tratarme así, ¿no te parece? —le dijo ella.

Sus grandes ojos verdes brillaban más que nunca y, aunque Gianni sabía que solo estaba actuando, no pudo evitar que ese detalle le enterneciera.

Y eso lo enfadó más aún. Estaba cansado de que tratara de engañarlo.

—No sé por qué estás tan enfadado. Solo quería un poco de diversión. Me encanta ir de discotecas —le aseguró Keelin.

Sus últimas palabras resonaron en su cabeza. Odiaba las discotecas, siempre lo había hecho.

Recordaba incluso haber hablado de ello en una entrevista. Le habían presentado un cuestionario con diez preguntas y esa había sido una de sus respuestas. Se dio cuenta en ese preciso instante de que

todo lo que había hecho Keelin desde que lo conociera parecía estar perfectamente diseñado para molestarlo y sacarlo de quicio.

Se abrieron las puertas del ascensor y agarró de nuevo el brazo de Keelin.

Fue hasta la suite de su prometida y abrió la puerta, apartándose a un lado para dejarle pasar.

Odiaba admitirlo, pero sabía que si se quedaba y la obligaba a tener esa noche la conversación que tenían pendiente corría el peligro de no ser capaz de resistirse a tocarla. Era tal su enfado y la humillación que sentía al haber sido engañado por Keelin que notaba que estaba a punto de perder el control.

Por eso decidió retirarse mientras estuviera a tiempo. Su padre no había sido capaz de controlar sus impulsos y Gianni siempre había tenido miedo a haber heredado su debilidad. No temía ser tan violento como lo había sido su progenitor, pero sí creía que llevaba en su interior algo de esa crudeza tan difícil de contener. Y no quería que Keelin viera esa parte de él.

Ella se dio la vuelta para mirarlo con una expresión de tristeza y decepción en su cara. Pero, antes de que Keelin pudiera decirle nada, la fulminó con la mirada mientras se cruzaba de brazos.

—¡Ya basta! —le dijo con firmeza—. No sé a qué juego estás jugando, Keelin, pero sé que es tan falso como el bronceado que luce tu delicioso cuerpo. Tengo una reunión muy importante mañana a primera hora, así que no puedo quedarme aquí toda la noche tratando de conseguir que me confieses la verdad —añadió sin rodeos—. Pero cuando te vea mañana espero poder conocer por fin a la verdadera Keelin O'Connor.

Bajó la mirada y estudió durante unos segundos su atuendo.

—Mientras tanto, usa la tarjeta que te di para comprarte ropa un poco más adecuada.

Keelin se quedó con la boca abierta, pero estaba cansado de sus actuaciones.

—Déjalo para mañana, *cara*. *Buonanotte.*

Se volvió hacia ella una vez más cuando ya estaba en la puerta y vio que Keelin lo miraba con un gesto rebelde y sus ojos reflejaban esa chispa de inteligencia que ya había vislumbrado esa noche en su piso cuando la observó sin que ella lo supiera.

Le sorprendió ser consciente de que a una parte de su ser le emocionaba la posibilidad de llegar a conocer a la verdadera Keelin.

—Y que no se te ocurra intentar ninguna travesura más —la advirtió —. Si sales de la habitación del hotel, me enteraré en cuestión de segundos.

Keelin abrió la boca indignada.

—¿Qué? ¡No puedes…!

Pero él ya había salido y cerrado tras él la puerta de la suite.

Keelin se quedó mirando la puerta de su habitación. Durante un buen rato, no pudo moverse. Estaba conmocionada. Pero recordó entonces cuánto le dolían los pies y se quitó los zapatos de tacón, tirándonos contra la pared opuesta de la suite.

Gianni lo sabía. De alguna manera, se había dado cuenta del engaño.

Estaba muerta de miedo y una sensación de pánico iba creciendo dentro de ella. Pero también sentía alivio al saber que no iba a tener que seguir actuando. Eso le emocionó. Le atraía la idea de enfrentarse a ese hombre siendo por fin ella misma. Entró en el cuarto de baño y miró su reflejo en el espejo.

Tenía los ojos muy abiertos y le brillaban más que nunca. Sus mejillas estaban sonrosadas.

Bajó la vista y contuvo el aliento al ver que la tela del mono no podía ocultar el contorno de sus pezones.

Recordaba con demasiada facilidad la sensación de tener sus pechos presionados contra el musculoso torso de Gianni en la discoteca, intentando así calmar ese dolor persistente que le producía el deseo.

No le gustaba reconocer que Gianni podía tener ese efecto sobre ella. Hacía que se sintiera muy vulnerable. No estaba preparada para ese tipo de reacción física. No le había pasado nunca.

Le daba miedo lo que le hacía sentir.

Tanto que, si él la besaba de nuevo, no sabía si iba a ser capaz de protegerse a tiempo. Y también temía que él la hiciera sentirse tan impotente como cuando…

Cerró los ojos para tratar de calmarse y no dejarse llevar por los recuerdos. Después, respiró profundamente.

Por eso había evitado cualquier tipo de intimidad hasta ese momento, aunque a Gianni le había descrito una imagen muy distinta.

Algo más tranquila, se convenció de que no iba a volver a pasar nada. Gianni no iba a besarla de nuevo porque ella iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para que viera que su matrimonio era un error.

Cuando Keelin se despertó a la mañana siguiente después de una complicada noche, se sintió mucho más optimista. Pensó que quizás se hubiera equivocado y no estuviera todo perdido. Creía que Gianni sospechaba algo, pero a lo mejor no tenía claro que había estado representando un papel.

Sintiéndose un poco mejor, se puso otro de sus inapropiados

atuendos. En ese caso, un vestido rojo muy ceñido que dibujaba cada una de sus curvas.

Cuando terminó de arreglarse, bajó al vestíbulo del hotel. Pensaba salir de compras y fingir que la noche anterior no había pasado nada.

Pero, cuando llegó a la entrada del hotel, vio que Gianni la esperaba allí.

Maldijo entre dientes al ver que se le acercaba, tomaba su brazo y se inclinaba para darle un beso en la mejilla. No pudo evitar que su corazón se contrajera al sentirlo de nuevo tan cerca.

Se echó hacia atrás y lo miró. Gianni le dedicó una dulce sonrisa, pero su mirada era fría.

—*Buongiorno, cara.* ¡No sabes cuánto me alegra verte de nuevo!

—Pero pensaba que… No sabía que… —tartamudeó ella sin entender qué hacía allí.

Pero Gianni no la estaba escuchando. Salió con ella del hotel sin soltar su brazo y la acompañó hasta donde lo esperaba su chófer con el coche. La metió dentro del vehículo y este se puso en marcha antes de que pudiera recuperarse lo suficiente como para abrir la boca.

Se dio cuenta de que estaba perdida. Gianni sabía la verdad.

—¿Adónde vamos? —le preguntó de mala gana.

—A mi piso —repuso Gianni—. Tenemos que hablar.

Keelin se distrajo mirando por la ventanilla. Se negó a dirigirle la mirada durante el trayecto en coche.

Trató de pensar en lo que podría decirle. No sabía si Gianni había adivinado lo que estaba haciendo o si solo tendría alguna sospecha.

Pensó que quizás hubiera descubierto que había ido a la universidad y que acababa de licenciarse. No saber qué sabía de ella hacía que se sintiera muy expuesta.

Le entraron ganas de rebelarse y de salir corriendo. Esa había sido siempre su reacción durante su infancia y su adolescencia, cuando no soportaba su situación familiar. Pero ya no podía reaccionar de esa manera. Sabía que tenía que ser inteligente y conseguir salir de esa situación sin que pareciera culpa suya. Lo que más le importaba era que su padre se viera obligado a reconocer el papel tan importante que podía desempeñar en la empresa de su familia. Y creía que eso podía hacerlo sola, no necesitaba casarse para demostrarle lo que valía.

Recordó en ese instante un momento de su infancia. Fue a los once años, cuando visitó con su abuelo paterno una de las fábricas de Alimentos O’Connor. Recordaba perfectamente cómo se había quedado hipnotizada viendo a su padre en medio de un montón de grandes camiones que estaban listos para distribuir los alimentos por toda Europa. Lo había visto entonces como una especie de director de orquesta.

Fue ese día cuando comprendió de verdad la obsesión que su progenitor tenía con la empresa familiar y con todo lo que habían conseguido construir desde que empezaran como una pequeña granja en el oeste de Irlanda.

—Cuando sea mayor, quiero trabajar con papá —le había dicho emocionada a su abuelo.

Este la había mirado con cierta decepción en los ojos. No se le había olvidado.

—Eso no va a suceder nunca, Keelin. A lo mejor si tuvieras un hermano…

A pesar de los años que habían pasado, recordaba perfectamente lo que había sentido en ese momento. Le había dolido que no la consideraran válida para trabajar allí y solo porque era una niña. El resto del día lo había pasado muy angustiada, pensando que, por su culpa, esa empresa iba a dejar de existir algún día. Fue entonces cuando decidió hacer todo lo posible por demostrarle a su padre que podía trabajar allí.

—Ya hemos llegado.

La voz de Gianni la devolvió al presente. Parpadeó y vio que estaban frente a su edificio.

Él salió del coche para abrirle la puerta. Tenía la extraña sensación de estar reviviendo lo de la noche anterior.

Se negó a aceptar la mano de Gianni y salió sin ayuda del coche, aunque le costó trabajo y lo hizo con más torpeza de la que le hubiera gustado. Él se encogió de hombros y fue hacia la puerta del edificio.

El ascensor le pareció aún más claustrofóbico esa vez porque no podía olvidar lo que había sentido entre los brazos de ese hombre cuando la besó en la discoteca. Había sido increíble sentir ese cuerpo duro y musculoso contra el de ella. No pudo evitar sonrojarse y el trayecto de pocos segundos se le hizo eterno.

Fue casi un alivio salir de allí y entrar de nuevo en su elegante y amplio piso. Pero le incomodaba saber que estaban a solas. Para poner un poco más de espacio entre ellos, fue directa a uno de los ventanales y fingió sumo interés en las vistas.

Temía la conversación que iban a tener, pero sabía que ya no podía seguir retrasándola.

De mala gana, se volvió para mirar a Gianni. Su gesto era serio y frío. Parecía muy distante. Pensó que quizás pudiera convencerlo para que viera que ese matrimonio no tenía sentido, pero sabía que era mejor no hacerse demasiadas ilusiones.

Se dio cuenta de que Gianni no iba a dejarla en paz hasta que le dijera la verdad. Así que respiró profundamente y se armó de valor para decirle sin rodeos lo que pensaba.

—No quiero casarme contigo.

La expresión de Gianni no cambió, pero sí le pareció ver un destello de algo distinto en sus ojos oscuros.

—¿Y no se te ocurrió que sería buena idea decírmelo cuando nos conocimos? Así te habrías evitado tener que seguir adelante con tu elaborado plan y no me habrías hecho perder tanto tiempo —repuso Gianni mirándola con los ojos entrecerrados.

No pudo evitar sonrojarse. Gianni se le acercó y pudo sentir la tensión que emanaba de su fuerte cuerpo. Sabía que era un hombre al que no le gustaba nada que jugaran con él. Y ella se había pasado los dos últimos días provocándolo sin pensar en las consecuencias, como un ratón jugando con un león.

Pero levantó la cara con firmeza. No iba a dejar que la amilanara ni pensaba responder su pregunta.

—Siento mucho las molestias, pero no tengo ninguna intención de casarme contigo.

Vio que Gianni apretaba los labios.

—¿Y por qué demonios no le dijiste que no a tu padre cuando te propuso este acuerdo? ¿Te importaría decírmelo?

La verdad era que prefería no tener que hacerlo, pero sabía que no iba a poder salir de allí sin darle una explicación. Tragó saliva y se cruzó de brazos.

Gianni era demasiado fuerte y grande. Parecía ocupar con su presencia todo el espacio del enorme salón.

—Porque amenazó con desheredarme —repuso ella de mala gana.

No le gustaba nada haber tenido que confesarle algo tan privado. No quería sentirse tan vulnerable delante de ese hombre.

Gianni también se cruzó de brazos y, a pesar de las circunstancias, no pudo evitar fijarse en cómo se abultaban sus bíceps. Podía imaginarlos claramente bajo la tela de su elegante traje.

—¿Acaso no has caído en la cuenta de que casándote conmigo te convertirás en una mujer extremadamente rica? —le preguntó él.

Keelin se sonrojó aún más.

—Esto no tiene nada que ver con el dinero. Es lo que menos me importa.

Gianni arqueó una ceja al oírlo.

—¿Seguro? ¿Tengo que recordarte que ayer te gastaste una fortuna en ropa?

Se sintió fatal al recordarlo.

—Eso lo hice como parte de… —comenzó ella sin querer confesar demasiado—. Puedo devolver la ropa.

—No te preocupes —repuso Gianni con suma frialdad—. Ya se están encargando de ello mis asistentes personales. Así que ese era tu plan, ¿no? Tratar de convencerme de que eras la persona menos adecuada para ser mi esposa.

—La verdad es que sí —le confesó.

Se sentía muy tonta al ver hasta qué punto había subestimado la inteligencia de ese hombre.

—¿Pensabas que haciéndome creer que eras todo lo contrario a lo que yo podía querer decidiría romper el compromiso? —le preguntó Gianni.

Keelin lo miró a los ojos. Estaba decidida a no permitir que la intimidara.

—Tienes que admitir que te hice sentir algunas dudas sobre el acuerdo al que llegaste con mi padre.

Pero no tardó en darse cuenta de que Gianni Delucca no estaba dispuesto a admitir nada. Y lo que le dijo no hizo sino hundirla un poco más.

—A lo mejor tú trataste de conocerme mejor para ver qué era lo que menos me gustaba de las mujeres, pero tú no eres la única que ha hecho un trabajo de investigación para saber más de la otra persona.

Se le hizo un nudo en el estómago. Había temido que él hiciera algo así, pero había tratado de no pensar en ello.

—¿Y?

—A pesar de tus rebeldías adolescentes, he descubierto que la prensa no tiene ningún tipo de material fotográfico que pudiera usar contra ti. No parece que te hayas comportado nunca como esa heredera rica y superficial que pretendías ser —le dijo Gianni—. Pero me he enterado de que fuiste muy buena estudiante en la universidad y que te licenciaste hace poco con unas notas excelentes.

Sus palabras le hicieron recordar la ceremonia de graduación. Todos sus amigos habían podido compartir y celebrar ese momento con sus familias, pero ella no había tenido a nadie a su lado.

Pero no quería pensar en eso.

—Pienso hacerme cargo algún día de la empresa de mi familia y no soy tan arrogante como para pensar que podría hacerlo sin ningún tipo de preparación. Por eso fui a la universidad.

Gianni resopló con incredulidad al oírlo.

—¿Quieres hacerte cargo de Alimentos O’Connor? ¿De una empresa de ese tamaño?

Keelin montó en cólera al ver que se burlaba de ella.

—¿Qué pasa? ¿Crees que no puedo hacerlo porque soy mujer?

—No, no tiene nada que ver con eso —respondió Gianni—. Hay directoras generales fantásticas en muchas multinacionales, pero tú no tienes ninguna experiencia y parece que piensas que deberían darte ese puesto en bandeja solo por ser la hija del dueño.

No pudo evitar que se le llenaran de lágrimas los ojos al verse atacada de manera tan injusta. Se dio rápidamente la vuelta para que Gianni no pudiera ver cuánto le dolía ese tema.

Fue hasta la ventana más cercana, cruzando con más fuerza los brazos sobre su pecho, como si así pudiera protegerse. Pero no podía evitar sentirse intimidada y acorralada. Una vez más, sentía que nadie la entendía.

Se dio la vuelta de nuevo cuando notó que estaba un poco más tranquila y fue como si estuviera viendo a Gianni por primera vez. Su atractivo oscuro y misterioso y ese carisma… Era imposible ignorarlo.

—No lo entiendes, Delucca. Mi padre cree que, solo porque soy mujer, no tengo derecho a heredar el lugar que me correspondería en el negocio familiar. Todo lo que siempre he querido es que me dé la oportunidad de demostrarle que soy capaz de ser su heredera. Esa es la única razón por la que acepté formar parte de esta farsa. No me dio otra opción. Pero no tengo intención de seguir adelante con ello. Y tú vas a ser el que decida cancelarlo. Si no lo haces, te juro que haré todo lo que pueda por atraer la atención de la prensa para que vean hasta qué punto es poco adecuada tu futura esposa.

Se quedaron en silencio y sintió que había ido demasiado lejos amenazándolo de esa manera. Podía oler el peligro, pero se mantuvo en su sitio sin retroceder.

—¿Esperas que renuncie a la mejor oportunidad de mi vida solo porque tienes demasiado miedo a plantarle cara a tu querido papi?

—¡No es mi «querido papi»! Ni mucho menos.

Se dio cuenta de que estaba respirando con dificultad y que el corazón le latía con fuerza. Odiaba a ese hombre por la facilidad que parecía tener para sacarla de quicio y hacer que saltara de esa manera.

—A lo mejor deberías tener tú misma esta discusión con tu padre cuando lo veas esta noche —le dijo Gianni después de unos segundos en silencio.

Sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—¿Mi padre? ¿De qué estás hablando?

Cada vez había más tensión entre ellos.

—He organizado una fiesta de compromiso para esta noche. Será en la suite presidencial del hotel Harrington —le explicó Gianni—. Una pequeña fiesta para poder presentarte a mis amigos y socios de la empresa.

Su corazón latió con más fuerza aún y tenía la boca seca.

—¿Cuándo decidiste…?

Gianni fingió inocencia, pero sabía que se estaba burlando de ella.

—¡Vaya! Lo siento, *bella*. ¿No te lo había mencionado?

—¡No! —respondió ella con firmeza—. No lo hiciste.

No podía dejar de temblar. Se dio cuenta de que ese hombre era un rival mucho más peligroso de lo que había pensado y estaba jugando con ella. No podía soportar la idea de que su compromiso se hiciera público y oficial.

Gianni sonrió y el gesto le hizo recordar a un peligroso tiburón.

—Por favor, perdóname. Se me habrá pasado comentártelo. Es que tu belleza me distrae.

No apreció el cumplido, sabía que no era sincero y tenía muy claro que ella no se parecía en nada a las mujeres con las que solía salir.

Pero sus palabras le hicieron recordar el ritmo palpitante de la música en la discoteca y la sensación de estar besándolo, apretada contra su cuerpo.

—¿Por qué estás haciendo esto? —le preguntó ella de repente.

Gianni ignoró su pregunta y fue hacia ella. Estaba incómoda, lo sentía demasiado cerca y todo su cuerpo parecía muy consciente de ese hecho.

—Van a estar presentes tus padres, por supuesto. Son los invitados de honor. Llegan esta misma noche, poco antes de la fiesta, y se alojarán también en el Harrington. Tu madre dijo que quería supervisar cómo va la organización de la ceremonia y el banquete de la boda.

Se quedó helada al oírlo. Lo miró a los ojos. Gianni tenía el descaro de seguir fingiendo inocencia. Le parecía increíble lo que le estaba contando. Al parecer, sus padres estaban de repente dispuestos a mostrarle un nivel de apoyo e interés que nunca le habían dado. Y Gianni parecía estar en connivencia con ellos. Esa situación le estaba produciendo un dolor increíble.

—¿Cómo te has podido atrever a hacer algo así sin consultarme? —le preguntó.

Vio que se teñían de color las mejillas de Gianni y sintió algo más vibrar en el aire entre ellos, algo mucho más físico.

—Me he atrevido porque tú estabas empeñada en jugar conmigo y no voy a dejar que lo sigas haciendo.

Sintió una gran frustración al ver que no podía hacer nada contra él. Odiaba sentirse tan impotente. Y también estaba furiosa. No entendía cómo podía haber aceptado ese matrimonio de conveniencia solo para conseguir más éxito y poder.

—¿Cómo es que ni siquiera te preguntaste por qué una completa desconocida iba a acceder a casarse contigo? ¿Tan arrogante eres que no te pareció extraño que accediera a hacerlo? —le preguntó ella sin poder controlar su ira—. ¿Qué mujer en su sano juicio querría casarse con un hombre que tiene vínculos con la Mafia italiana?

Gianni se quedó muy quieto y callado. Ya había estado en silencio hasta ese momento, pero le dio la impresión de que sus últimas palabras habían conseguido herirlo.

Era como un depredador, contemplando a su presa completamente inmóvil. Pero sentía que tenía todos sus músculos en tensión, esperando a que llegara el momento perfecto para saltar sobre ella.

Vio que tenía las manos apretadas formando puños y no pudo evitar sentir un escalofrío.

Se dio cuenta de que había conseguido por fin que reaccionara, le había dado donde más dolía. Pero no se sintió victoriosa.

—No tengo ningún tipo de vínculo con la Mafia —respondió con frialdad.

Tenía la sensación de estar entrando en un terreno muy peligroso.

—Pero tu padre…

—Mi padre está muerto —la interrumpió él—. No vuelvas a mencionarlo.

No tuvo tiempo de reaccionar cuando Gianni agarró sus brazos y la atrajo contra su torso, atrapando su boca sin piedad. No pudo evitar preguntarse en ese momento si le habría leído el pensamiento y habría visto que, desde la noche anterior, Keelin no había podido dejar de pensar en su primer beso.

Y, tal y como se había temido, el beso provocó que se esfumaran de golpe sus defensas y sintió que se derretía entre sus brazos. Tenía las manos atrapadas entre los cuerpos de los dos y, con la poca fuerza de voluntad que le quedaba intacta, consiguió apretarlas contra su torso y apartarse de él, echando la cabeza hacia atrás.

Abrió los ojos y solo vio negro. Se apartó un poco más de él y dio un paso atrás.

—No quiero esto, no te deseo —le dijo con voz temblorosa.

Gianni hizo una mueca con la boca.

—A lo mejor no quieres esta situación, pero me deseas tanto como yo a ti —le respondió con firmeza—. ¿Te gusta jugar al ajedrez, Keelin?

Supuso que era una pregunta meramente retórica porque continuó sin esperar una contestación.

—No estoy dispuesto a cancelar ni la boda ni la fusión. Y tú no puedes decirle a tu padre que no lo harás porque te quedarás sin nada. Así que parece que la partida está en tablas.

Había tanta tensión en el aire que le costaba respirar y Gianni no dejaba de mirarla. Estuvo a punto de suplicarle que dejara de hacerlo, pero entonces miró el reloj y frunció el ceño.

—Una estilista y un equipo de maquillaje y peluquería están a punto de llegar para ayudarte a prepararte para la fiesta. Me dijeron que tardarían bastante en conseguirlo… —le dijo Gianni—. Volveré más tarde para recogerte.

Se dio cuenta de que nada de lo que había dicho había conseguido hacerle mella. Gianni seguía empeñado en mantener el acuerdo con su padre. Aunque para eso tuviera que llevársela a ella por delante.

Se puso las manos en las caderas y lo miró con firmeza, rezando para que no viera que estaba temblando.

—¡Espera un minuto! Si piensas que voy a…

Pero no terminó la frase al ver que Gianni se le acercaba con una expresión peligrosa en su rostro. No le daba miedo que volviera a besarla, todo lo contrario. Pero él no lo hizo.

—Nos vamos a casar, Keelin. Hazte a la idea. Será mejor que te olvides para siempre del personaje que has estado representando durante las últimas cuarenta y ocho horas. No quiero volver a ver a esa Keelin y tampoco quiero ver tu falso bronceado. O te lo quitas tú o te meto yo mismo en la ducha para quitártelo —la amenazó Gianni sin dejar de mirarla a los ojos—. ¿Vas a hacerlo o no?

Capítulo 4

Horas después, Gianni seguía aún luchando para tratar de controlar su genio. Keelin había estado a punto de sacarlo de sus casillas cuando mencionó a su padre y a la Mafia. No sabía por qué, pero le había dolido aún más que la acusación saliera de los labios de esa mujer. Tanto como para que decidiera besarla y tratar así de silenciarla. Pero ese beso no había hecho más que empeorar las cosas. Se había sentido de inmediato perdido en medio de un infierno de deseo. Había estado a punto de perder por completo la cabeza.

Ninguna mujer había conseguido excitarlo tanto.

Siempre había estado con mujeres por las que se había sentido atraído, pero sin llegar a esos extremos. No había sentido por ninguna la necesidad de devorarla ni lo había reducido a una especie de animal. Y eso era lo que le ponía tan nervioso. Siempre le había parecido que su padre se había portado como un animal cada vez que había llegado borracho a casa y había pegado a su madre. O cuando había desaparecido durante días para volver después con un maletín lleno de dinero y la ropa salpicada de sangre.

Temía que esa forma de reaccionar cuando estaba con Keelin fuera algo que había heredado de su padre y él renegaba de cualquier cosa que tuviera que ver con su progenitor, un hombre básico, oscuro y violento.

Creía que él no era así. Pero le bastaba con mirar a esa mujer para que quisiera dejarse llevar por un deseo salvaje. Era una situación desconcertante, pero estaba seguro de que, una vez pudiera saciar ese deseo, dejaría de dominarlo de esa forma.

Se había cambiado en el vestuario que tenía al lado de su despacho y el clásico esmoquin que se había puesto le hacía sentir muy incómodo, como si la ropa lo aprisionara, algo que no le había pasado nunca.

Recordaba perfectamente la primera vez que se había puesto un esmoquin para asistir a un elegante evento. También había sido entonces la primera vez en su vida que había recibido miradas de admiración y respeto.

Por incómodo que estuviera con ese traje, sentía que eran ese tipo de detalles también los que lo separaban de su padre. Él era capaz de apreciar ese tipo de vida y sabía que debía llevar una existencia irreprochable si quería avanzar y conseguir construir un negocio del

que pudiera sentirse orgulloso. En su caso, el negocio lo había establecido su propio abuelo, pero su padre no había sabido apreciar la empresa familiar y la había llevado a la ruina.

Había sido una satisfacción para él dejar entrar en casa esa tarde a su asistente personal y a los estilistas y otros profesionales que habían llegado para encargarse de Keelin. Le habría encantado ver la cara de esa joven al darse cuenta de que no le quedaba más remedio que aceptar lo que le había propuesto.

Pero no podía olvidar lo que ella le había confesado, sus razones para no querer formar parte de esa farsa y por qué estaba atrapada. Se había burlado de sus intenciones cuando le dijo que quería hacerse cargo de los negocios de su familia, pero tenía que reconocer que admiraba su determinación y la voz de la conciencia no lo estaba dejando tranquilo, por mucho que tratara de ignorarla.

No podía dar marcha atrás, necesitaba ese acuerdo.

Uno de sus directivos acababa de decirle que el mero rumor de una fusión entre Delucca Emporium y Alimentos O'Connor había hecho que se disparara el precio de sus acciones. La noticia no iba a ser anunciada oficialmente hasta el día después de la boda. Eso era lo que le había pedido O'Connor, aunque lo cierto era que las dos partes ya habían firmado los contratos.

No podía permitirse el lujo de dejar pasar esa oportunidad. Era un gran impulso para su empresa y necesitaba toda la publicidad que su boda iba a tener en la prensa. Quería que la gente lo viera como un hombre de negocios responsable y honesto y, por muy bien que le pareciera la lucha de Keelin por conseguir ser una mujer independiente, no iba a dejar que se interpusiera en su camino. Había trabajado demasiado duro para perder esa oportunidad de oro.

Keelin sabía que tenía motivos más que suficientes para estar enfadada, pero en esos momentos estaba más excitada que furiosa. Las últimas palabras de Gianni, amenazándola con meterla en la ducha para quitarle la crema autobronceadora, la aterrorizaron tanto que fue corriendo a encerrarse en el baño.

—Hasta luego, *cara* —le había dicho Gianni desde el otro lado de la puerta.

Cuando salió de la ducha, con la piel rosa de tanto frotársela para deshacerse del falso moreno, se encontró con un verdadero ejército de estilistas y peluqueras en el salón de Gianni.

Se habían encargado de ella desde el primer momento, deshaciendo todo lo que había hecho ella para parecer lo más vulgar posible.

Y tenía que reconocer que lo que habían hecho con ella era muy parecido a lo que habría elegido ella misma si no estuviera en mitad

de una batalla para defender su libertad e independencia.

Llevaba un vestido de color verde oscuro sin tirantes que hacía que sus ojos resaltaran especialmente. Era ajustado alrededor de su pecho y caía después en remolinos suaves de seda y gasa hasta el suelo. Le gustaban mucho también las delicadas sandalias de tacón a juego con el vestido.

Volvía a ser la misma Keelin pálida de siempre y se sentía un poco desnuda sin el autobronceador y las cantidades ingentes de maquillaje que había usado esos días. Le habían conseguido domar bastante su salvaje melena y caía sobre uno de sus hombros en suaves ondas sujetas a ese lado con una discreta peineta de pequeños brillantes.

El maquillaje era sutil y acentuaba sus mejores rasgos. Le habían marcado los pómulos y su boca parecía aún más grande de lo habitual. A pesar de todo, no podía evitar sentirse emocionada al saber que Gianni la iba a ver así. Era casi como si fuera a conocerla por primera vez.

—¿Keelin?

Oyó en ese instante su voz desde la entrada del piso.

El corazón comenzó a latirle con fuerza y respiró hondo. Lamentó que Gianni hubiera conseguido distraerla con todos esos preparativos. No había tenido tiempo para pensar en lo que iba a hacer.

Gianni se acercaba por el pasillo. Podía oír sus pasos.

—Keelin, como no estés lista para la fiesta…

Apareció de repente en la puerta del dormitorio principal y no terminó la frase. Se quedó sin aliento al ver cómo la miraba de arriba abajo. No pudo evitar sonrojarse.

—Aquí estoy —susurró ella.

Estaba guapísimo con su esmoquin y su cara recién afeitada. Le costó respirar y, para disimular, bajó la vista y salió del dormitorio. Fue complicado pasar a su lado e intentó alejarse lo más rápidamente posible para ir al salón y poner distancia entre los dos.

Cuando llegó, se dio la vuelta y vio que Gianni la había seguido. Estaba apoyado en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos, y la observaba con los ojos entrecerrados.

Recogió el bolso que hacía juego con el vestido. Estaba nerviosa y no sabía qué hacer. Ningún hombre la había mirado nunca con tanta intensidad.

—Bueno, bueno, bueno… —susurró Gianni en voz baja—. Ya sabía yo que había un tesoro escondido debajo de todo ese artificio.

Abrió la boca para decirle algo mordaz, pero él se adelantó.

—Pero no tenía ni idea de lo hermoso que iba a ser ese tesoro.

Se sintió aturdida. Aunque habían llegado incluso a besarse, ese momento le pareció mucho más íntimo y se sintió muy vulnerable.

No sabía cómo responder, estaba haciendo que se sintiera muy torpe

y nerviosa.

—Será mejor que reserves todos esos halagos para la mujer que algún día llegará a ser de verdad tu prometida. Seguro que ella te lo agradecerá mucho más que yo.

Gianni se apartó de la puerta y se acercó a ella. Se quedó inmóvil, era como si tuviera los pies pegados al suelo. Él se detuvo demasiado cerca.

—*Cara*, tú eres la única prometida que he tenido y voy a tener. Cuanto antes te hagas a la idea, mejor para todos. O sales ahora mismo por esa puerta o nos vamos a casar dentro de dos semanas. No hay más opciones.

Le parecía increíble que, en ese momento en el que le estaba dando una salida, no fuera capaz de moverse. Y era peor aún darse cuenta de que, si no era capaz de alejarse de allí, no tenía tanto que ver con el ultimátum y la intransigencia de su padre, sino con esa mirada enigmática y oscura en la que se sentía perdida.

Una hora más tarde, Keelin no aguantaba más. Le dolían los pies por culpa de las sandalias de tacón alto. Estaba en una elegante y sofisticada suite del hotel Harrington rodeada de gente también muy sofisticada y elegante. Los camareros se movían entre la gente con bandejas de canapés y copas de champán. Todo era perfecto, pero Keelin solo era consciente de la manera en la que las otras mujeres miraban a Gianni con ojos codiciosos y a ella, en cambio, con cara de pocos amigos.

Le entraron ganas de decirles que se lo llevaran, que estaría encantada de que alguna de las presentes se quedara con él. Pero, por otro lado y sin entender muy bien por qué, quería clavarles el tacón de sus sandalias en el pie al ver cómo lo miraban.

En un momento dado, Gianni se inclinó hacia ella para hablarle al oído.

—Tus padres están aquí.

Todo su cuerpo se tensó al oírlo. Era una reacción inevitable. Apretó con fuerza su copa de champán. Ni siquiera lo había probado, ya no tenía que fingir que le gustaba beber más de la cuenta.

Pocos segundos después, su madre fue hacia ella con los brazos abiertos y le dio un abrazo algo rígido e incómodo para las dos. Cada vez estaba más tensa. Había aprendido hacía mucho tiempo que esas muestras de afecto tan poco comunes eran solo por el bien de las apariencias y que no debía esperar que lo repitieran en privado.

Su padre le dio un beso en la mejilla. Un gesto tan frío y extraño como el abrazo de su madre.

Le bastaba con estar cerca de sus padres para que salieran a la superficie todas las viejas emociones y el dolor que siempre la habían acompañado. Se sentía frustrada y decepcionada a partes iguales.

Pero su madre parecía completamente ajena a lo que su hija estaba sintiendo en esos momentos.

—Encantada de conocerlo, señor Delucca. Liam me ha hablado mucho de usted y sé que va a cuidar de nuestra querida Keelin, ¿verdad?

—Llámame Gianni, por favor —repuso él desplegando todos sus encantos mientras le daba la mano.

Estaba tan nerviosa que le había dado por beber un trago de champán sin pensar. Y lo hizo en un mal momento, justo cuando su madre se había referido a ella como su «querida Keelin». No pudo evitar atragantarse con la burbujeante bebida y su madre la miró con el ceño fruncido.

Pero lo que más le afectó fue sentir la mano de Gianni sobre su espalda desnuda. No le gustaba que la gente la tocara, pero cada vez que él lo hacía le entraban ganas de cerrar los ojos y ronronear como una gatita.

—¿Estás bien, *cara*? —le preguntó él.

Su tono cariñoso consiguió que se estremeciera y asintió rápidamente con la cabeza.

—Bien… Estoy bien —susurró cuando pudo por fin hablar.

Gianni había extendido los dedos de su mano, la tenía justo en el centro de su espalda y comenzó a acariciar suavemente su piel. Suponía que era el tipo de gesto normal en una pareja a punto de casarse.

Pero había algo más en ese gesto. Estando allí con Gianni a su lado y frente a sus padres, tuvo una sensación muy extraña. Por primera vez en su vida, no sentía que estaba ella sola contra sus progenitores. Sabía que era una locura. Después de todo, Gianni solo había accedido a casarse con ella por el bien de su empresa, pero en ese momento se sintió muy apoyada por él.

Se apartó sutilmente para que dejara de tocarla, pero lo echó de menos al instante. Se sintió despojada sin su mano en la espalda. Le lanzó una mirada de reojo. No le gustaba que tuviera ese efecto en ella, pero él se limitó a levantar una ceja, parecía estar divirtiéndose con la situación.

—Cariño, ¿por qué no dejamos que los hombres hablen de trabajo y me cuentas mientras tanto todo lo de la boda? —le sugirió su madre mientras la agarraba del brazo.

Parpadeó sorprendida. Le parecía increíble que su madre insinuara que ella no podía ser parte de esa conversación y tampoco entendía por qué le hablaba de la boda en ese tono tan alegre, como si Gianni y ella fueran una pareja de enamorados.

—¿De qué boda me hablas? ¿Te refieres al acuerdo comercial? —repuso ella.

Su madre miró a su alrededor y se la llevó después a un rincón apartado. Ya no parecía importarle que la gente la viera como una madre cariñosa. No era más que una señora a la que le estaba costando enfrentarse al paso del tiempo, envejecer con dignidad y aceptar que su hija era más guapa de lo que lo había sido ella.

—¿Qué es lo que te pasa? Es un hombre joven, guapo y rico. Te podría haber ido mucho peor y lo sabes —le dijo su madre de mal humor.

No le sorprendió su reacción. Sabía que eso era lo más importante para su madre, conseguir un marido adinerado y que fuera socialmente aceptable. Después de todo, ella había dedicado su vida a ser la esposa perfecta. Sobre todo cuando se dio cuenta, después de que naciera Keelin, de que no iba a poder tener más hijos.

—Porque para ti lo peor sería que tuviera la oportunidad de trabajar en la empresa familiar y ser independiente, ¿verdad? —replicó ella.

—Cariño, nunca he entendido esta obsesión tuya. ¿Por qué quieres trabajar si no necesitas hacerlo? —le preguntó entrecerrando sus ojos —. Espero que no compliques las cosas. Tu padre se pondría furioso si tratas de…

—No te preocupes, ya me dijo lo que me iba a pasar si me negaba a casarme con Gianni —la interrumpió ella con frialdad.

Dolores O’Connor no tuvo siquiera la decencia de fingir preocupación al oírlo.

—La mayoría de las chicas daría un brazo por estar en tu posición.

Keelin sintió una sensación de hormigueo en la nuca y, segundos después, un fuerte brazo rodeó su cintura y sintió un cuerpo poderoso y cálido junto al de ella. Una vez más, tuvo que contenerse y no dejarse llevar por la necesidad que sentía de relajarse entre sus brazos.

Se puso muy tensa y trató de controlar la oleada de sensaciones que la recorría. Creía que si estaba reaccionando así era porque su subconsciente seguía necesitando algún tipo de aprobación masculina, como le había pasado desde siempre con su padre.

Su madre le lanzó una mirada muy poco sutil y se disculpó. En cuanto se quedaron solos, Keelin se giró para mirar a Gianni y se apartó de él para que dejara de tocarla.

—¿A qué viene tanta manifestación pública de afecto? —le preguntó ella—. No creo que a nadie le importe si esta boda es por amor o no —añadió mientras miraba a su alrededor—. No es como si todas estas personas estuvieran enamoradas de sus respectivas parejas.

Gianni sacudió la cabeza.

—Tan joven y tan cínica. ¿Por qué eres así, Keelin?

Ella lo miró con sorpresa.

—¿Acaso no lo eres tú?

Creía que ese hombre rezumaba cinismo por los cuatro costados y

odiaba la facilidad que tenía para saber lo que estaba pensando y lo que estaba sintiendo.

—Necesito un trago —susurró ella.

Gianni se quedó mirando con el ceño fruncido la copa de champán que ella sostenía.

—Un trago de algo que de verdad me guste —añadió Keelin mientras se giraba para ir en busca de un camarero.

Pero Gianni la detuvo agarrando su brazo y sus dedos acariciaron levemente la curva de sus pechos.

—Puede que a nadie más le importe si esto es de verdad o no, Keelin, pero a mí sí me importa —le dijo Gianni—. ¿Tengo acaso que recordarte lo que pasa si te toco? Eso sí es de verdad, te guste o no. Así que, cuando estemos en público, quiero que estemos juntos.

Sintió que le invadía el pánico. Temía que Gianni quisiera demostrarle, frente a toda esa gente, lo débil que era y hasta qué punto podía conseguir que reaccionara.

—Nunca me imaginé que pudieras ser un romántico, Gianni —replicó ella con mordacidad.

Encantada al ver que había tenido la última palabra, se alejó de él, evitando también acercarse a sus padres. Lo último que necesitaba en ese momento era hablar con su padre para que la presionara aún más.

Cuando llegó por fin a la discreta barra de bar que había en una esquina del salón y pidió una bebida, se preguntó qué estaba haciendo allí. No sabía por qué no se limitaba a irse y a mandarlos a todos a paseo.

Se dio la vuelta y miró a su alrededor. Allí estaban algunas de las personas más poderosas e importantes del mundo. Personas cuyas opiniones contaban de verdad. Creía que por eso no podía alejarse. Aún no.

Le importaba demasiado que la gente contara con ella y la escuchara. Necesitaba que alguien le diera una oportunidad. Y, por otro lado, tampoco podía quitarse de la cabeza a ese hombre.

Al hombre que se acercaba a ella en esos momentos desde el otro lado del salón. La miraba con tanta intensidad que no pudo evitar estremecerse. Se detuvo frente a ella y miró la botella de cerveza que tenía en la mano.

—¿De verdad tenías que hacerlo? —le preguntó Gianni.

Se prometió en ese instante que iba a salir airosa de ese momento de su vida y sacar algo bueno de ello. Pero no renunciaba a conseguir lo que de verdad quería.

A modo de respuesta, tomó un buen trago de la botella mientras le retaba con la mirada a que se atreviera a quitarle la cerveza y reemplazarlo por algo mucho más elegante y propio de una dama.

A Gianni le entraron ganas de quitarle la botella de las manos. Pero si beber directamente de una botella de cerveza era lo peor que iba a hacer Keelin esa noche, estaba dispuesto a soportarlo.

Con su piel pálida y su melena roja, destacaba entre todos los presentes. Tenía que reconocer que le había molestado verla charlando y sonriendo con todo el mundo esa noche. Una sonrisa que desaparecía de inmediato en cuanto se le acercaba él.

No habían sido sonrisas tan amplias como la que le había visto lucir en la fotografía que tenía su padre en el despacho, pero se le acercaba bastante.

No entendía lo que le estaba pasando ni por qué se fijaba en esas cosas.

Tomó el brazo de Keelin y fue con ella hasta donde estaban unos colegas para presentársela. Tampoco quería pensar en cómo había sido la reunión con sus padres. No se le olvidaba cómo había reaccionado al saber que estaban allí y le había quedado muy claro que no había sido un reencuentro demasiado feliz.

Él había odiado a su padre toda la vida, pero seguía teniendo una buena relación con su madre, aunque la veía muy de vez en cuando. Ella había querido seguir viviendo a las afueras de Roma, en la casa de la familia. Mantenía esa vivienda como si fuera una especie de mausoleo en honor a su padre. Nunca había sido capaz de entender la devoción que tenía su madre por un hombre que le había hecho la vida imposible. Había decidido hacía mucho tiempo que, si eso era amor, no quería tener nada que ver con ese sentimiento.

Pero era algo que no se podía quitar de la cabeza. Siempre había sabido que no quería tener amor en su vida, por eso no entendía por qué lo estaba recordando en esos momentos.

Tampoco había querido tener una esposa. Y menos aún una que estaba empeñada en conseguir que su matrimonio fracasara. Se dejó llevar por un impulso, la agarró por el brazo y la apartó de la gente para que solo la oyera ella.

—Si de verdad quieres una salida a esta situación, Keelin, esta es tu oportunidad —le susurró al oído.

Sus palabras la pillaron por sorpresa. Keelin miró a Gianni sin entender y vio el desafío en sus ojos.

Antes de que pudiera evitarlo, él le quitó la botella de cerveza y se la cambió a un camarero por una copa de champán. Tomó después una cucharita de una mesa cercana y golpeó con ella su copa para llamar la atención de los presentes. Todo el mundo se volvió hacia ellos.

El estómago le dio un vuelco, no sabía qué iba a hacer, pero tenía un mal presentimiento.

Gianni esperó a tener la atención de todos antes de hablar. Keelin vio que sus padres la miraban con falso cariño. Era difícil soportarlo, pero estaba acostumbrada.

—Gracias a todos por venir esta noche para celebrar mi compromiso con esta hermosa mujer.

Keelin sintió que se mareaba cuando Gianni la agarró por la cintura y la atrajo contra su cuerpo mientras levantaba su copa.

—Un brindis por mi prometida, Keelin, con quien espero tener una relación exitosa, larga y duradera.

Todo el mundo elevó hacia ellos sus copas y brindaron por ella.

Después del brindis, Gianni dejó de sujetarla con tanta fuerza y la miró a los ojos. Ella lo fulminó con la mirada. Se sentía muy incómoda y fuera de lugar. Habría dado cualquier cosa por conseguir que la tierra se la tragara en ese instante.

—Y ahora creo que es mi prometida la que quería deciros algo — añadió él.

Lo entendió de repente. Gianni estaba desafiándola para que hiciera lo que quisiera, para que le dijera a los presentes que su unión era una farsa o para que los mandara a paseo y se fuera de allí.

Se dio cuenta de que se trataba de un momento definitivo. Todo podía cambiar en cuestión de segundos. Gianni estaba dándole la oportunidad de salir de esa situación porque sabía que, en realidad, no iba a atreverse a hacerlo.

Era su oportunidad para desahogarse e irse de allí. Ya podía imaginar la cara que iban a poner sus padres, su ira y su vergüenza al verse humillados frente a toda esa gente tan importante.

Durante unos segundos, se sintió muy tentada. Abrió la boca, pero vio entonces a Gianni. Parecía estar divirtiéndose con la situación. Eso fue lo que la hizo cambiar de opinión. No iba a dejar que la incitara a ponerlo todo en peligro.

Así que se limitó a sonreír con dulzura.

—Soy una mujer que cree que las acciones valen más que las palabras —les dijo.

Se volvió entonces hacia su prometido, puso las manos a ambos lados de su cara y lo miró a los ojos. A Gianni no le dio tiempo a esconder su sorpresa. Lo besó con toda la ira y la frustración que sentía en ese instante.

Gianni se recuperó rápidamente. Rodeó con su brazo libre la cintura de Keelin y la atrajo aún más cerca de su cuerpo. Podía saborear en el beso su rabia y eso le hizo reaccionar de inmediato, dejándose llevar

por la necesidad de dominarla y seducirla.

Subió la mano por su espalda y agarró su pelo, tirando suavemente de su cabeza hacia atrás, solo lo suficiente para que ella tuviera que aliviar la presión sobre su boca. En cuanto lo consiguió, se hizo cargo del beso, persuadiéndola para que se abriera a él, sintiendo su resistencia, pero utilizando todos sus trucos para lograrlo.

Le encantó sentir que empezaba a ceder y sus carnosos labios se abrían a él. Tuvo entonces una sensación de triunfo que lo sorprendió. No entendía cómo podía estar sintiéndose así solo por un beso. Pero había algo en esa mujer que hacía que fuera distinto, todo le parecía una constante conquista.

No se le olvidaba que estaban en un salón lleno de gente y que le importaba la opinión que tuvieran de él. Pero, en esos momentos, todo eso quedaba en un segundo plano. Solo quería envolver sus brazos alrededor de Keelin y saquear su boca hasta emborracharse con su aroma y su sabor. Quería saborearla de arriba abajo.

Cuando por fin se apartó de ella y se miró en sus ojos verdes, se quedó hipnotizado durante un segundo. Había algo en esa mirada que le afectaba más de lo que quería admitir, algo que lo empujaba a apartarse de ella.

Pero no pudo. Los estaban observando y todo el mundo aplaudía con entusiasmo después su apasionado beso.

Aún podía sentir cada una de sus provocativas curvas contra el cuerpo y maldijo entre dientes. Tenía que conseguir recobrar la compostura. No podía dejar que la gente viera lo que esa mujer le hacía sentir.

—Te he estado buscando durante la última media hora.

Keelin se dio la vuelta al oír la voz de Gianni. Había estado en una terraza vacía del hotel que daba a un tranquilo jardín. Había contemplado durante mucho tiempo las maravillosas vistas de la noche romana, pero sin ser capaz de ver nada. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Sobre todo el beso que acababa de compartir con Gianni.

Aunque lo había iniciado, había sido él quien le había demostrado una vez más el dominio que ejercía sobre ella. Había salido del salón en cuanto había podido para poder librarse de una sensación de claustrofobia que se apretaba a su alrededor.

—Pues ya me has encontrado —repuso ella.

—No me gustan que me tiendan emboscadas. Y menos aún delante de todo el mundo.

—¡Eso tiene gracia viniendo de ti! —replicó ella dándole la espalda para contemplar de nuevo las vistas—. ¿No fue acaso una emboscada lo que me hiciste tú organizando esta fiesta e invitando a mis padres

sin decírmelo?

Gianni tenía la pajarita deshecha y se había desabrochado el primer botón de la camisa. Trató de no fijarse en lo guapo y misterioso que estaba en la penumbra de ese jardín, pero era difícil no hacerlo.

—La verdad es que ha sido bastante interesante verte con tus padres.

Respiró profundamente al oírlo. No quería hablar de ellos, no le gustaba sentirse vulnerable. Trató de recordar que, si sus padres no la querían, no era culpa suya. Aunque durante mucho tiempo había pensado lo contrario. Con los años había llegado a la conclusión de que eran personas sumamente egoístas que nunca deberían haber tenido hijos.

—Están más que dispuestos a olvidarse de mí y entregarme al mejor postor como si fuera una especie de mueble. ¿Hace eso que te parezca menos atractiva como futura esposa?

Gianni sonrió con algo de amargura.

—Todo lo contrario. Así no tendré que soportar interminables cenas semanales con los suegros.

Su obstinación la sacaba de quicio. No lo aguantaba más.

—¡Esto es una locura! ¿No te das cuenta? Deberíamos anular la boda ahora mismo. No va a funcionar.

—Ese es el problema, Keelin. Tú no puedes anularla y yo no pienso hacerlo —le recordó Gianni—. Además, claro que funcionará. Vas a tener todo lo que puedas necesitar. Me aseguraré de que seas feliz.

Estaba tan enfadada que no podía dejar de temblar.

—¡No tienes ni idea de cómo hacerme feliz! —replicó ella.

No entendía por qué estaba tan agitada, pero no podía evitarlo. Respiró profundamente para tratar de calmarse, odiaba que Gianni la viera así.

—¿Sabes qué? Creo que me gustabas más cuando eras tonta y superficial —le dijo Gianni.

Sus palabras le hicieron daño.

—Sí, la mayoría de los hombres prefiere ese tipo de mujer. Le pasa también a mi padre —repuso ella—. Dime, Gianni, ¿cómo se supone que voy a encajar en tu vida mientras tú estás por ahí construyendo tu imperio? ¿O es que piensas tenerme en casa, atada a la cama, esperando a que regreses para que cumpla con mis obligaciones conyugales?

Gianni se cruzó de brazos y ella no pudo evitar fijarse en sus abultados bíceps. No entendía por qué su cuerpo parecía ser siempre tan consciente de él. Le sacaba de quicio.

—Nunca me ha dado por atar a nadie, pero he oído que está muy de moda… —le dijo él con voz sugerente.

Ella fue la primera sorprendida cuando apareció de repente una

imagen en su cabeza. Gianni estaba tumbado boca arriba en la cama, con los brazos atados por encima de su cabeza y ella sentada a horcajadas sobre él, inclinándose, dejando que su melena le acariciara el torso, a punto de lamerle la piel…

Sacudió horrorizada la cabeza. No podía dejarse llevar por ese tipo de pensamientos.

—¡Eres imposible! —lo regañó—. Toda esta situación es imposible.

—Como ya te dije antes, no hay nada que te impida salir ahora mismo por la puerta, Keelin. No soy ningún carcelero —le recordó Gianni.

—Sí, claro. Como si fueras a permitir que frustrara la oportunidad de tu vida —repuso ella con incredulidad.

Gianni se encogió de hombros. Parecía estar tranquilo, pero no la engañaba, podía sentir la tensión que había en su cuerpo.

—Estoy seguro de que podría conseguir algún acuerdo con otra empresa para lograr la distribución mundial de mis productos. Pero no con las ventajas que me ofrece O'Connor. Así que no, supongo que no voy a dejar que frustres esta oportunidad.

Cada vez se sentía más desesperada. Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y maldijo entre dientes. No iba a dejar que ese hombre la viera llorar.

—Parecías feliz en la foto que vi en el despacho de tu padre —le dijo Gianni después de estar unos segundos en silencio.

Keelin parpadeó al oírlo y se quedó inmóvil. Le había sorprendido que cambiara tan bruscamente de tema y también que se hubiera fijado en esa foto.

Se dio la vuelta lentamente para mirarlo de nuevo y cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Qué te imaginaste al verla, Gianni? ¿Que fue mi querido padre el que hizo esa foto de su hija practicando su actividad favorita?

Contestó ella misma.

—Como ya has visto esta noche, no es el caso. No somos una familia muy unida. La foto me la hicieron en una finca de Andalucía. Fui allí un verano con una amiga del colegio.

Se detuvo a tiempo, antes de decirle que sus padres habían estado demasiado ocupados para pasar tiempo con ella. No le gustaban esos momentos de autocompasión.

—Uno de los domadores me hizo esa fotografía. Cuando mi padre la vio en mi teléfono quiso hacer una copia para ponerla en el despacho. No está ahí para que le recuerde a su hija, sino para promover el mito de que somos una familia normal.

El rostro de Gianni no expresaba lo que estaba pensando.

—¿Qué fue lo que te gustó tanto de esa experiencia con los caballos?

Se sintió muy expuesta. No entendía por qué le hacía esas preguntas.

—¿Por qué quieres saberlo?

Gianni suspiró y se pasó una mano por el pelo. Parecía cansado.

—Se supone que deberíamos tratar de conocernos mejor, Keelin.

Estuvo a punto de abrir la boca para protestar y decirle que no era necesario, pero ella también estaba cansada de esa situación.

Bajó los ojos antes de contestar.

—Fue la primera vez que alguien me dio la responsabilidad de encargarme de algo —le confesó ella—. Necesitaban alguien que los ayudara porque uno de los mozos de cuadra se había puesto malo.

Levantó la vista, pero Gianni seguía inexpresivo y eso hacía que le resultara más fácil hablarle.

—Me alojé en el establo con los mozos. Teníamos un alojamiento de lo más rudimentario allí. Cuando no estábamos trabajando con los caballos o montándolos, ayudábamos a recoger la uva. Nunca había trabajado tan duro. Creo que, hasta ese verano, no supe lo que era de verdad el trabajo. Eso me hizo darme cuenta de que podía ser útil, que tenía la capacidad de contribuir a mejorar las cosas y que podía también trabajar en equipo.

Lo que no le dijo fue que aquellos fueron los días más felices de su vida, viviendo de manera sencilla y con total libertad. Allí no tenía que preocuparse por conseguir la atención de su padre. Pero cuando este se enteró de lo que estaba haciendo, puso el grito en el cielo y le ordenó que volviera a casa.

No estaba dispuesto a que trabajara en la empresa familiar y formara parte de ese mundo, pero tampoco quería que su hija se ensuciara las manos con ese tipo de trabajos. Su madre también se disgustó mucho cuando vio lo morena que estaba y los callos que tenía en sus manos.

—Yo también pasé algunos veranos recogiendo uva.

Sin saber por qué, se le aceleró el pulso al oírlo.

—¿En serio?

Gianni asintió con la cabeza.

—Solía ir a Sicilia cada verano con mi abuelo para recoger la uva de las vides de uno de sus amigos. Allí fue donde aprendí todo lo que hay que saber sobre el vino.

No pudo evitar imaginarse a un joven Gianni con el torso al aire y trabajando bajo el sol. Casi podía ver los músculos de sus brazos mientras se agachaba a cortar los racimos de uvas.

—Lo decía en serio, Keelin. Quiero que estés contenta —le dijo en voz baja—. Me encargaré de construir establos y los llenaré de caballos si eso es lo que te hace feliz.

Esas palabras la habrían sacado de quicio en otro momento. Pero,

en ese instante, sintió que había conseguido calmar algo dentro de ella. Le pareció muy peligroso. Pensó que Gianni se estaba limitando a usar otra táctica con ella para conseguir lo que deseaba.

—Quiero trabajar, Gianni. Quiero tener un puesto en el consejo de administración de Alimentos O'Connor, el lugar que me corresponde, y que mi opinión cuente —le dijo con firmeza—. Eso es lo que quiero y no creo que ese sea precisamente el tipo de esposa que preferirías tener.

Gianni apretó los labios. Se dio cuenta de que volvían al punto de partida.

—Tengo que admitir que no es cómo me imaginaba que iban a ser las cosas, pero eso no quiere decir que no podamos hablar de ello. Quiero que seas feliz, Keelin —insistió Gianni.

Le dio la impresión de que iba a limitarse a darle algún puesto sin importancia para tratar de contentarla. No confiaba en que fuera a darle ningún tipo de poder después de la boda.

Se dio cuenta entonces de que había perdido la capacidad de confiar en los hombres y lamentó haberle confesado lo importantes que habían sido para ella esas semanas en España. Nunca se lo había contado a nadie.

—No lo entiendes, ¿verdad? —le preguntó con voz cansada—. Puedo comprarme mis propios establos y llenarlos con caballos, pero si lo hago será como yo quiera y usando el dinero que gane con mi propio esfuerzo. Sigo pensando lo mismo, Gianni. Voy a hacer todo lo posible para que este matrimonio no funcione.

—Ese es el problema —repuso él con aparente calma—. Yo voy a hacer todo lo posible para que nuestro matrimonio funcione.

Capítulo 5

Keelin sabía que Gianni hablaba en serio, que iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para llegar con ella al altar. Y temía que después la dejara metida en algún sitio mientras se dedicaba a reunir poder y dinero como había hecho su padre.

Durante unos segundos, Gianni le había dejado ver otro lado de su personalidad y había llegado incluso a sentir cierta empatía hacia él.

Pero ya había pasado ese momento.

—Me encantaría quedarme y seguir charlando, pero tengo algunas llamadas internacionales que hacer —le dijo Gianni mientras miraba su reloj.

Dio un paso hacia la puerta de la terraza y ella sintió su ausencia antes incluso de que se fuera. Su cuerpo parecía pedirle que fuera tras él, pero hizo todo lo contrario, dio un paso atrás.

Antes de entrar de nuevo en el hotel, se detuvo y la miró como si acabara de recordar algo.

—Por cierto, supongo que debería decirte que he decidido adelantar la boda una semana. Quería aprovechar la buena acogida que va a tener en la prensa la fiesta de esta noche.

Abrió sorprendida la boca. No podía creerse que hubiera llegado a sentir empatía hacia él. Era un hombre implacable y acababa de demostrárselo de nuevo.

—¿Cómo has podido hacer algo así?

Gianni le dedicó una sonrisa burlona.

—¿Con mis contactos? Ha sido muy fácil. Puedo hacer lo que quiera —repuso él—. Así que, a estas horas dentro de una semana ya seremos marido y mujer, Keelin.

Apretó con más fuerza los brazos que tenía cruzados frente a su pecho.

—El afán que tienes por casarte conmigo cuanto antes es muy halagador, la verdad —le dijo con ironía.

La sonrisa de Gianni se volvió entonces enigmática.

—No soy tan cruel como para fingir lo contrario.

Y, sin decir nada más, se dio media vuelta y la dejó sola en la terraza.

Estaba fuera de sí, pero el enfado le llegó con cierto retraso. No sabía por qué, pero le costaba reaccionar cuando estaba con Gianni. Frustrada, se dio la vuelta para mirar las vistas de Roma, pero le

costaba disfrutar de esa maravillosa noche.

Miró hacia la calle y vio que su prometido salía con paso firme del hotel. Su conductor salió deprisa para abrirle la puerta de la limusina, pero Gianni le dijo algo, se dio la vuelta y se alejó calle abajo con las manos en los bolsillos.

No podía dejar de mirarlo y sintió que iba desapareciendo poco a poco su enfado. No pudo evitar preguntarse por qué habría decidido volver andando a casa. Pensó que a lo mejor necesitaba un poco de aire fresco para pensar y aliviar su conciencia. Le parecía increíble que de verdad pudiera seguir adelante con un matrimonio de conveniencia con alguien que lo odiaba como ella a él…

Aunque ese era otro de sus conflictos. No sabía si lo odiaba.

Odiaba la situación en la que se encontraba. Pero tenía que admitir que, en otras circunstancias, Gianni le habría parecido muy misterioso y atractivo.

Le molestaba que, después de todo por lo que había pasado, una parte de ella parecía sentirse atraída por hombres ambiciosos y poderosos como su padre. Pero entonces se dio cuenta de que también ella estaba formando parte de ese absurdo plan, que también ella estaba mostrando su propia crueldad y ambición. Y no le gustó nada verse a sí misma como una persona poseedora de esos mismos rasgos que despreciaba en su padre.

No pudo evitar imaginarse una escena en la que ella salía del hotel tras Gianni y le daba la mano. Él se giraría hacia ella entonces con una sonrisa en su rostro. El tipo de sonrisa fácil con la que lo había visto toda la noche cuando hablaba con otras personas en la fiesta, pero nunca con ella.

Porque cuando la miraba a ella era siempre con una mezcla de desprecio, ira o burla.

No entendía lo que le estaba pasando.

Se apartó deprisa de la barandilla de la terraza. Respiraba con dificultad y tenía el corazón acelerado.

«Maldito seas, Gianni Delucca», se dijo.

No comprendía cómo podía estar pensando en él de esa manera cuando acababa de mostrarle una vez más su crueldad adelantando la boda.

Volvió a su habitación y se quitó los zapatos de tacón nada más entrar.

Pasó un montón de tiempo dando vueltas por la sala de estar. Solo quedaban unos pocos días para la boda. Gianni ya la conocía mejor que mucha gente. Pero para ella nada había cambiado, seguía decidida a conseguir que esa boda fracasara y pensaba utilizar todo su arsenal para lograrlo.

Como si el universo quisiera ayudarla, vio de repente la primera

página del periódico local. Se lo entregaban cada mañana con el desayuno. Había una foto de una persona muy famosa saliendo del hotel Chatsfield de Roma, el principal rival del Harrington.

Sonrió al ver esa foto, se le acababa de ocurrir un plan muy audaz.

Gianni ya casi había llegado a su edificio, pero seguía muy inquieto. Sabía que no era solo lujuria lo que estaba provocando tanta tensión en su cuerpo, aunque aún no entendía cómo había podido resistirse a tocar a Keelin después del apasionado beso que habían compartido en la fiesta.

Incluso en la terraza, aunque habían estado discutiendo y ella había estado muy enfadada con él, le había seguido pareciendo la mujer más sexy del mundo. No podía olvidar su vibrante melena rojiza sobre uno de sus pálidos hombros, sus mejillas sonrosadas ni esos maravillosos ojos verdes. Recordó cómo lo habían mirado fuera de sí cuando él le dijo que había adelantado la boda.

Sabiendo lo decidida que estaba ella a hacer que ese matrimonio fracasara, había pensado que era mejor celebrar la boda cuanto antes para que no le diera tiempo a boicotearla. Sabía que había sido una buena decisión estratégica. Por eso no entendía por qué le había costado tanto decírselo.

Quizás porque Keelin había confiado en él y le había hablado de las semanas que había pasado en Andalucía y lo que ese viaje había significado para ella. Sus palabras le habían afectado más de lo que querría admitir. No le había costado imaginarla como la joven de la foto, alguien que no tenía nada que ver con la mujer que había creído que era, incluso sin el exceso de joyas y maquillaje.

También le había impresionado el hecho de que ella siempre pareciera dispuesta a pelear, a rebelarse. Tenía la sensación de que su vida había sido una dura batalla y, aunque odiara admitirlo, había sentido la necesidad de protegerla.

Pero había tenido que olvidar todo eso y ser implacable. Cabía la posibilidad de que lo que Keelin le había contado fuera una invención más para tratar de conseguir su compasión y salirse con la suya.

Dudaba de que ese fuera el caso, pero no podía fiarse, tenía que seguir adelante con sus planes y mantenerse fuerte. Porque sabía que ella iba a hacer todo lo posible para sabotear la boda. Iba a tener que estar muy atento.

—Señorita O'Connor, ¿estás segura de que al señor Delucca le parece bien este cambio?

Keelin sonrió dulcemente.

—Sí, por supuesto. Me ha dado carta blanca para que me encargue de todo. No quiere que nadie lo moleste con preguntas, prefiere que le vaya informando yo misma —respondió Keelin.

La planificadora de la boda, Allessandra, la miró con el ceño fruncido, pero después sonrió con alivio.

—De acuerdo —le dijo la joven—. La verdad es que, si le soy sincera, prefiero tratar con usted. El *signor* Delucca siempre me ha parecido bastante intimidante.

—Te entiendo perfectamente. Es mejor así.

Solo quedaban dos días para la boda y Keelin por fin había conseguido alcanzar el límite de la paciencia de Gianni. Se había pasado los últimos días aburriéndolo con decenas de preguntas sobre todo tipo de nimios detalles. Finalmente, el día anterior le había enviado el mensaje de texto que había estado esperando.

Haz lo que quieras, Keelin. Como si quieres ir a la ceremonia vestida de payaso. Solo espero que aparezcas el sábado por la tarde. G.

Así que se había tomado sus palabras muy en serio y estaba cambiando poco a poco todos los planes que Gianni había hecho para la boda.

Lo primero de lo que se había deshecho había sido del vestido de novia, que Gianni había elegido para ella. Tenía que reconocer que se había quedado sin aliento al verlo porque, si aquella fuera una boda de verdad y estuviera a punto de casarse con el amor de su vida, habría elegido un vestido muy parecido a ese.

Era muy elegante, con escote en forma de corazón y de color marfil, muy ajustado en el pecho para caer después en delicados pliegues de gasa hasta el suelo. Era perfecto y muy romántico.

Así que, como no podía ser de otro modo, había elegido otro mucho menos adecuado. Tenía la esperanza de que Gianni ni siquiera llegara a verla vestida de novia, pero se iba a encargar de que la prensa la fotografiara y que su prometido viera después en las revistas que había decidido ponerse otro vestido.

Apenas había visto a Gianni durante esos últimos días. Había estado muy ocupado con reuniones. Pero no le importaba, sabía que era mejor así. No había conseguido quitarse de la cabeza el apasionado beso que habían compartido en la fiesta de compromiso, delante de todos los invitados.

Respiró profundamente y sacudió la cabeza para tratar de centrarse en lo que tenía entre manos. Aún le quedaban por hacer los cambios más drásticos para la boda. Se recordó que todo lo que estaba haciendo era necesario para su propia supervivencia.

Gianni maldijo entre dientes la tercera vez que intentó sin éxito ponerse uno de los gemelos de su camisa.

«Dio», susurró.

Se detuvo y respiró profundamente. No entendía lo que le estaba pasando. Se estaba comportando casi como un novio nervioso el día de su boda. No podía olvidar que nada era real, que lo único que estaba haciendo era cumplir todas las condiciones para la fusión empresarial.

Le habían informado de que Keelin O'Connor seguía en su hotel, preparándose también para la boda. Era un alivio saber que no había huido del país.

Pensó que quizás albergara la esperanza de que fuera él quien cambiara de opinión en el último momento.

Tenía que reconocer que se le había pasado por la cabeza. Era difícil aceptar que estaba a punto de contraer matrimonio. Sentía claustrofobia cada vez que pensaba en ello, pero no estaba tan angustiado como para poner en peligro todo por lo que tanto había trabajado.

Pensaba que, si se sentía así, tenía más que ver con el efecto que Keelin tenía en él que con la boda en sí.

Cuando por fin consiguió ponerse el gemelo, respiró aliviado y se miró una vez más en el espejo. Llevaba un chaqué gris oscuro y una corbata de seda de color gris claro. Sabía que representaba como nadie la elegancia en el vestir, pero esa vez no sintió la satisfacción que tenía otras veces al ver lo diferente que era a su padre. Seguía estando muy nervioso y lamentó haberle dado carta blanca a Keelin para que terminara ella de organizar la boda.

Trató de calmarse pensando que no había mucho que pudiera hacer Keelin sin que él se enterara.

Normalmente se fiaba de sus instintos, pero prefirió no pensar más en ello.

Miró de nuevo su reloj y maldijo entre dientes.

Había terminado de prepararse demasiado pronto. Aún quedaba bastante tiempo para la ceremonia. No entendía lo que le pasaba, se estaba comportando como un novio nervioso. Recordó entonces que solo se casaba para poder conseguir la fusión con O'Connor y que si sentía cierta urgencia era solo por la importancia que tenía ese acuerdo, nada más.

Alguien llamó a la puerta de su piso y fue a abrir la puerta, encantado de tener alguna distracción. Vio que era su asistente personal. Parecía algo inquieto mientras sostenía un periódico local. El joven se aclaró la garganta con nerviosismo antes de hablar.

—¿Ha hablado con la señorita O'Connor hoy? —le preguntó su

ayudante.
Gianni sintió que se le helaba la sangre en las venas.
—No. ¿Por qué? —repuso.
Su asistente le entregó el periódico y se le fueron los ojos al principal titular de esa página.
¡La prometida de Delucca menosprecia al hotel Harrington cambiándolo por el Chatsfield para la celebración de su lujosa boda!

Tardó unos segundos en entender la noticia. Keelin había cambiado el lugar de la celebración a sus espaldas, aprovechándose además de la gran rivalidad que existía entre los dos hoteles para generar la peor publicidad posible.
Sintió una fuerte oleada de rabia creciendo en su interior.
—¡Llama al chófer, que venga a buscarme ahora mismo con el coche! —le ordenó tratando de contener su ira.
El asistente salió corriendo, parecía encantado de poder alejarse de él. Supuso que había conseguido asustarlo.
Se juró que Keelin recibiría su merecido después de hacer algo así. Pero antes de nada tenía que convertirla en su esposa.

—Pero, bueno, ¿dónde diablos se ha metido?
Keelin trató de contener su alegría ante las preguntas de su padre. Parecía cada vez más enfadado y estaba muy pálido. Nadie parecía entender dónde se podría haber metido su prometido.
No estaba del todo tranquila. Sabía que había sido un movimiento muy audaz por su parte y lamentaba haber ofendido a los profesionales del hotel Harrington cuando les dijo que no iba a celebrar allí la boda. Pero había sido una oportunidad demasiado buena como para echarla a perder.
Sabía que Gianni prefería la discreción y la elegancia del Harrington y Keelin decidió convertir la boda en un evento mucho más opulento y lujoso con la ayuda del departamento de Relaciones Públicas del Chatsfield. Se había encontrado allí a gente encantada con la idea de robarle una boda tan importante al Harrington, sobre todo cuando suponía quitarle protagonismo en los periódicos.
Por lo que había oído, el multimillonario Lukas Kovach iba a abrir un espectacular e innovador bar de hielo en Rusia y la prensa no dejaba de hablar de ese proyecto, la última aventura empresarial de la cadena Harrington. En el Chatsfield estaban deseando que también se hablara de ellos.
Había tenido además la suerte de que una de sus amigas de la infancia, Orla Kennedy, se hubiera casado recientemente con Antonio Chatsfield, el primogénito de los Chatsfield. Le había bastado una

llamada de teléfono para conseguir que un eficaz equipo de organización de eventos la ayudara con todo.

En un principio, iban a tener solo cuarenta invitados, pero también eso había cambiado. En esos momentos, más de un centenar de personas los esperaban en el ostentoso salón de baile del Chatsfield. Habían decorado el gran espacio con suficientes arreglos florales como para abrir una floristería.

—¿Y bien?

La voz de su padre la hizo regresar al presente. Estaban en una salita contigua al salón de baile. Miró a su progenitor intentando parecer muy preocupada.

—No sé por qué no está aquí, padre. A lo mejor ha cambiado de opinión…

La voz de su conciencia no la dejaba tranquila. En realidad, Gianni no tenía ni idea de dónde iba a tener lugar la boda. Se había asegurado personalmente de informar a todo el mundo sobre el cambio de hotel. A todos menos a Gianni, por supuesto.

Vio que su padre palidecía aún más. No entendía por qué parecía importarle tanto que esa boda no fuera a celebrarse. Pero, antes de que pudiera reflexionar sobre ello, alguien llamó a la puerta. Era Allessandra, la organizadora de la boda.

La joven había pasado la última hora al borde de un ataque de nervios, pero la miraba en ese momento con una gran sonrisa. Keelin no tuvo tiempo de entender lo que pasaba antes de que le diera la noticia.

—¡Ya ha llegado el novio! —les dijo—. Prepárense para entrar.

Fue entonces Keelin la que palideció. No podía creerlo. No era así cómo había esperado que salieran las cosas. Su idea había sido que todo el mundo, incluida la prensa, la viera como la pobre novia a la que habían dejado plantada en el altar el día de su boda.

Pero Gianni estaba allí.

—Ya era hora —murmuró su padre agarrando con firmeza su brazo —. Sabía que Delucca no me iba a decepcionar.

Estaba conmocionada. Se sentía como si estuviera en una nube. No terminaba de creer lo que estaba a punto de suceder.

Comenzó a sonar la marcha nupcial y los invitados se quedaron en silencio. Alguien le puso el velo sobre la cara y le entregó el ramo. Segundos después, se abrieron las puertas del salón y su padre la impulsó hacia delante.

Gianni sintió que Keelin llegaba junto a él, pero estaba demasiado enfadado para mirarla.

Cuando por fin lo hizo, no pudo evitar levantar con admiración las

cejas y sentir una oleada de deseo que iba directo a su entrepierna.

No había esperado que Keelin se pusiera el elegante vestido de boda que había elegido para ella, pero no había estado preparado para verla con un ceñido vestido de encaje que le llegaba solo hasta medio muslo y dejaba al aire sus maravillosas y largas piernas.

Llevaba mangas de gasa transparente y un cuerpo de encaje que cubría el corpiño del vestido. Aunque el vestido dibujaba cada una de sus provocativas curvas con absoluta perfección, era casi recatado.

Se había dejado el pelo suelto y un corto velo cubría su cara, pero pudo ver a través de la gasa que estaba muy pálida y con la vista perdida frente a ella.

No se le pasó por alto tampoco que apretaba con fuerza el ramo y que le temblaban ligeramente las manos.

Le quedó muy claro que estaba conmocionada al ver que había conseguido al final frustrar sus planes. Le hizo un gesto al juez de paz para que comenzara la ceremonia y este asintió con la cabeza.

Trató de no pensar en la vehemencia con la que Keelin había intentado evitar ese matrimonio.

Se sentía muy aliviado al ver que había conseguido evitar un desastre que les habría dado muy mala prensa. En ese momento, lo único que le importaba era firmar los papeles y ya lidiaría después con su esposa.

Keelin caminó por el pasillo con paso lento. Aún sentía en la boca el brusco beso que le acababa de dar Gianni. Poco a poco, fue saliendo del estado de shock que la había dominado cuando se dio cuenta de que no había logrado desbaratar la boda.

Todo el mundo les aplaudía con entusiasmo mientras atravesaban el salón de baile para ir al comedor donde iba a tener lugar el banquete.

Algunos invitados se acercaron a felicitarlos, pero Gianni levantó la mano para evitarlo.

—Dennos un minuto, por favor —les dijo con algo de brusquedad mientras tomaba la mano de Keelin con firmeza.

Casi tuvo que arrastrarla para que saliera del salón con él.

Entraron en una pequeña antesala, Gianni la hizo pasar y cerró tras él la puerta.

Keelin se volvió hacia él con piernas temblorosas. No podía creer que de verdad acabara de casarse con ese hombre. Nada de lo que estaba pasando le parecía real. Se sentía como una especie de autómata.

Reaccionó un poco al ver que Gianni estaba lívido y, a pesar de las circunstancias, le emocionó volver a verlo después de varios días sin saber de él.

—¿Qué creías? ¿Que ahora mismo ibas a estar representando el papel de pobre novia abandonada, llorando lágrimas de cocodrilo mientras las revistas del corazón hablaban del escándalo del año?

Ella abrió la boca para protestar, pero le quedó muy claro que Gianni no quería una respuesta.

—Si tu actuación iba a ser parecida a la que tuve que aguantar cuando nos conocimos, todos habrían adivinado el engaño en cuestión de segundos —le dijo Gianni con frialdad.

Sus acusaciones consiguieron despertarla del letargo. Estaba furiosa con él.

—Bueno, tú tardaste bastante más en darte cuenta, así que podría haberme salido con la mía.

Gianni apretó los labios con fuerza.

—Has perdido tu oportunidad de evitar este matrimonio, ahora ya somos marido y mujer.

Él tomó su mano y las levantó juntas para que ella pudiera ver las relucientes alianzas de platino que acababan de intercambiarse.

—¿Ves? Para lo bueno y lo malo, *mia moglie*. Mi esposa.

Se estremeció al ver juntas las alianzas y no fue una reacción completamente negativa.

Siempre se había jurado que nunca iba a convertirse en alguien como su madre, que se había casado con un hombre solo para tener seguridad económica y una buena posición social, pero allí estaba, casada.

Y lo peor de todo era darse cuenta de que no estaba tan disgustada como debía estarlo. Ese hombre la afectaba más de lo que quería admitir.

Pero, antes de que pudiera dar sentido a lo que sentía, Gianni tomó su cara entre las manos y la miró con intensidad a los ojos.

—Y cuanto antes consumemos este matrimonio y lo hagamos real en todos los sentidos, mejor.

Se quedó sin aliento al oír sus palabras y sintió una oleada de excitación que se dirigía directamente a la parte más íntima de su cuerpo. Pero no podía permitir que ese hombre se saliera con la suya.

Sentía que Gianni ya la conocía mejor de lo que le hubiera gustado y no estaba dispuesta a mostrarle hasta qué punto era vulnerable. Aún había muchas cosas que no sabía de ella. Entre otras, que aún era virgen y le aterrorizaba la idea de estar con un hombre que le hiciera sentirse impotente y en peligro.

—Sigue soñando, Delucca. No vamos a compartir cama.

Él se limitó a sonreír, parecía muy confiado.

—Yo no estaría tan segura de eso.

Y después, con demasiada facilidad para su gusto, colocó una mano en su nuca y otra en la cintura para atraerla contra su duro, musculoso

y excitado cuerpo.

Se estremeció. No podía creer que estuviera así cuando habían estado discutiendo acaloradamente.

Sintió una oleada de vértigo y deseo despertando su cuerpo. Aunque le costara admitirlo, también ella lo deseaba, no podía evitarlo. Cuando estaba con él, se le olvidaba el miedo y creía, a pesar de lo que le había sucedido, que Gianni podría conseguir que se acostara con él.

—Pensé que ya te lo había dicho —añadió Gianni—. Tengo fuertes convicciones morales y la firme intención de que este sea un matrimonio en todos los sentidos.

Abrió la boca para protestar, pero no le dio tiempo.

Gianni se inclinó hacia ella y la besó.

Sus labios se movían tentadoramente sobre los de ella y, durante unos traicioneros segundos, se dejó llevar por ese momento de pasión. Pero no duró mucho y, cuando se recuperó lo suficiente, le mordió con fuerza el labio inferior, haciendo que Gianni se apartara deprisa de ella.

Se sintió mal al ver una gota de sangre en su labio, pero sabía que no debía dar su brazo a torcer. No quería ni imaginar lo que ese hombre pensaría si supiera lo inocente que era. Sabía que se reiría de ella.

—Hablaba en serio, Gianni —le susurró.

Él se lamió la sangre sin dejar de mirarla con sus ojos oscuros. En ese instante, le estaba resultando muy difícil recordar por qué lo había mordido.

—Yo también hablaba en serio, *gattino*. No saques las garras si no estás preparada para atenerte a las consecuencias. Aunque me gustaría demostrarte aquí mismo y ahora que estás equivocada, no voy a rebajarme tanto cuando tenemos más de un centenar de invitados esperándonos al otro lado de esa puerta. Esperaré a que surja otra ocasión.

Gianni tomó su mano y abrió la puerta. Pero, en vez de salir, se detuvo en seco. Keelin no podía ver más allá de él, su cuerpo bloqueaba casi por completo la puerta.

Se dio la vuelta hacia ella de repente, nunca lo había visto tan enfadado.

—¿A quién demonios se le ocurrió la gran idea de invitar a los viejos compinches de mi padre?

Sintió que se le helaba la sangre en las venas. Ya había imaginado que era algo arriesgado, pero había decidido hacerlo de todos modos.

—Bueno, le mencioné a tu madre que podía invitar a quien quisiera —susurró ella.

Gianni la fulminó con la mirada y ella sintió un escalofrío

recorriendo su espalda. Se dio cuenta en ese instante de que en realidad no conocía a ese hombre, no sabía lo que sería capaz de hacer. Aunque siempre había tenido la impresión de que nunca le haría daño, al menos no físicamente.

Pero en esos momentos la miraba como si quisiera estrangularla.

—No vuelvas a utilizar así a mi madre, ¿me oyes? Deja a mi madre fuera de esta *vendetta* contra mí, Keelin.

Su clara advertencia la dejó sin palabras. Aun así, le gustó ver lo protector que podía llegar a ser y una parte de ella se sintió decepcionada al saber que nunca iba a hacer algo así por ella.

Una eternidad después, los invitados por fin comenzaron a irse, pero Gianni aún sentía que le hervía la sangre en las venas. Estaba furioso con Keelin, pero sabía que parte de la frustración que sentía era puramente sexual.

Le había enfurecido que Keelin se hubiera atrevido a usar a su madre para tratar de ganarle la partida. Había sido muy complicado controlar su ira cuando reconoció entre los invitados a los antiguos amigos de su padre. Justo cuando por fin parecía haber conseguido dejar el pasado atrás, la presencia de esos hombres le había hecho ver que nunca iba a poder borrar lo que había hecho su padre.

Casi podía sentirlo riéndose de él, echándole en cara que se creía por encima de esa gente.

Y no quería ni pensar en los titulares que iba a ver al día siguiente. Estaba seguro de que iban a hablar del oscuro pasado de algunos invitados y que lo iban a comparar con su padre.

Miró a su alrededor. Fue un alivio ver que esos tipos ya no estaban allí.

Pero la persona que lo había puesto en esa situación sí seguía en el salón. La observó mientras hablaba animadamente con un grupo de invitados que parecían embelesados con ella.

Keelin había estado evitándolo desde que salieran de la antesala donde habían estado discutiendo tras la ceremonia. Incluso mientras comían, ella había estado completamente inmersa en una conversación con los otros invitados que habían estado sentados a su mesa. Había evitado en todo momento hablar con él.

Y fuera donde fuera él, Keelin había tratado de estar lo más lejos posible, como si una fuerza invisible los repeliera cuando él sabía que era todo lo contrario. No se le olvidaba cómo se había derretido entre sus brazos cuando la besó después de la ceremonia, justo antes de que decidiera morderle el labio.

Y él la deseaba cada vez más. Creía que el enfado que tenía con ella no había hecho sino intensificar su deseo. No podía dejar de mirar sus

deliciosas curvas y estaba deseando arrancarle el ridículo vestido que se había puesto para la boda. Sus manos ansiaban quitárselo y devorarla hasta que pudiera aplacar el deseo que sentía por ella. Le costaba entender cómo podía afectarle tanto esa mujer.

Se disculpó con las personas con las que había estado charlando y cruzó el salón en dirección a donde estaba su esposa.

Keelin estaba de espaldas a él, pero sintió que todo su cuerpo se tensaba de inmediato cuando llegó a su lado y tomó con firmeza su mano.

Como ya había esperado, Keelin trató de soltar su mano, pero él la apretó con más fuerza sin dejar de sonreír.

Sabía que nadie podría adivinar, viéndolo en esos momentos, que estaba a punto de perder el control, ya no iba a poder aguantar mucho más sin estar con ella. Estaba deseando verse a solas con ese *gattino* mordedor y poder domarla de una vez por todas.

Los invitados se apartaron de ellos con sonrisas de complicidad y Keelin se giró para mirarlo.

Todavía llevaba el velo, aunque estaba algo torcido. Sostenía una copa de vino en la mano y sus mejillas estaban sonrosadas.

—No me gustan las mujeres que beben demasiado en público —le dijo él mientras le quitaba la copa de la mano.

—Entonces no deberías haberte casado conmigo —susurró Keelin—. Pero no te preocupes, nunca es demasiado pronto para empezar con los trámites de divorcio.

Sintió una presión en el pecho al mirarla. No estaba borracha y tenía un aspecto increíble. Sabía que seguía enfadada, pero no le importó. Se fijó en sus enormes ojos verdes, en sus sensuales labios que estaba deseando volver a besar.

Pero no pensaba hacerlo allí, tenía que controlar su libido.

Sabía que era solo cuestión de horas y por fin podría estar en su cama. Estaba deseando tenerla entre sus brazos y sentir por fin algo de satisfacción y paz. No se había sentido así desde que accedió a los términos del acuerdo que le presentó O'Connor.

—No vamos a volver a hablar de divorcio —repuso con firmeza—. Ya es hora de que nos vayamos, *mia amata*.

Notó que Keelin se ponía aún más tensa.

—¿Adónde nos vamos?

Aunque estaba haciendo todo lo posible por controlarse, la lujuria tensó cada músculo de su cuerpo y una oleada de calor lo recorrió de arriba abajo.

—Nos vamos de luna de miel, por supuesto. Estoy deseando tenerte a solas —le dijo Gianni con una sonrisa.

Capítulo 6

Gianni ni siquiera le dio la oportunidad de cambiarse de ropa. La metió con velo y todo en una limusina que los esperaba frente a la entrada del hotel Chatsfield. También estaban allí un montón de *paparazzi* que los cegaron con los flashes de las cámaras.

Keelin se había pasado toda la tarde evitando a Gianni. Sabía que estaba siendo muy cobarde, pero no quería tener que tratar con él hasta que se le pasara un poco el enfado. Había visto fuego en sus ojos cada vez que lo había mirado y no había podido olvidar el mordisco que le había dado cuando trató de besarla.

Por otro lado, lamentaba haber tenido la audacia de animar a la madre de Gianni para que invitara a quien quisiera. Recordaba perfectamente el nerviosismo de la mujer cuando le dijo que creía que a Gianni no le iba a gustar que invitara a antiguos amigos de su padre.

Y le enfadaba sentirse culpable cuando creía que ella era la víctima de esa situación, la que se había visto obligada a casarse con ese hombre. Pero la voz de su conciencia le recordó que nada le habría impedido darse la vuelta y salir corriendo del hotel.

Se dio cuenta de repente de que seguía sosteniendo el ramo en la mano. Le pareció ridículo.

—Se me ha olvidado lanzarlo… —susurró.

Gianni se lo arrancó de la mano y bajó la ventanilla de su lado. Acababan de pararse en un semáforo y había cerca del coche un grupo de turistas mirando un mapa.

—*Signoras!* —les gritó Gianni.

Lo miraron sorprendidas y sin entender lo que estaba pasando. Pero él apenas les dio tiempo a reaccionar. Les gritó de nuevo y tiró hacia ellas el ramo. Las flores volaron por los aires y lo agarró una de las jóvenes del grupo, que gritó de felicidad.

Gianni no dijo nada más, se limitó a cerrar de nuevo la ventanilla.

Ella lo miraba boquiabierta. Estaba en estado de shock.

—¿Qué pasa? —le preguntó Gianni con un brillo burlón en sus ojos —. ¿Acaso en Irlanda no es tradición que sea el novio quien lance el ramo?

—No, no lo es —repuso ella con frialdad—. Pero supongo que esta boda ha tenido muy poco de tradicional.

—No te preocupes —le susurró Gianni con picardía—. Tengo la intención de que este sea un matrimonio tradicional muy pronto.

Sintió que se quedaba sin respiración al ver cómo la miraba Gianni.

—Tenemos que hablar de eso. No pensarás que vamos a…

—Quiero que lo nuestro sea un matrimonio de verdad y duradero, Keelin —la interrumpió Gianni—. Así que, cuanto antes te hagas a la idea, mejor.

Frustrada, se cruzó los brazos sobre el pecho y fue en ese instante muy consciente del aspecto tan ridículo que debía tener. Se arrancó el velo de la cabeza, pero parte de él se quedó enganchada en las horquillas del pelo. Gianni extendió la mano para tratar de ayudarla, pero ella se apartó.

—Puedo hacerlo yo —le dijo con firmeza.

Tardó más de lo que habría querido en desengancharse el velo, pero no pensaba pedirle ayuda.

—Además, ¿por qué alguien como tú querría tener un matrimonio de verdad y duradero? —le preguntó ella.

—Porque forma parte de un acuerdo comercial con el que Delucca será una marca reconocida en todo el mundo. Además de obtener al mismo tiempo una esposa a la que deseo más que a cualquier otra mujer.

Keelin había estado lista para replicarle, pero se quedó con la boca abierta cuando oyó lo que acababa de admitir. Fue suficiente para que sintiera algo cediendo y desmoronándose en su interior.

Apartó la mirada y fue entonces cuando se dio cuenta de que estaban entrando en un aeródromo. Allí los esperaba un helicóptero.

—¿Adónde vamos? —le preguntó ella.

No quería pensar en lo que le acababa de decir ni en cómo la estaba haciendo sentir.

—A mi casa en Umbría. Pasaremos allí una semana. Es un lugar lo bastante remoto como para que no te metas en líos y allí es donde de verdad podremos llegar a conocernos y empezar nuestra vida en común.

Le hablaba con sarcasmo y se sintió muy estúpida al haber dejado que sus palabras la distrajeran durante unos segundos.

—¿Tiene tu casa una torre donde piensas encerrarme? —le preguntó fríamente—. Es lo más apropiado en este caso. Después de todo, este matrimonio no es más que una prisión para mí.

Gianni levantó las cejas y sonrió durante un segundo.

—¡Qué imaginación tienes, Keelin! Ya me preguntaste el otro día si pensaba tenerte atada a la cama y ahora me hablas de encarcelamiento… ¿Qué es lo siguiente que se te va a ocurrir?

Le entraron ganas de abalanzarse sobre él y retorcerle el cuello, pero no le dio tiempo a hacer nada. El coche se había detenido y Gianni ya abría la puerta para salir. El chófer le abrió la de ella con caballerosidad y no le quedó más remedio que abandonar la limusina

de mala gana y aún con el velo en la mano.

Vio que Gianni estaba sacando dos pequeñas maletas del coche y llevándolas hasta el helicóptero.

—¿Qué pasa con el resto de mis cosas? —le preguntó ella a regañadientes.

—Ya me encargué de que las llevaran. Tienes todo allí, en la villa —repuso él mientras subía al helicóptero.

Cada vez estaba más nerviosa y sabía que Gianni seguía enfadado con ella por haber tratado de boicotear la boda y por invitar a los secuaces de su padre. Él le tendió una mano para ayudarla a subir y ella la miró con recelo. La sonrisa de Gianni se desvaneció casi al instante.

—Es un largo camino de regreso a Roma con un vestido de novia tan corto y unos tacones tan altos, Keelin —le avisó Gianni.

Suspiró al oírlo. No le quedó más remedio que aceptar su mano y dejar que la ayudara a subir al helicóptero. Gianni le puso el cinturón. Sentía que tenía sus manos demasiado cerca del pecho y que la trataba como si ya fuera de su propiedad. Pero no lo era. Se habían casado, pero no era suya en cuerpo y alma ni pensaba serlo nunca. Creía que así al menos tendría motivos para pedirle el divorcio y alegar que no habían llegado a consumar el matrimonio.

—Creo que ya no necesitas esto, ¿no? —le preguntó Gianni quitándole el velo de las manos.

No esperó a que contestara y se limitó a dejarlo en la parte de atrás, con el equipaje.

Se subió también a bordo el piloto, que saludó efusivamente a Gianni.

—Póntelos —le dijo Gianni entregándole unos auriculares.

—Sí, señor —repuso ella con una falsa sonrisa.

Se quedó boquiabierta al ver que Gianni hablaba con el piloto y se encargaba él mismo de apretar algunos botones y encender el aparato. Se dio cuenta de que también él iba a estar a los mandos del helicóptero. Las palas del rotor comenzaron a girar y sintió que se le encogía el estómago cuando se elevaron.

Unos segundos después, algo más tranquila, miró por la ventanilla y pudo ver Roma extendiéndose a sus pies.

—Mira a la derecha, verás el Coliseo —le dijo Gianni por los auriculares.

Keelin lo hizo y se quedó sin aliento. Era maravilloso, una vista increíble. Empezaba a anochecer y ya habían encendido las luces del edificio. Él le fue mostrando otros puntos de interés y ella se quedó sin palabras. Estaba siendo una experiencia increíble y también le estaba sorprendiendo lo amable que estaba siendo él.

Dejó de hablarle por los auriculares cuando salieron de Roma. No

pudo evitar quedarse mirando entonces a Gianni desde su asiento en la parte de atrás.

Aunque sabía que era absurdo, no habría sido difícil imaginar que eran de verdad unos recién casados camino de una romántica luna de miel. Y lo más inquietante de todo era sentir que no le desagradaba la idea en absoluto.

El aterrizaje también fue complicado para Keelin. Estaba demasiado oscuro y no podía ver nada a su alrededor. El helicóptero se posó en el suelo con un pequeño rebote y no respiró tranquila hasta que se apagó el motor y las aspas dejaron de girar.

Gianni fue el primero en bajarse para abrirle la puerta. Se quedó sin aliento al verlo. Tenía el pelo revuelto y la camisa abierta. Le tendió una mano y, después de un momento, Keelin la aceptó. Se estremeció al sentir sus largos dedos envolviendo con fuerza su mano.

Se despidieron del piloto y Gianni la acompañó hasta un todoterreno que estaba aparcado cerca de la pista. Después de meter las maletas en la parte de atrás, él se sentó al volante y ella a su lado. Las llaves estaban esperándolo allí. Supuso que ya estaban dentro de su propiedad.

—¿Dónde estamos exactamente? —le preguntó sintiéndose algo intimidada.

Gianni parecía muy concentrado en la conducción. La carretera no estaba en las mejores condiciones.

—Estamos cerca de un pueblo que se llama Montefalco, al sur de Perugia.

—¡Ah!

Se detuvieron poco después frente a la imponente entrada de una gran villa. Se abrió la puerta y Keelin vio la figura de una mujer mayor y menuda. Iba vestida completamente de negro.

Gianni salió del coche y la saludó con cariño, dándole un par de besos en las mejillas. La mujer tomó el equipaje de Gianni y entró en la casa. Él le dijo algo que la hizo reír y le dio la impresión de que estaban hablando de ella.

Odiaba no poder entenderlos y decidió que tenía que aprender italiano cuanto antes.

Pero se dio cuenta entonces de que no pensaba estar el suficiente tiempo casada con ese hombre como para necesitar aprender su idioma.

Gianni se acercó al coche y le abrió la puerta, pero Keelin salió deprisa, antes de que intentara ayudarla.

—Keelin, quiero que conozcas a Lucia Cabreze. Es el ama de llaves de la villa —le dijo Gianni.

Por mucho que odiara a ese hombre, no olvidaba su educación. Se acercó a la mujer y le dio la mano mientras le dedicaba una sincera sonrisa. La señora dijo algo en italiano y Gianni le respondió en el mismo idioma.

—No habla inglés —le explicó él—. Me ha dicho que espera que seas muy feliz aquí y yo le he asegurado que lo serás.

Keelin le devolvió la sonrisa a la mujer y trató de hacerle entender que agradecía sus palabras mientras fulminaba a Gianni con la mirada.

Lucia dio un paso atrás e hizo un gesto para indicarles que pasaran.

Estaba a punto de hacerlo cuando Gianni la tomó en sus brazos. No pudo ahogar un grito de sorpresa.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó entre dientes.

Pero no pudo evitar que el corazón le latiera con fuerza ante un gesto tan romántico. Gianni subió con ella en brazos los escalones de la entrada. Le sorprendió ver que no le costaba hacerlo, era como si no le pesara nada.

—Estoy seguro de que es lo que esperaba ver Lucia. Es una mujer muy tradicional. Es una vieja costumbre romana llevar en volandas a las novias cuando cruzan el umbral de su nuevo hogar porque se supone que no deben estar felices de tener que salir de la casa de sus padres para entrar en la de sus maridos.

—Bueno, no es el caso, así que te podrías haber ahorrado la molestia.

Gianni avanzó a grandes pasos por un pasillo oscuro.

—La otra ventaja es que así puedo llevarte mucho más rápidamente a donde quiero tenerte —le dijo Gianni.

Se detuvo poco después frente a una puerta y la dejó en el suelo. La abrió entonces y se quedó boquiabierta al ver el enorme dormitorio.

Tenía una iluminación romántica y suave y se le fueron los ojos a la enorme cama con dosel y a las sábanas de raso granate. Era una habitación diseñada para el placer, un espacio perfecto para los amantes.

Keelin se dio la vuelta y se encontró de bruces con el torso de Gianni, que estaba justo detrás de ella. Cuando vio cómo la estaba mirando, sintió que se derretía por dentro. Agarró sus brazos y la hizo andar hacia atrás hasta que estuvieron los dos dentro del dormitorio. Después, cerró la puerta tras él con el pie.

El corazón le latía con fuerza.

—Gianni, por favor, deberíamos hablar de esto.

No olvidaba lo que le había dicho cuando aún estaba representando su papel. Le había asegurado a Gianni que había estado con un montón de chicos.

—Yo, en cambio, creo que no hay nada más que hablar —repuso él

mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba descuidadamente en una silla.

Keelin tragó saliva al ver que comenzaba a desabrocharse la camisa.

—No te quedes ahí sin hacer nada, *mia moglie*, quítate el vestido.

Pero ella no se movió.

—Ahora —le dijo Gianni con frialdad.

Gianni le iba revelando poco a poco su magnífico torso. Era el hombre más atractivo y masculino que había visto en su vida, pero se sentía presa del pánico. No podía moverse.

Con la camisa ya medio abierta, Gianni resopló frustrado y fue hasta donde estaba ella. Sus ojos negros la recorrieron de arriba abajo.

—¿Sabes lo que he sufrido todo el día por culpa de ese vestido? —le preguntó con la voz cargada de deseo.

Ella negó con la cabeza. Le fascinaba la intensidad con la que la miraba. Gianni extendió una mano y trazó con el dedo la línea del encaje de su escote.

Se quedó sin aliento y sintió que se tensaban sus pezones bajo la tela.

—Este vestido ha estado a punto de hacerme perder el control. Te lo pusiste a propósito para provocarme, ¿no? Supongo que tenías la esperanza, bastante equivocada, de que no quisiera casarme contigo si te veía en un vestido tan poco apropiado, ¿verdad? Tenía que haber usado tretas psicológicas contigo desde el principio. Seguro que, si yo te hubiera enviado este vestido para que te lo pusieras, te habrías puesto el otro, el que yo quería. Pero ¿sabes qué? Creo que prefiero este, porque este vestido está diseñado para una cosa, para lo único que me interesa ahora mismo.

Se sentía aturdida y fascinada a partes iguales. No podía ignorar el dedo de Gianni recorriendo incansable la línea de su escote.

—¿A qué te refieres? —susurró ella.

—Al sexo, Keelin. Quiero hacer el amor con mi bella esposa.

Con un movimiento suave pero decidido, Gianni arrancó el delicado encaje que cubría el corpiño. Lo consiguió con una facilidad asombrosa y, en cuestión de segundos, estaba delante de él con un minivestido que solo cubría lo imprescindible.

No pudo reaccionar, seguía completamente inmóvil. Se estremeció al ver que Gianni bajaba la mirada hacia sus pechos, que apenas conseguía tapar su corpiño. Por un momento, pensó que también le iba a arrancar el vestido.

No podía entenderlo, pero una parte de ella quería que Gianni le hiciera el amor. No comprendía cómo podían haber cambiado tanto las cosas. Algo le decía que, aunque tuviera la oportunidad de hacerlo, no iba a alejarse de él. Sentía una intensa necesidad en su interior y sabía que solo él podía apaciguarla.

Se dio cuenta también de que había conseguido sacarlo de quicio y tenía muy claro que Gianni no estaba de humor para ir despacio ni para ser dulce con ella.

A una parte de ella le emocionaba y excitaba tanta pasión, pero su sentido común no dejaba de recordarle que debía decirle la verdad.

—Gianni, espera. Hay algo que debo decirte —le dijo con voz temblorosa.

Sabía que ninguno de los dos estaba de humor para seguir jugando. Gianni era un macho alfa exigiéndole a su compañera que cumpliera con su deber. No podía ignorar el bulto que había en sus pantalones. Había sido muy consciente de ello todo el día. Sabía que él estaba más que dispuesto a llevarla a la cama. No pudo evitar sentirse excitada, ella también lo deseaba, pero no podía hacerlo. Al menos, no de ese modo. No cuando él no parecía estar de humor para ir despacio y ella no tenía ninguna experiencia en ese terreno.

—Keelin… —replicó Gianni entre dientes—. Ya basta de juegos.

Cada vez estaba más nerviosa. Tenía miedo.

—El caso es que no he sido totalmente sincera contigo, Gianni.

Él se quedó en silencio durante bastante tiempo.

—¿No has sido totalmente sincera? —la imitó él con una sonrisa cruel—. *Principessa*, me temo que ni siquiera sabes lo que significa esa palabra.

Le dolieron sus palabras. Se dio cuenta de que ese hombre la odiaba y que solo se había casado con ella para poder hacer crecer su negocio de manera ilimitada.

Y ella no podía hacer nada al respecto. Le parecía surrealista verse así, delante de él y temblando como una virgen en su noche de bodas. Porque eso era exactamente lo que era.

Gianni agarró su cintura con las manos y la atrajo contra su duro y cálido cuerpo.

—Bella, ahora ya sé quién eres y cómo eres. Una joven mentirosa y mimada sin principios morales a quien solo le importa ella misma, nada más. Pero me temo que yo he ganado esta guerra y ahora ha llegado por fin el momento de disfrutar de mi botín.

La besó antes de que pudiera reaccionar, atrapándola con sus exigentes labios, derritiendo todas las neuronas que aún funcionaban en su cabeza. Sabía que cada centímetro de su cuerpo quería que aquello pasara, lo deseaba.

Su mente era el único rincón de su ser que no parecía estar tan convencido.

Y no consiguió recobrar la cordura hasta que sintió sus manos en la cremallera que tenía el vestido en la parte de atrás. Apartó la cabeza para que dejara de besarla y consiguió apoyar las manos en su torso para alejarse de él.

—No —susurró empujándolo con fuerza.

Gianni la miró con el ceño fruncido. Parecía estar a punto de explotar.

—Tenemos que parar, tienes que parar —susurró ella con urgencia mientras se separaba de él—. Lo que quería decirte es que nunca he hecho esto antes, Gianni. Soy virgen…

Gianni se limitó a mirarla con incredulidad. Después vio también en su rostro desprecio y desdén mientras daba un paso atrás.

Nunca se había sentido tan humillada como en esos momentos. Se sentía tan vulnerable y desnuda…

—Gianni, escúchame. Yo…

Pero él levantó una mano para indicarle que se callara.

—No, ya basta. No quiero oírlo, Keelin. Ya estoy más que cansado de tus mentiras y tus actuaciones. Vete a la cama y déjame en paz. ¡Maldita seas!

Sin decir nada más, Gianni se dio la vuelta y salió del dormitorio, cerrando la puerta tras él.

Y ella se quedó mirando la puerta durante mucho tiempo. Se echó a temblar. En el suelo yacían pedazos del encaje de su traje de novia, como un recordatorio de lo que acababa de pasar.

Afortunadamente, estaba demasiado conmocionada y agotada para sentir nada. Era como si su mente estuviera sumergida en una nube y no pudiera pensar en nada ni sentir nada.

Casi sin ser consciente de lo que estaba haciendo, se quitó los zapatos y bajó después la cremallera del vestido. Se lo quitó y se fue directa a la cama.

Se metió entre las lujosas sábanas de raso, trató de no pensar en todo lo que había pasado ese día y, poco después, consiguió olvidar las acusaciones y otras voces que tenía en su cabeza y quedarse dormida.

Cuando Keelin despertó a la mañana siguiente, tardó un buen rato en recordar dónde estaba y por qué se había ido a dormir en ropa interior y entre las sábanas más suaves y maravillosas que había visto en su vida.

Después, abrió los ojos y miró a su alrededor. Recordó de repente todo lo que había pasado el día anterior. La luz se colaba por la ventana y pudo apreciar mejor los muebles, elegantes y antiguos, que llenaban el cuarto.

Se apoyó en los codos para ver mejor y, después, se levantó. Fue al baño y se puso un albornoz que encontró colgado tras la puerta.

La habitación tenía un balcón. Abrió las puertas y se asomó a él.

La vista la dejó sin aliento. Había suaves colinas verdes hasta el

infinito y, durante unos minutos, sintió mucha nostalgia. Ese tipo de paisaje le recordaba a Irlanda.

Escuchó de repente un fuerte ruido y supuso que era lo que la habría despertado. Unos segundos después, vio el helicóptero elevándose en la distancia. Se quedó mirándolo hasta que fue haciéndose más y más pequeño en el horizonte. No había podido ver desde allí quién iba dentro, pero imaginó que sería el piloto llevando el aparato de vuelta a Roma.

Se estremeció al recordar lo enfadado que había estado Gianni con ella la noche anterior. Le iba a costar enfrentarse a él esa mañana. Cuando pensaba en todo lo que había pasado durante las últimas veinticuatro horas era casi como si lo hubiera soñado.

Bajó la vista y miró sus dedos. Aún llevaba el anillo de compromiso y la alianza.

Había ocurrido. Era real. Se había casado con ese hombre delante de testigos. Recordaba perfectamente cómo se había sentido durante la ceremonia, como si no fuera con ella, como si estuviera viviendo una pesadilla.

Entró de nuevo en la habitación. Sabía que iba a tener que enfrentarse a él y que no tenía sentido retrasarlo. Encontró sus cosas en el armario y en los cajones de una cómoda. Era la ropa que Gianni había mandado empaquetar y enviar a esa casa. Vio además otras cosas que no reconoció. Era ropa nueva. No le gustó saber que ese hombre había encargado a alguien que le comprara ropa.

Se duchó y se puso unos pantalones vaqueros y una de sus camisas de cuadros. Pensó que, si a Gianni no le gustaba ese atuendo, iba a tener que acostumbrarse porque así era la verdadera Keelin.

Mientras bajaba las escaleras, tuvo la sensación de que Gianni no estaba allí.

Lucia, el ama de llaves, apareció en el vestíbulo cuando Keelin llegó al final de las escaleras. Le dijo algo en italiano. Parecía preocupada. Le habló muy rápido e hizo un gesto con las manos, como si se refiriera a algo que volaba. No tardó en entender que Gianni se había ido en el helicóptero.

No podía creerlo. Se había ido a algún sitio y la había dejado allí. Sintió que le costaba respirar.

Lucia tomó su brazo y la llevó hasta una terraza. Una vez allí, le hizo un gesto para que se sentara a la mesa. Todo estaba listo para el desayuno.

En cuanto se sentó, Lucia se puso a servirle comida. Le agradecía el esfuerzo, pero solo podía pensar en por qué se habría ido Gianni. Comió sin pensar lo que la mujer le iba poniendo en su plato.

No le gustó nada la sensación de sentirse aislada en ese sitio. Estaba en una villa italiana en medio de la nada, no hablaba italiano y, al

parecer, Gianni se había ido y no tenía ni idea de cuándo iba a volver.

Trató de preguntarle a Lucia si le había dejado una nota, pero la mujer se limitó a sacudir la cabeza. No la entendía.

Miró en el despacho de Gianni para ver si le había dejado una nota allí, pero no encontró nada. Frustrada, se dejó caer en su sillón. Temía que él hubiera decidido que ya había tenido bastante. A lo mejor lo había empujado tanto que había terminado por rendirse. Pero esa idea no le producía una sensación de satisfacción ni de triunfo, todo lo contrario. Trató de calmarse para no dejarse llevar por el pánico. Pero no podía evitar recordar su infancia.

Quería pensar que solo se había ausentado temporalmente y que tenía que haber alguna explicación.

Se levantó y decidió explorar la villa.

Y eso fue lo que hizo. Pero, cuando regresó a la casa una hora más tarde después de no haber visto a nadie más en toda la propiedad, se sintió completamente presa del pánico.

No había podido encontrar siquiera a Lucia.

Tampoco sabía cómo ponerse en contacto con Gianni. Él le había dado una tarjeta con sus números de teléfono cuando se conocieron, pero no tenía ni idea de qué había hecho con ella. Además, tenía su móvil sin batería y no encontraba el cargador.

Estaba completamente sola en esa enorme casa en algún lugar al sur de Perugia. Fueron pasando las horas y Gianni seguía sin regresar. Poco a poco, fue sintiendo que ya no estaba en Italia ni tenía veintitrés años, sino que había regresado al pasado. Volvía a ser una niña que tenía que vivir con la certeza de que no había nadie en el mundo que se preocupara por ella. Estaba sola.

Poco a poco, las paredes que había construido con tanto esfuerzo durante los últimos años comenzaron a desmoronarse. Se había jurado que nunca iba a sentirse tan sola y perdida, pero le había vuelto a ocurrir.

Mientras conducía de vuelta a la villa esa noche, Gianni seguía tan enfadado como lo había estado todo el día. Estaba además agotado y no había podido librarse de la frustración que parecía haberse instalado en cada rincón de su cuerpo.

No había podido dejar de pensar en su esposa, con la que debía haberse acostado por fin la noche anterior.

Su esposa.

Le había tentado la idea de quedarse a dormir en Roma, pero cierto sentido de culpa le había impedido hacerlo. No entendía por qué se había sentido así, pero no podía evitarlo.

En esos momentos, cuando pensaba en Keelin, solo podía recordar

cómo lo había dominado el deseo la última vez que la había visto. Había estado dispuesto a terminar de arrancarle su vestido de novia, dejándola completamente desnuda frente a sus ojos.

Pero entonces había tenido que escuchar una mentira más de su boca. Keelin le había asegurado que era virgen. Había estado a punto de reírse en su cara. Su experiencia le había enseñado que las vírgenes eran una especie tan extinta como los dinosaurios. Había dejado de creer en vírgenes cuando, a los dieciséis años, la chica de la que había estado enamorado le había dicho de manera condescendiente que no se preocupara, que sabía que era su primera vez e iba a tener cuidado con él.

Lo de la noche anterior lo había dejado muy tocado. Se había sentido como si hubiera estado tratando de escalar una montaña interminable. Mientras él se exponía por completo, dejándole ver cuánto la deseaba, Keelin no había hecho más que apartarlo de su lado, negando la atracción que sentía por él.

Después de verse rechazado de esa manera, había sentido la necesidad de irse y poner un poco de espacio entre los dos.

Maldijo entre dientes mientras se acercaba a la casa. No había ninguna luz encendida y se le pasó por la cabeza que Keelin se hubiera podido ir aprovechando su ausencia. Cada vez estaba más enfadado.

Salió del coche con una sensación algo inquietante. Abrió la puerta de la casa y encendió la luz. Todo estaba en silencio, pero le dio la impresión de que Keelin seguía allí y, a pesar de su enfado, se sintió aliviado.

Se quitó la chaqueta y fue directo al dormitorio. También estaba a oscuras. Pensó que quizás estuviera acostada, pero vio entonces su contorno.

Encendió una luz y la vio sentada en el alféizar de la ventana. Tenía las piernas dobladas y la barbilla apoyada en las rodillas. Llevaba suelta su maravillosa y salvaje melena y le bastó con verla para que despertara de nuevo su deseo.

Pero no pudo evitar preocuparse al ver cómo estaba. No se movía. Se acercó a ella con algo de temor.

—¿Keelin?

Ella tardó unos segundos en reaccionar. Lentamente, giró la cabeza para mirarlo y él se quedó sin aliento al ver lo pálida que estaba. Mientras lo miraba, Keelin pareció volver a la vida y sus ojos se llenaron de emoción. Se levantó del asiento y fue directamente hacia él con los puños en alto, golpeándolo con fuerza en el torso. Lo hizo con suficiente ímpetu como para hacerle dar un paso atrás.

—¡No vuelvas a dejarme aquí sola como lo has hecho! ¡Nunca! ¿Me oyes? ¡No vuelvas a hacerlo!

Se quedó mirándola sin entender. Parecía fuera de sí. Pero había

algo más, le hablaba casi como si estuviera trastornada. No era el enfado normal de alguien que había tenido que estar solo durante todo el día. Le pareció que estaba asustada.

—Pensé que eso era justo lo que querías —repuso él—. Lo que has deseado desde que nos conocimos.

Capítulo 7

En cierto modo, Gianni tenía razón, pero Keelin había sufrido tanto ese día… Se había sentido abandonada y ese era precisamente su infierno particular. Sabía que no estaba siendo racional, pero no podía evitarlo.

Se había pasado horas con el cuerpo contraído, con todos los músculos en tensión.

Y lo peor de todo era ver que no podía contener la emoción de volver a verlo.

Había vuelto…

—No me dijiste nada —lo acusó—. No me dejaste siquiera una nota…

—Pensé que Lucia te lo diría —repuso Gianni mientras la miraba con el ceño fruncido.

—¿Cómo iba a decírmelo? ¿Con gestos? Yo no hablo italiano y ella no habla inglés.

—Bueno, podrías haberme llamado.

Se sintió avergonzada. Según habían ido pasando las horas, se había sentido más y más aislada y asustada. No sabía cómo explicarle que lo que le había pasado había sido algo muy parecido a un ataque de pánico, algo que no tenía nada que ver con el pensamiento lógico.

—No encontraba la tarjeta que me diste con tu número y mi teléfono estaba sin batería —susurró ella—. ¡Y no había nadie aquí! Incluso Lucia desapareció después de un tiempo. Estaba completamente sola. ¡Me podría haber pasado cualquier cosa!

Gianni parecía estar perdiendo la paciencia con ella.

—¡Por el amor de Dios, Keelin! Solo ha sido un día y lo has pasado en una de las villas más lujosas de Italia. Hay jardines, una piscina cubierta, otra al aire libre…

Se dio la vuelta para que no viera que se le habían llenado los ojos de lágrimas al oír su sugerencia. Gianni parecía pensar que podría haberse entretenido ella sola. Hacía años que no lloraba. No se le había olvidado el desconcierto de sus padres cuando la veían llorar y había aprendido a reprimir sus lágrimas.

—Escucha… —comenzó Gianni con impaciencia.

—Cuando tenía catorce años, fui a casa durante las vacaciones de Pascua —lo interrumpió ella sin volverse para mirarlo—. Tomé un taxi desde la estación de tren y me encontré con la casa cerrada. Llamé a

mi padre, pero estaba en Brasil e iba a tardar días en regresar. Mi madre estaba en Saint Barts con sus amigas. Le habían dado al personal la semana libre, pero a nadie se le ocurrió preguntarme qué iba a hacer.

Se detuvo un momento y se giró para mirar a Gianni.

—Tuvieron que avisar al ama de llaves para que regresara a la casa y cuidara de mí durante las vacaciones. Como te puedes imaginar, no le hizo gracia tener que trabajar durante sus días de descanso, pero no le sorprendió tener que hacerlo.

—¿Ya había pasado antes? —le preguntó Gianni.

—Sí, era bastante normal. Pero, por lo general, siempre había personal de servicio en casa. A los tres años me dejaron sola con mi niñera durante dos meses y medio para irse a Estados Unidos por temas de trabajo. Al parecer, cuando volvieron no los reconocí —le confesó con un nudo en la garganta—. Y hoy, al estar aquí sola, no pude evitar recordar todo eso. No hablo el idioma y me sentí aislada. Odio que me afecte tanto, pero no lo puedo… No vuelvas a hacerlo, por favor.

Gianni se le acercó un poco más. Ya no había rastro de ira ni frustración en su rostro. Pero tampoco había compasión en sus ojos, sino otra cosa… Era casi como si la entendiera.

Tomó su cara entre las manos y comenzó a pasarle los pulgares por las mejillas. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba llorando. Ni siquiera había sido consciente de ello y se sintió muy avergonzada. Trató de apartar sus manos de la cara, pero él no se lo permitió.

Su idea había sido mostrarse fría con él cuando regresara, pero estaba haciendo todo lo contrario. Le había confesado sus temores y sentía que Gianni estaba consiguiendo derrumbar una vez las murallas que siempre había mantenido a su alrededor.

—No te preocupes, no pasa…

—No debería haberme ido sin decírtelo. La verdad es que aún estaba enfadado después de lo de anoche y me vengué yéndome a Roma. No hay nadie aquí, aparte de Lucia, porque le di la semana libre al personal para que tuviéramos más intimidad —le explicó él—. Y los domingos Lucia los pasa con su familia.

Gianni apretó los labios antes de continuar.

—He sido muy desconsiderado, lo siento.

Se le encogió el corazón al oír sus palabras, no pudo evitarlo.

—¿Has comido? —le preguntó él de repente.

Keelin se quedó pensativa un segundo. Después, negó con la cabeza.

—No he tomado nada desde el desayuno.

—¿Qué te parece si cenamos algo entonces?

—De acuerdo.

Gianni tomó su mano y salieron juntos del dormitorio. Poco a poco, fue olvidando su enfado y sintiendo algo mucho más inquietante.

Bajaron a la cocina y él le hizo un gesto para que se sentara en uno de los taburetes mientras preparaba pasta con salsa de pesto. Aunque gran parte de los ingredientes ya estaban cocinados, le sorprendió ver lo bien que se manejaba en la cocina.

Gianni le sirvió un vaso de vino tinto.

—El vino sí te gusta, ¿no? —le preguntó él al ver que lo probaba.

Keelin se sonrojó y dejó el vaso de nuevo en la mesa.

—Sí.

Gianni se había subido las mangas de la camisa hasta el codo y se había quitado la corbata. Nunca lo había visto tan relajado. Tenía abierto el cuello de la camisa y se le fueron los ojos a su fuerte cuello y el principio de su torso. No podía dejar de mirarlo mientras preparaba la cena.

Le parecía increíble que hubiera estado lo suficientemente enfadado con ella como para tener que poner tierra de por medio e irse a Roma. Tenía la sensación de que eso era nuevo para él, que no solía dejar que las cosas le afectaran tanto.

—Y lo que me dijiste sobre adoptar hijos y mandarlos después a un internado… No lo harías, ¿verdad?

Lo miró a los ojos. Supuso que se merecía una respuesta. Además, era algo que tenía muy claro.

—Nunca mandaría a mis hijos a uno de esos sitios —contestó ella con firmeza.

Gianni levantó sorprendido una ceja. No se acostumbraba a lo atractivo que era ese hombre.

—¿Podrías aclararme el resto de las cosas que me contaste? —le pidió él.

Hizo una mueca y tomó otro sorbo de vino antes de contestar.

—No me gusta arreglarme, todo lo contrario. Prefiero vestir de manera cómoda y odio ir de compras —le confesó—. ¿Y tú? Siempre das una imagen tan perfecta e impoluta…

Se estremeció al pensar en cómo estaría completamente desnudo y relajado.

Afortunadamente, Gianni estaba repartiendo la pasta en dos platos y no pudo ver cómo se sonrojaba ella.

Se sentaron a la mesa y Keelin cerró los ojos en cuanto probó la pasta. Estaba buenísima. Era un plato sencillo y rústico, pero en ese momento no lo habría cambiado por nada.

Cuando abrió de nuevo los ojos, Gianni estaba tomando un sorbo de vino mientras la miraba con intensidad. No pudo evitar estremecerse.

—Supongo que cuido mucho mi comportamiento y mi aspecto porque quiero ser lo más distinto posible a mi padre —le contestó él.

Se quedó en silencio al recordar cómo había reaccionado cuando ella le mencionó a su padre o cuando vio que había invitado a los antiguos amigos de su progenitor.

—Era un hombre duro e incivilizado. Era de Sicilia y se mezcló de joven con la gente equivocada. Creía que solo podía triunfar usando la violencia y aterrorizando a la gente, también a mi madre. Supongo que necesitaba demostrarme a mí mismo que podía ser diferente —le confesó Gianni.

Tenía un millón de preguntas en la cabeza, pero sintió que él lamentaba haber hablado más de la cuenta, así que no dijo nada y, durante unos minutos, siguieron comiendo en silencio.

—Tu madre me pareció muy agradable y bastante callada —le dijo ella.

—Así es ella —repuso Gianni—. Se niega a abandonar nuestra casa familiar a las afueras de Roma. Pensé que querría volver a Sicilia después de la muerte de mi padre, pero no va a hacerlo. Mantiene la casa como si fuera un santuario en honor a su difunto marido.

No le extrañó que Gianni no entendiera que su madre sintiera admiración por el hombre que la había maltratado, pero suponía que, a pesar de todo, aún sentía cierta lealtad hacia él o incluso amor. Después de todo, ella misma se había pasado la vida tratando de obtener el cariño de su padre cuando él nunca le había mostrado ningún interés.

—Lo siento —le dijo antes de que perdiera el coraje de hacerlo—. No debería haberla animado a invitar a esos hombres. No tenía ni idea…

Gianni la miró y asintió con la cabeza.

—Entiendo que te tentara la idea de convertir la boda en un desastre para mí y un escándalo para la prensa —le dijo sonriendo—. He tratado de convencer a mi madre para que se venga a vivir aquí. Sé que le encantaría, pero también sé que no lo hará

—Es un sitio precioso —repuso ella.

Gianni la miró sorprendido.

—Si te gustan las casas de campo aisladas y los bucólicos paisajes, claro —añadió Keelin.

—Sé que la propiedad está aislada. Es una de las cosas que más me gusta de esta villa, pero no me paré nunca a pensar lo que le podría parecer a otra persona.

Se sentía un poco mareada y sabía que no podía echarle la culpa al vino, solo había tomado un par de sorbos. Creía que tenía más que ver con la tensión que había entre ellos. Era algo distinto a lo que había notado los primeros días. Las cosas habían cambiado, estaban casados. Gianni había ganado esa ronda. Pero, en esos momentos, no le importaba tanto como habría podido imaginar.

Solo podía pensar en el hombre que tenía frente a ella, en el peligro y la fuerza que emanaban de él. Recordó lo que había pasado la noche anterior, cuando le ordenó que se quitara el vestido. Y cómo le había arrancado después el encaje. Sintió que tenía que explicarle lo que había ocurrido.

—Quería hablarte de lo de anoche…

Gianni levantó una mano interrumpiéndola.

—Estamos solos los dos, Keelin. Ya no hay motivos para actuar ni para las mentiras, ¿de acuerdo?

—Pero no estaba mintiendo cuando…

La interrumpió de nuevo.

—No, no importa, ¿de acuerdo? Firmemos un cese de hostilidades ahora mismo.

El corazón comenzó a latirle deprisa. Una tregua. Le molestaba que no le diera la oportunidad de explicarse. Habría sido más cómodo no tener que hacerlo, pero sabía que era muy importante.

—No —le dijo ella con firmeza—. Tengo que decirte esto.

Gianni parecía molesto y a ella le costaba estar tan cerca de él y pensar con claridad. Se levantó de la mesa y se alejó. Fue a apoyarse en el fregadero con los brazos cruzados. Se mordió el labio antes de empezar.

—No te estaba mintiendo anoche —le dijo—. Soy virgen, Gianni. Nunca me he acostado con nadie.

Él se enderezó y frunció el ceño.

—¿Has olvidado lo que me dijiste? Tienes que recordar las mentiras que me cuentas. Si no…

—No, Gianni. Te dije que había estado con montones de amantes para que no quisieras casarte conmigo —lo interrumpió ella—. ¿Por qué iba a mentir sobre algo así? Lo habrías sabido tarde o temprano, ¿no?

Vio que Gianni palidecía y también se puso en pie mientras sacudía confuso la cabeza.

—Tienes veintitrés años, ¿cómo es posible?

—Lo sé —repuso avergonzada.

Después, respiró profundamente y se armó de valor para decirle lo que tenía que decirle.

—La verdad es que me sucedió algo hace años que me marcó y no he podido… No he querido tener relaciones sexuales con nadie después de eso —le confesó.

«Solo contigo», se dijo ella con el corazón a mil por hora.

—¿Que pasó? —le preguntó Gianni cruzándose de brazos.

No podía estarse quieta mientras la miraba y se puso a dar vueltas.

—Fue cuando tenía diecisiete años. Estaba en un internado en Suiza. Ese fue mi último colegio.

—¿Del que te echaron? —le preguntó Gianni.

—Sí, eso es —respondió ella—. Me escapé un fin de semana con unas amigas para ir al pueblo que estaba cerca del internado. Estábamos bebiendo en un bar cuando se nos acercó un grupo de chicos. Yo me puse a hablar con uno de ellos y, cuando me sugirió que fuéramos a algún sitio más apartado, salí del bar con él —le contó sin poder esconder la vergüenza que sentía al recordarlo—. Estábamos besándonos en el aparcamiento cuando salieron del bar sus amigos…

—Continúa —le pidió Gianni.

—Pensé que el chico con el que estaba les iba a decir que se fueran, pero se pusieron a bromear y a reírse —le contó con voz temblorosa —. Traté de volver a entrar al bar con mis amigas, pero uno de los chicos me bloqueó el paso. La verdad es que no recuerdo bien lo que sucedió después… Me agarraron entre todos y me tiraron al suelo. Dos me sujetaban los brazos y otro, las piernas. Me quitaron la camiseta y trataron de bajarme los pantalones…

—Dios mío, Keelin —susurró Gianni con un gesto de horror en la cara.

—No pasó nada —dijo ella rápidamente—. Grité y pataleé con todas mis fuerzas. Le di a uno en la mandíbula. Un empleado del bar me oyó y salió a ver qué pasaba. Todos salieron corriendo entonces…

Gianni hizo una mueca, parecía sentir verdadero asco hacia esos individuos.

—Animales… —masculló entre dientes.

—Creo que esa experiencia me hizo crecer. Después de aquello, me centré en los estudios para poder ir a una buena universidad. También aprendí defensa personal para no volver a sentirme impotente —le contó—. Pero sé que lo que pasó hizo que me negara a intimar con nadie durante tanto tiempo.

Gianni se acercó más. Su corazón latía con fuerza.

—¿Te doy miedo yo?

Aunque se sintiera vulnerable, quería ser sincera con él.

—No —repuso sacudiendo la cabeza.

Gianni alargó hacia ella la mano y acarició su mejilla. Fue un gesto muy tierno que consiguió desatar algo dentro de ella.

—¿Vas a dejar que haga el amor contigo, Keelin? —susurró él.

Una oleada de deseo la sacudió con fuerza. Nunca había querido algo tanto. Creía que, si Gianni se hubiera referido a ella como su esposa o hubiera hecho alguna alusión a su situación, habría reaccionado de otra forma, pero no lo hizo. Y lo cierto era que ella también sentía que nada de eso importaba en ese momento. Lo único que sabía era que lo deseaba.

—Sí —repuso ella asintiendo con la cabeza.

Gianni tomó su mano. Salieron de la cocina y atravesaron la casa

hasta llegar al dormitorio. Con cada paso que daba, se sentía aún más segura de lo que iba a pasar y tenía la certeza de que estaba donde tenía que estar y que iba a compartir esa primera experiencia con el hombre adecuado.

Ya en la habitación, Gianni cerró la puerta tras ellos y la acompañó hasta la cama. Se volvió entonces para mirarlo. Le pareció más grande y alto que nunca. Esa fuerza que emanaba de él hacía que se sintiera más femenina y pequeña.

Gianni comenzó a desabrocharle los botones de su blusa, rozando con los dedos su piel caliente. Cuando terminó, se la quitó y dejó que cayera al suelo. Contuvo el aliento al ver cómo miraba su sujetador de encaje y se estremeció cuando él tomó en su mano uno de sus pechos.

—Eres muy bella —le dijo suavemente.

Levantó la vista hacia él y se quedó sin palabras al ver la expresión de sus ojos. La miraba con tanta concentración y tanto deseo que sintió cómo se contraían sus pezones al instante. Necesitaba que la tocara.

Lo necesitaba a él.

—Gianni… —susurró ella sin saber cómo explicarle lo que sentía.

—Lo sé… —repuso él—. Iremos muy despacio.

Se le hizo un nudo de emoción en la garganta. Gianni la estaba sorprendiendo con su ternura. Cuando vio que empezaba a quitarse la camisa, sintió el impulso de ayudarle.

—Deja que lo haga yo.

Gianni la miró con más deseo aún mientras ella le desabrochaba los botones y revelaba un amplio y musculoso torso. Le quitó la camisa y también la tiró al suelo, como había hecho él antes.

Era aún más impresionante de lo que había imaginado y tan masculino… Una ligera capa de vello cubría su piel dorada y se le fue la vista a sus abdominales y a los músculos que escondían sus pantalones.

Sin pensar en lo que hacía, le quitó el cinturón. Le desabrochó después el botón superior, estremeciéndose al sentir la cálida piel de su abdomen contra los nudillos.

Gianni rodeó su nuca con la mano y levantó la vista hacia él. Fue entonces consciente de que le costaba respirar con normalidad. La atrajo hacia su torso y tiró suavemente de su pelo para que inclinara hacia él la cara. Podía sentir su erección contra el vientre y deseó sentirlo aún más cerca, pero Gianni la distrajo besándola mientras le llevaba una de las manos a su espalda desnuda. Pudo sentir segundos después cómo le desabrochaba el sujetador con dedos expertos.

Sus bocas encajaban como dos piezas de un puzle. Era un apasionado duelo de labios, lenguas y dientes mientras ella acariciaba y arañaba el torso de Gianni. Pudo sentir cómo se estremecía cuando

lo tocaba y era muy embriagador sentirse tan poderosa.

Apenas era consciente de lo que él estaba haciendo, pero no tardó en sentir que le bajaba los tirantes del sujetador y que, poco después, terminaba también en el suelo. Fue increíble sentir sus pechos desnudos contra el cálido torso de ese hombre.

Gianni dejó de besarla y se echó hacia atrás para mirarla con sus ojos cargados de deseo. Se sintió tan cohibida que le entraron ganas de taparse con las manos, pero él no la dejó.

—Dios mío, eres tan bella…

Extendió hacia ella una mano y comenzó a acariciarle con el pulgar uno de sus pezones, haciendo que se endureciera aún más con el contacto. El deseo era casi doloroso.

—Gianni… —susurró ella sin ser siquiera consciente de que estaba diciendo su nombre.

Él murmuró algo sin sentido.

Era como si estuvieran los dos drogados, dejándose caer en ese abismo de deseo y sensualidad.

Gianni se sentó en la cama, pero mantuvo las manos en su cintura, acercándola a él hasta tenerla entre las piernas. Bajó la vista hacia él y se estremeció cuando lo vio atrapar uno de sus pezones entre los labios. Se quedó sin aliento. Tener el pecho en su cálida boca era una sensación tan intensa y tan placentera… No podía dejar de estremecerse. Le temblaban las piernas y no pudo contener un gemido de placer. Sin ser consciente de lo que hacía, llevó las manos a su cabeza, enredando los dedos en su espeso cabello, atrayéndole aún más contra su pecho.

Cuando Gianni se apartó de ella, sintió que le faltaba el equilibrio. Pero no le dio tregua, ya tenía las manos de ese hombre en los vaqueros, desabrochándole el botón, bajado la cremallera y tirando de ellos para tratar de quitárselos junto con sus braguitas. Le ayudó a hacerlo, ya no había sitio para la timidez, solo quería estar desnuda, sin barreras entre los dos.

Gianni se levantó y fue entonces ella la que llevó sus manos de manera casi automática a sus pantalones. Terminó lo que había empezado antes y no pudo evitar estremecerse al sentir el provocativo bulto de su erección. Gianni la ayudó a deshacerse de los pantalones y se quedó solo con unos ajustados calzoncillos que no podían ocultar su potente masculinidad. Su instinto femenino la llevó a tocarlo, recorriendo con los dedos su longitud por encima de la ropa interior. Era increíble sentir cómo Gianni reaccionaba cuando ella lo tocaba.

Lo miró entonces a los ojos. Tenía las mejillas sonrosadas y la necesidad se marcaba claramente en su rostro. Sintió algo de inquietud, no tenía nada de experiencia. Pero estaba segura de que él nunca le haría daño.

Gianni se quitó los calzoncillos y se tumbó en la cama mientras tiraba de ella. Fue increíble sentir su musculoso y poderoso cuerpo bajo el de ella. No podía pensar en nada.

Tenía el pecho aplastado contra su duro torso, pero Gianni no tardó en moverse para que fuera ella la que quedara boca arriba en la cama. Tenía uno de sus muslos entre las piernas y era tanto el deseo que sentía en su parte más íntima que aumentó la presión contra él para tratar de aliviar esa sensación casi dolorosa de necesidad.

Gianni reaccionó sonriendo.

—No seas impaciente, *gattino*.

Se estremeció cuando Gianni comenzó a acariciarle lentamente un pecho, explorando su forma y firmeza, jugando con el pezón… Cada terminación nerviosa de su cuerpo gritó con satisfacción cuando él bajó la cabeza y la besó de nuevo en los labios.

Pero no dedicó mucho tiempo a su boca antes de comenzar a trazar un camino de besos por su mandíbula, la garganta y el escote. Cuando sintió su cálida lengua en uno de sus pezones, se quedó sin aliento. Se sentía completamente a su merced. Gimió y se movió contra él, pidiéndole en silencio que continuara torturándola de esa manera.

Sentía que tenía que agarrarse a algo, pero movía las manos por la espalda de Gianni sin ton ni son. Se sentía como si estuviera a punto de perder la cabeza por completo.

Él era implacable. Sin dejar de lamer su pecho, comenzó a acariciarle el vientre, bajando un poco más hasta tener la mano entre sus piernas, consiguiendo poco a poco que las abriera para él. Cuando lo notó en el centro de su placer, se quedó inmóvil.

Gianni levantó la cabeza para mirarla. Sentía que estaba en llamas, más excitada e impaciente que nunca. Hacía mucho que no había sentido un orgasmo y, cuando lo había hecho, había sido fruto de una torpe exploración durante su adolescencia. No tenía nada que ver con lo que estaba viviendo en esos momentos, una experiencia mucho más adulta y carnal.

La mano de Gianni se movía contra ella, explorando los pliegues de su sexo, haciendo que estuviera cada vez más excitada y húmeda. No podía dejar de moverse contra sus dedos, sus piernas se abrieron para permitirle un mejor acceso, y se estremeció cuando sintió sus dedos deslizándose dentro de ella, moviéndose con insistencia, haciendo que aumentara en su interior una tensión tan fuerte en su cuerpo que se mordió el labio para tratar de no gritar.

—Déjate llevar, *cara*. Hazlo por mí, quiero ver cómo disfrutas… —le susurró él.

Sus palabras la deshicieron por completo. Sus expertas caricias consiguieron que alcanzara un fuerte orgasmo en cuestión de segundos y la cegó el brillo del intenso placer que recorría su cuerpo

de arriba abajo.

Lo abrazó después con fuerza mientras lo besaba. La emoción pudo con ella, lo que acababa de suceder había conseguido sacudirla por completo.

Gianni se vio envuelto en una nube de deseo y lujuria tan poderosa que lo sacudía por completo. Aún podía sentir cómo temblaba el cuerpo de Keelin contra su mano. Le había mordido el hombro, pero estaba encantado. Era un dolor muy excitante.

No entendía cómo había conseguido aguantar tanto tiempo sin perder por completo la cabeza. Había estado al borde del abismo desde que vio por primera vez su cuerpo desnudo. Keelin era como la diosa Venus, de proporciones perfectas y con generosas curvas. Toda mujer.

Poco a poco, fue sintiendo cómo la tensión abandonaba el cuerpo de Keelin. Se echó un poco hacia atrás para mirarlo con ojos soñolientos. Parecía estar algo aturdida y se le encogió el corazón al verla así.

—¿Estás bien, *gattino*?

—¿Qué significa eso? —le preguntó Keelin con voz perezosa.

Sonrió mientras le apartaba un mechón de la cara. Era muy consciente de que había soñado con ese momento desde que vio por primera vez a esa mujer, incluso cuando le repugnaba su personalidad.

—Significa «gatito».

—¿Gatito? Me gusta —contestó ella sonriendo con timidez.

Se movió contra Keelin y vio cómo se abrían sus ojos al sentir su erección. Como si supiera lo que quería, sintió que comenzaba a tocarlo de manera algo vacilante con su delicada mano. Pero estaba haciéndolo con demasiada suavidad. Era una auténtica tortura.

—No me voy a romper —le dijo.

Keelin se mordió el labio inferior mientras su mano lo rodeaba con más firmeza. Su timidez lo enternecía y no pudo evitar pensar en lo que le había contado, en esos malnacidos que la habían atacado. Supuso que habría estado aterrorizada, que habría sido horrible.

Pero no quería pensar en eso, ni quería que ella volviera a recordarlo.

En ese momento, solo tenía una cosa en la cabeza, estar por fin dentro de ella.

Se incorporó para ponerse un preservativo y se colocó de nuevo entre sus piernas. Era increíble sentir su erección contra su sexo, tan húmedo y caliente. Comenzó a acariciarla con su pulgar, despertando de nuevo su deseo hasta notar que su respiración se hacía más rápida y superficial.

—Te deseo tanto, *mia bella*.

Ella lo miró con sus enormes ojos y algo se deshizo dentro de él. Nunca había experimentado un momento como ese con una mujer.

Antes de reflexionar sobre lo que significaba, se hundió en su interior y sintió la más intensa oleada de euforia que había sentido en su vida, pero vio entonces que Keelin estaba pálida y notó cómo se contraían sus músculos alrededor de su miembro. Le pareció que había algo muy parecido al miedo en sus ojos y trató de imaginar cómo lo estaría viendo en esos momentos, un hombre tan grande sobre ella, dejándose llevar por la fuerza de su deseo. Supuso que era una imagen intimidante y trató de apartarse, pero Keelin no le dejó.

—No —le dijo ella con firmeza—. No te pares.

Algo se encogió en su pecho al ver lo valiente que estaba siendo.

—De acuerdo, pero vamos a cambiar —le dijo él.

Se tumbó boca arriba y la ayudó a ponerse a horcajadas sobre él. Cuando ella deslizó las piernas a cada lado y sintió su sexo caliente contra él, tuvo que apretar los dientes unos segundos para controlarse.

Keelin puso las manos en su torso y él agarró su cintura.

—Pensé que estarías mejor en esta postura. Me pareció que estabas algo asustada…

—Un poco, pero no pasa nada —repuso ella con timidez—. Sé que no me vas a hacerme daño.

Gianni se movió ligeramente y se tragó un gemido al sentir su erección contra el trasero de Keelin.

—En esta postura no puedes sentirte amenazada ni un segundo. Eres tú la que controla el ritmo —le dijo él.

Con su melena alborotada y las mejillas sonrosadas, tenía un aspecto delicioso, no podía dejar de mirarla.

Sin soltar su cintura, elevó ligeramente su cuerpo, colocándola en el lugar perfecto para que, cuando ella decidiera, dejara que se deslizara dentro de ella.

Y no tuvo que decirle nada, Keelin lo entendió y fue bajando poco a poco, hasta que sus cuerpos se unieron de la manera más íntima posible. No se le pasó por alto la mueca de dolor que hizo cuando lo sintió dentro de ella. La tranquilizó como pudo, mascullando palabras en italiano y en inglés que no tenían mucho sentido mientras utilizaba sus manos para mover arriba y abajo el cuerpo de Keelin, ayudando a que su interior fuera adaptándose a esa situación, superando la resistencia de sus músculos inexpertos hasta sentirse enterrado muy dentro de ella.

Los dos respiraban con dificultad.

Después, Keelin comenzó a mover lentamente sus caderas siguiendo el ritmo que parecía marcarle su instinto. Podía sentir cómo su cuerpo se abría cada vez más a él, dejándose llevar por un intenso placer que anulaba todo lo demás.

Nunca había estado tan excitado como en esos momentos, era una sensación increíble.

Tiró de ella hasta conseguir que se tumbara sobre su torso. Keelin colocó las manos a ambos lados de su cabeza y se estremeció al sentir sus voluptuosos pechos moviéndose contra él con cada movimiento de sus cuerpos. Los dos estaban empapados en sudor.

Llevó las manos al trasero de Keelin y lo agarró con fuerza, cediendo a la tentación de inmovilizar su cuerpo para que pudiera embestir con más fuerza contra ella y sentirse aún más dentro.

Su boca encontró el pezón de Keelin y tiró de él, haciéndola gemir al instante.

—Gianni, necesito…

Se apartó de ella para mirarla a los ojos.

—¿Qué necesitas? —susurró con la voz era ronca.

—¡Oh! ¡Dios mío! Necesito… Te necesito a ti.

Su súplica hizo que la agarrara con más fuerza y quisiera estar aún más dentro de ella. Sus bocas se encontraron, aferrándose la una a la otra como si les fuera la vida en ello, y alcanzando al unísono la cima del más intenso placer.

Durante los minutos siguientes, aún dentro de ella, con los brazos envueltos alrededor de esa mujer y su cabeza contra el cuello, tuvo el inquietante deseo de no tener que moverse, de quedarse siempre así, como estaban en esos momentos.

Keelin nunca había sentido una satisfacción tan intensa. Todo su cuerpo palpitaba suavemente mientras recuperaba poco a poco el aliento. Y, hasta ese momento, tampoco había sabido lo que era conectar de verdad con otra persona. Tenía la sensación de haber superado algo muy importante, que había sido algo más que un encuentro físico de dos personas.

Y no quería siquiera pensar en cómo se había sentido cuando Gianni reconoció el miedo en sus ojos y la sentó sobre su cuerpo para que fuera ella la que tomara las riendas.

Todavía estaba dentro de ella y cuando Gianni se movió tuvo que resistir el impulso de apretar los muslos para que no pudiera liberarse. Se tumbó a su lado y fue consciente entonces de lo agotada que estaba. No podía moverse y tampoco se atrevía a abrir los ojos.

—¿Te he hecho daño?

Le sorprendió que Gianni pudiera pensar algo así. Había sido la experiencia más profunda de su vida, pero se dio cuenta de que él no podía saberlo.

—No, no me has hecho daño —repuso ella abriendo por fin los ojos.

Gianni le apartó el pelo de la cara mientras le sonreía. Pero le

pareció ver algo de tensión tras su sonrisa.

—Me alegro —le dijo mientras la abrazaba contra su pecho.

Estaba muy relajada y adormilada. Sabía que lo que acababa de pasar iba a provocar un cambio en su relación, pero prefería no pensar en eso. Tampoco quería tratar de averiguar por qué le había parecido ver tensión en la sonrisa de Gianni.

—Duérmete, Keelin —le susurró él.

Y su cuerpo se relajó casi de inmediato, durmiéndose entre sus brazos.

Capítulo 8

Gianni se apartó con cuidado de Keelin para no despertarla. Fue directo al cuarto de baño y se arriesgó a mirarse en el espejo. No le habría sorprendido ver que su aspecto era diferente porque se sentía distinto.

En apariencia, nada había cambiado, pero su mundo había dado un giro de ciento ochenta grados. No quería pararse a pensar en por qué tenía esa sensación, pero lo que sí sabía era que acababa de tener la mejor experiencia sexual de su vida.

Volvió a la habitación, sacó unos pantalones de chándal de un cajón y se los puso.

Se acercó a la cama y miró durante bastante tiempo a Keelin. Estaba deseando volver a tocarla, saborearla, sentir cómo alcanzaba el clímax mientras estaba dentro de ella.

Aún le costaba creer que de verdad hubiera sido virgen y no podía olvidar la experiencia tan traumática que había tenido durante su adolescencia. Le hizo despertar un instinto de protección que, hasta entonces, solo había tenido hacia su madre.

La vibrante y roja melena de Keelin se extendía sobre la almohada. Se fijó en sus largas pestañas y en sus jugosos labios entreabiertos.

Resistió la tentación de meterse de nuevo en la cama y salió de la habitación para ir a su despacho.

Fue directo al mueble bar y se sirvió un poco de whisky. Bebió un buen trago con la esperanza de que el alcohol consiguiera borrar esa extraña sensación que tenía en su pecho.

Le había sorprendido mucho volver de Roma y encontrarla tan disgustada. Al principio había pensado que se estaba comportando así porque seguía enfadada con él, pero no había tardado en darse cuenta de que había sido una reacción a algo mucho más profundo y traumático.

Ya había supuesto que no tenía una buena relación con sus padres, pero le había sorprendido lo negligentes que habían sido con ella y no pudo evitar sentir odio hacia ellos.

Sacudió la cabeza con frustración. Sentía que estaba perdiendo el control sobre esa relación. Había creído que su matrimonio iba a ser algo más aséptico y menos complicado. Solo había querido una esposa que le diera la apariencia de madurez y seriedad que necesitaba y que estuviera satisfecha con la perspectiva de poder disfrutar de su riqueza

sin provocar ningún tipo de emoción en él.

Nunca le habían atraído las relaciones complicadas ni la pasión desenfrenada. Nunca había querido que su vida estuviera a merced de esos caprichos del corazón, ya había habido demasiadas emociones en su vida durante su infancia y prefería estar completamente centrado en su trabajo.

Tenía que recordar que ese matrimonio era solo una transacción comercial y tenía que asegurarse de que Keelin tampoco lo olvidara. Ella acababa de perder su virginidad y temía que empezara a verlo de una manera romántica. No podía dejar que lo hiciera porque creía que podía satisfacerla en la cama, pero no de ningún otro modo.

Keelin frunció el ceño en cuanto se despertó. Se sentía diferente, le dolían todos los músculos del cuerpo y notó que estaba desnuda. La zona entre sus piernas estaba especialmente sensible… Abrió los ojos de repente, recordando lo que había pasado. Se había dormido entre los brazos de Gianni, pero ya no estaba a su lado. Sintió una mezcla de alivio y otra cosa que prefirió no tratar de identificar.

La luz del amanecer comenzaba a iluminar la habitación. Se incorporó lentamente, haciendo una mueca cuando sus músculos protestaron. Fue al baño y se miró en el espejo. Le dio la impresión de que había algo distinto en su mirada, como si aún siguiera un poco aturdida. Recordó en ese instante cómo se había quedado un segundo sin aliento al sentirlo dentro de ella por primera vez.

Nunca había llegado a imaginar que el sexo pudiera ser tan increíble.

Se puso el albornoz y regresó a la habitación. Se sentó en la cama y su cabeza se llenó de imágenes de la noche anterior. No podía creerlo, se había acostado con Gianni. Pero recordó también la sonrisa que le había dedicado justo antes de dormirse. Le había parecido que la miraba con cierta tensión y temió que para él hubiera sido aburrido y poco satisfactorio. Le avergonzaba la idea de que Gianni no hubiera disfrutado tanto como ella. Temía que se estuviera arrepintiendo de haber querido casarse con ella.

Y el hecho de que él se hubiera mostrado tan tierno con ella hizo que se sintiera aún peor. Por un lado, quería pasarse el día allí escondida. Pero, por otro lado, quería verlo y hacerle creer que en realidad la experiencia no había sido tan buena para ella como Gianni podría pensar.

Salió del dormitorio y se le hizo un nudo en el estómago pensando que quizás se hubiera ido, pero vio entonces una luz bajo la puerta de su despacho y suspiró aliviada.

Entró y vio que estaba sentado frente a su ordenador. Él levantó la

vista sorprendido.

—Hola —lo saludó ella sin moverse de la puerta.

Gianni se echó hacia atrás, apoyándose en el respaldo del sillón y a ella, sin poder evitarlo, se le fueron los ojos a su torso. Su cuerpo traicionero no tardó en despertar.

—Hola —respondió Gianni.

Solo llevaba puestos unos pantalones de chándal y le pareció que tenía un aspecto muy sexy. Nunca lo había visto con ropa tan cómoda.

—¿Estás trabajando? —le preguntó sin saber qué otra cosa podía decirle.

—Estaba mirando unos correos electrónicos y poniéndome al día sobre algunas cosas.

Gianni se levantó y ella tragó saliva. Ese hombre había despertado su cuerpo de un profundo sueño y podía sentir cómo reaccionaba ante su presencia sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Podía notar la humedad entre sus piernas y cómo sus pechos se sentían más tensos.

Él se le acercó y se detuvo frente a ella.

—¿Cómo estás?

Su pregunta le hizo pensar que Gianni no podía olvidar que lo de la noche anterior había sido su primera vez. Cada vez tenía más claro que habría sido muy aburrido y muy poco satisfactorio para él.

—Bien, muy bien —repuso ella con una indiferencia que no sentía —. Quería hablar contigo.

Gianni frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—Yo también, pero empieza tú.

Se sintió aliviada. No quería oír lo que tenía que decirle hasta que pudiera hablarle ella. Bajó la vista para no tener que mirarlo a los ojos.

—Bueno, lo de noche estuvo bien…

Gianni tomó su barbilla y le levantó la cara. Vio que le brillaban especialmente sus ojos oscuros.

—¿Bien? ¿Eso es todo lo que puedes decir al respecto?

—¿Qué quieres que diga? —preguntó ella algo confusa.

—Bueno, esperaba otro tipo de palabras para describir lo de anoche. Sentí cómo te deshacías entre mis brazos, Keelin, cómo disfrutaste…

No pudo evitar sonrojarse. Odiaba que le hablara así.

—De acuerdo, puede que lo hiciera. Estuvo muy bien —repuso levantando las manos—. Eso es al menos lo que creo. Pero ¿cómo voy a saberlo? ¡Fue mi primera vez!

—Créeme, *cara*, estuvo mejor que bien. Nunca he vivido nada parecido —le aseguró Gianni acercándose más.

—¿En serio?

—En serio.

Tragó saliva. Esa confesión hizo que se sintiera distinta.

—¿Crees que fue así porque yo era virgen?

Gianni negó con la cabeza mientras le separaba el albornoz lo suficiente para acariciarle un pecho. Se quedó sin aliento al sentir de nuevo sus manos y una oleada de deseo se apoderó de su cuerpo.

—Y la próxima vez, va a ser aún mejor. Cada vez será mejor, *mia moglie*.

No era la primera vez que se refería a ella con esas palabras. Sabía que significaba «mi esposa» y le pareció que había algo triunfante en esa expresión. Apartó la mano de Gianni y se cerró mejor la bata. Se sentía demasiado expuesta y vulnerable después de lo que habían compartido la noche anterior.

—Nada ha cambiado, Gianni. Sigo sin querer estar aquí —le dijo ella con firmeza.

—¿Es que nunca dejas de luchar? —repuso Gianni algo decepcionado.

—Creo que no sé cómo hacerlo.

Gianni se apartó de ella como si de repente le repugnara verla. Ella, en cambio, no podía dejar de mirarlo.

—Me dijiste que querías participar en el negocio familiar. ¿Aún quieres hacerlo?

—Por supuesto, mi prioridad es Alimentos O'Connor, pero nadie debería haberme pedido que demostrara mi lealtad casándome en contra de mi voluntad.

Gianni se acercó con gesto amenazante, pero ella ya no le tenía miedo.

—Ahora eres mi esposa, en todos los sentidos.

—¿Solo porque nos hemos acostado? ¡Eso no significa nada! —mintió ella.

Gianni parecía estar a punto de explotar. Supuso que era una de las peores cosas que se le podían decir a un posesivo hombre italiano.

—¿Por qué es tan importante para ti este acuerdo? —le preguntó ella de repente.

Se quedó callado un buen rato y pensó que no iba a contestar.

—Es importante porque quiero expiar las acciones de mi padre y crear mi propio negocio.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó ella con el ceño fruncido—. No fue culpa tuya que él fuera ese tipo de persona.

—No me refiero a eso —le dijo Gianni—. Mi abuelo fue el que estableció nuestro negocio familiar en Sicilia. Después de años de mucho trabajo, consiguió hacerse un hueco en el mercado continental y se fue a Roma. Quería crecer más desde allí. Era el orgullo y la alegría de mi abuelo. Pero mi padre ya entonces estaba involucrado con la Mafia siciliana y tenía también contactos en la capital. Cuando mi abuelo enfermó y le pasó el testigo a mi padre, este lo echó todo a

perder. Mantenía el negocio operativo, pero solo para usarlo como empresa pantalla y encubrir su actividad con la Mafia. Le partió el corazón a mi abuelo y yo estaba muy unido a él.

Se arrepintió de habérselo preguntado. No quería conocerlo mejor ni sentir empatía por él. Sobre todo después de lo que habían hecho la noche anterior.

—Fue entonces cuando decidí trabajar para conseguir lo que era el sueño de mi abuelo, crear una empresa familiar de la que todos pudiéramos estar orgullosos.

Trató de dejar que la historia de Gianni no le afectara.

—No somos tan diferentes, queremos cosas similares —le dijo ella —. Pero me estás pidiendo que renuncie a lo que siempre he querido para tú puedas conseguir tu sueño.

—Lo siento, pero no estoy dispuesto a perder esta oportunidad, Keelin.

Cada vez se sentía más perdida y desesperada.

—Veo que eres tan despiadado como pensaba.

A Gianni no parecían haberle molestado sus duras palabras.

—Nada me va a hacer cambiar de opinión —le dijo con firmeza mientras se le acercaba.

A pesar de la conversación que estaban teniendo, se le fueron los ojos a su torso desnudo. No era el momento para distraerse con su físico. Apartó los ojos y lo miró a la cara. Sabía que Gianni era consciente del efecto que tenía en ella y que lo estaba usando en su favor.

—¿De verdad quieres irte? ¿Poner fin a este matrimonio? —le preguntó él.

Keelin se sintió de repente como si le faltara el aire. No había esperado que le hiciera una oferta como esa. Y lo más sorprendente fue descubrir que no estaba segura, pero no podía dar su brazo a torcer. Recordó que se merecía ser libre y sabía lo que le convenía.

—Sí, por supuesto —le dijo con un hilo de voz.

Gianni la miró durante un buen rato con el ceño fruncido. Era como si estuviera tratando de tomar una difícil decisión.

—De acuerdo —repuso Gianni dando un paso atrás.

—¿Cómo? —susurró sin entender.

—Ya me has oído. No quiero que te sientas aislada ni atrapada aquí, Keelin. No soy un carcelero. No me gustó la idea de que tu padre te incluyera en el trato como si fueras una de sus propiedades —le confesó—. El caso es que, contra todo pronóstico, ha sucedido algo que no esperábamos. Hablo del deseo entre los dos…

Gianni se quedó callado como si esperara que ella fuera a negarlo, pero no lo hizo. No podía hacerlo.

—No puedo concederte el divorcio. Sabes muy bien por qué —le

dijo él—. Pero no soy masoquista. Me niego a vivir en un constante estado de guerra contigo solo porque no eres lo suficientemente madura como para admitir que me deseas ni para darle a este matrimonio una oportunidad.

—Eso no es… —comenzó ella con vehemencia.

Pero él levantó la mano para que no siguiera hablando.

—Ve a hacer la maleta. Te espero abajo dentro de media hora —le dijo Gianni con frialdad.

Keelin cerró la cremallera de su bolsa de viaje. No podía dejar de temblar. Se le había caído el alma a los pies cuando Gianni le dijo que hiciera la maleta. Lo peor de todo fue sentirse de nuevo abandonada. Le recordó a la sensación que tenía de niña, cada vez que hacía el equipaje para irse al internado.

Estaba dolida, no podía evitarlo.

Se sentó en la cama. No entendía lo que le estaba pasando ni por qué Gianni parecía tener tanto poder sobre ella como para hacerle daño. Tampoco comprendía por qué no estaba feliz al ver que iba a recuperar su libertad. Aunque no quisiera divorciarse, acababa de ofrecerle la oportunidad de vivir separados y haciendo cada uno su vida.

Pero no podía quitarse de la cabeza lo que había pasado la noche anterior. Habían sido dos corazones latiendo al unísono, compartiendo un momento de pasión increíble y una profunda conexión entre dos almas.

Se preguntó si Gianni tendría razón, si de verdad no estaba siendo madura y estaba actuando como la chica rebelde que había sido durante su adolescencia. Sentía que estaba tratando de librarse de ella, pero trató de calmarse y verlo de otra manera, como una oportunidad. La oportunidad de defenderse y pedir lo que quería.

Bajó las escaleras sintiéndose muy insegura y se le encogió el corazón al ver que ya la esperaba en el vestíbulo con las llaves en la mano. Había tenido la esperanza de que todo hubiera sido un farol.

Sin decir nada, tomó su bolsa de viaje y salió con ella. Fue directo al coche, metió el equipaje y le dio las llaves a ella. Frunció el ceño, no entendía nada.

—Ya te he dicho que no soy ningún carcelero, Keelin. Te vendrá bien acostumbrarte a conducir por la derecha y aprender a llevar un todoterreno.

Entró en el coche con un nudo en el estómago. La estaba tratando como si fuera un desconocido.

Comenzó a conducir con cuidado. Dieron una gran vuelta a la finca y pudo ver lo grande que era. Después, siguió las instrucciones de

Gianni y llegaron a un pueblo.

—Esta es la localidad más cercana a la casa, donde compramos lo básico. Además, tiene estación de tren —le explicó Gianni mientras le señalaba una plaza de aparcamiento vacía—. Déjalo allí.

Keelin hizo lo que le había pedido y apagó el motor. Estaba muy nerviosa.

Gianni se quitó el cinturón y se volvió hacia ella.

—Me encargué de que alguien trajera otro de mis coches para que pudiera volver ahora a casa —le dijo mientras miraba su reloj—. Sale un tren para Roma dentro de dos horas. Te dejo aquí para que decidas lo que quieres hacer. Puedes ser mi esposa sobre el papel y viviremos separados o puedes admitir la atracción que sientes por mí y tratar de averiguar si podemos sacar algo positivo de esta situación.

Se quedó mirándolo fijamente. Ya no había tiempo para más juegos. Era el final.

Gianni acarició su mejilla y se inclinó lo suficiente como para besarla, pero se detuvo en el último momento.

—Te deseo, Keelin, y quiero que te quedes, pero no te lo voy a suplicar.

Se apartó entonces de ella y salió del coche.

Se quedó mirando cómo cruzaba la calle e iba directo a un coche deportivo. Entró en él y se marchó sin siquiera mirar hacia donde estaba ella.

En ese momento se sintió más sola que nunca, más de lo que se había sentido cuando descubrió que estaba sola en la villa. Siguió durante mucho tiempo inmóvil dentro del coche. Estaba aturdida.

Al final, salió, paseó hasta una pequeña cafetería y se pidió un café. Contempló el movimiento de gente yendo y viniendo con bolsas de viaje.

Odiaba a Gianni por darle la oportunidad de elegir, pero sabía que tenía razón. Durante esas semanas, no había aceptado las consecuencias de sus propias acciones.

Sentía que todo se había ido a pique y lamentaba no haber conocido a Gianni de otra manera, sin haberse visto metida en el trato comercial entre las dos empresas.

Se quedó muy seria al darse cuenta de que podía por fin reconocer que odiaba las circunstancias en las que había conocido a ese hombre, pero no lo odiaba a él.

No lo odiaba en absoluto. De hecho, era el primer hombre que había conseguido atravesar los altos muros que había erigido a su alrededor sin ni siquiera mucho esfuerzo. Era la primera persona con la que había sido completamente sincera.

Se dio cuenta de que era tan reacia a hacer frente a sus propios deseos que habría preferido que Gianni la encerrara en esa villa. De

esa manera, no habría tenido que aceptar la responsabilidad de sus propios sentimientos y sus propios deseos.

El tren llegó en ese momento a la estación y todo el mundo fue hacia el andén. Todos menos ella.

No se movió. Recordó entonces que Gianni le había preguntado si no pensaba dejar nunca de luchar. Y ella le había dicho que no sabía cómo hacerlo.

Se sintió de repente muy cansada, llevaba demasiado tiempo luchando. Tratando de obtener cariño, atención y reconocimiento.

Gianni había sido lo suficientemente valiente como para admitir que quería que se quedara, pero también estaba dispuesto a dejarla ir. Saber que eso era así hacía casi imposible que quisiera irse.

Había buscado el cariño de su padre durante su infancia y la atención de cualquiera durante su adolescencia. Hasta esa terrible noche cuando por fin recobró el sentido y la autoestima.

Estaba en un momento de su vida en el que todo lo que había visto con claridad de repente le parecía borroso. Y lo único que veía claro era ese hombre, Gianni Delucca, y el deseo que había encendido dentro de ella. Se dio cuenta de que le había entregado algo más que su virginidad la noche anterior, había confiado en él y Gianni le había devuelto la inocencia que le quitaron aquellos chicos.

Una frágil llama de esperanza se encendió dentro de ella y pensó que quizás su matrimonio no fuera un callejón sin salida ni una pérdida de independencia.

«¿Y si le hago ver a Gianni que de verdad quiero darle una oportunidad a nuestro matrimonio?», se dijo.

Sonó de repente el silbato del tren y Keelin se estremeció.

Era el momento de la verdad. Podía subir al tren y seguir luchando o podía quedarse, volver a la casa y enfrentarse a Gianni y a ella misma. Sonrió al ver que el tren reemprendía la marcha.

Se dio cuenta de que no había tenido en sus manos ninguna decisión. En cuanto Gianni le demostró que iba a dejar que se fuera, ella eligió inconscientemente quedarse.

Cuando Gianni vio una nube de polvo en la carretera, sintió que soltaba de repente la tensión que lo había estado dominando. Sabía que el tren ya hacía quince minutos que había dejado la estación y, a pesar de su actitud optimista, había estado a punto de llamar al piloto de su helicóptero para ir a Roma y reunirse con ella allí. Había sido un riesgo darle la opción de irse. Pero cuando ella le dijo una vez más que aquello no era lo que quería, se había dado cuenta de que no era mejor que su padre si la obligaba a quedarse.

Era consciente de la difícil situación en la que O’Connor había

puesto a su hija y, aunque no estaba dispuesto a concederle el divorcio, sí quería que fuera decisión de Keelin el querer quedarse allí con él.

La verdadera Keelin O'Connor estaba resultando mucho más enigmática de lo que podría haber imaginado. Sabía que no iba a ser la dulce esposa maleable que había creído que iba a ser. Y, aun así, después de conocerla algo mejor, también tenía la inquietante certeza de que no la cambiaría por otra.

El todoterreno se acercaba a la casa y pudo distinguir el brillo rojo de su pelo y su pálido rostro. Otro tipo de tensión lo dominó entonces, una mucho más carnal, y decidió bajar a su encuentro.

La esperó en la puerta tratando de que su expresión fuera lo más neutral posible. No quería hacer nada que la hiciera irse corriendo de allí. Keelin lo miró muy seria mientras subía las escaleras.

—Lucia acaba de preparar la comida —le dijo mientras tomaba su bolsa de viaje—. ¿Tienes hambre?

—Sí, mucha —admitió Keelin.

Le tendió la mano, pero ella lo miró antes de aceptarla.

—Esta mañana me dijiste que también tú tenías algo que decirme, ¿qué era? —le preguntó ella.

Recordó entonces de qué se trataba. Había pensado sugerirle que no confundiera la intimidad física con la emocional, pero no había tardado en darse cuenta de que ella no se hacía ilusiones de que lo que habían compartido la noche anterior pudiera ser algo más. Era lo que había querido él y no entendía por qué no estaba más contento.

—Nada importante —le dijo.

Ella lo miró de nuevo y tomó después su mano. Gianni la apretó con fuerza sin pararse a analizar por qué se sentía tan feliz en ese momento y la llevó hasta el patio donde Lucia estaba terminando de poner la mesa para que pudieran disfrutar de una deliciosa comida.

No pararon de charlar durante el almuerzo, pero nadie habló de lo que había pasado esa mañana ni de la importancia que tenía que Keelin hubiera decidido regresar.

Capítulo 9

A dónde vamos?

Era por la tarde y Gianni conducía el todoterreno. Él la miró de reojo y después se concentró en la carretera.

—Pensé que estaría bien salir un rato y enseñarte esta zona de la región.

Keelin se relajó en su asiento, no le importaba no saber a dónde iban. Desde que regresara a la villa, tenía la sensación de haberse quitado un peso de encima.

Se había puesto un sencillo y veraniego vestido. Era muy agradable sentir el sol de Umbría en la piel y el olor de la hierba y las flores era embriagador. Estaba disfrutando mucho.

Él llevaba unos vaqueros viejos y una camiseta. Le encantaba verlo con un atuendo tan informal y relajado. No podía dejar de mirarlo de vez en cuando, sorprendida aún por la fuerza de la atracción que sentía por él.

—¿Dónde está tu anillo de compromiso? —le preguntó de repente Gianni.

Se sonrojó al oírlo y se sintió muy culpable. Solo llevaba la alianza.

—Está en la casa. Me… Se me ha olvidado ponérmelo.

Gianni la miró con los ojos entrecerrados.

—En realidad ese anillo no va contigo, ¿verdad?

—La verdad es que no —respondió ella emocionada al ver que se había dado cuenta.

—Te compraré otro —le prometió Gianni.

—No, no pasa nada, me basta con la alianza —le dijo deprisa.

En realidad, no sabía si estaba preparada para que ese hombre le diera un anillo que de verdad le gustara.

—Eso sí que es raro, una mujer que no quiere joyas —comentó Gianni frunciendo el ceño.

Pero tomó su mano, se la llevó a la boca y besó con ternura su dorso.

—Nunca había conocido a una mujer como tú, Keelin O’Connor Delucca.

Se quedó sin aliento al oír juntos sus apellidos y le sorprendió que ese sonido no le repugnara en absoluto.

Unas horas más tarde, Keelin jadeaba y resoplaba mientras seguía a Gianni calle arriba. Estaban en la bella localidad de Montefalco, un pueblo enclavado en lo alto de una montaña. Cuando por fin se detuvieron, vio que habían llegado a una bonita plaza.

—¿Estás bien? —le preguntó Gianni dándose la vuelta para mirarla.

—Sí, estoy bien —repuso ella.

Gianni tomó su mano mientras cruzaban la plaza.

—Vamos a cenar aquí.

Habían pasado la tarde visitando ese pueblo y viendo impresionantes iglesias medievales. Gianni le había dicho que a ese sitio lo conocían como «el balcón de Umbría» por sus espectaculares vistas.

Llegaron al pequeño restaurante que había en la plaza. Un hombre salió a recibirlos y saludó a Gianni efusivamente. Hablaron durante un rato en italiano y después los acompañó a una mesa donde estaban apartados del resto de la gente, pero con unas maravillosas vistas.

—¿Te importa que pida por ti? Hay algunas especialidades que me gustaría que probaras —le dijo Gianni.

Se encogió de hombros. Ese Gianni tan encantador le gustaba más de lo que quería admitir.

—Me podría comer cualquier cosa —le dijo ella—. Bueno, cualquier cosa menos caracoles.

Levantó la vista y se dio cuenta de que Gianni la miraba fijamente.

—¿Qué pasa? ¿Tengo algo en la cara? —le preguntó algo avergonzada.

—No tienes ni idea de lo guapa que eres, ¿verdad? —respondió él —. No llevas ni una gota de maquillaje y, aun así, eres más bella que ninguna otra mujer.

—No hace falta que… —comenzó ella sonrojándose.

—Sí hace falta —le dijo—. Eres preciosa.

No estaba acostumbrada a recibir halagos. A su madre nunca le había gustado su aspecto y se empeñaba en repetirle una y otra vez que a ningún hombre le iba a gustar que no se arreglara.

—Bueno… Gracias —le dijo algo incómoda—. Tú tampoco estás nada mal.

Gianni se llevó una mano al pecho con teatralidad.

—Creo que es la primera vez que me dices algo agradable.

—Como si necesitaras que te lo dijeran.

—Todos los hombres queremos que nos digan esas cosas, por seguros que parezcamos.

El camarero apareció con dos copas de vino blanco.

—¿Por qué quieres brindar? —preguntó Gianni levantando su copa.

Sintió que se le encogía algo en el pecho.

—Por el presente —respondió levantando también su vino.

Gianni la miró con un brillo especial en sus ojos negros. Le daba la impresión de que sabía por qué había decidido regresar a la villa.

—Por nosotros, Keelin —añadió él.

Probó el vino sin dejar de mirarlo. Durante toda la tarde, Gianni no había dejado de tocarla cada vez que tenía la oportunidad. Dándole la mano, acariciando su espalda mientras caminaban, protegiéndola de los grupos de turistas con los que se cruzaban…

Se le pasó por la cabeza que tal vez la estuviera tratando tan bien para conseguir que se convirtiera en la esposa maleable que quería, pero no le parecía posible.

El vino consiguió relajarla y dejó que Gianni, como había hecho antes, llevara el peso de la conversación. No le pareció casual que terminaran hablando de todas las cosas que tenían en común.

—Tú misma lo dijiste antes —le dijo él después de un tiempo—. La verdad es que no somos tan diferentes.

No le gustó que le recordara aquella conversación, pero no podía enfadarse con él. La cena había sido deliciosa, el día perfecto y tenía frente a ella al hombre más apuesto del mundo.

No podía controlar el deseo que se despertaba en su interior cuando estaba con él. Solo esperaba que él no fuera consciente de esa necesidad que provocaba en ella.

El camarero los interrumpió en ese momento y les preguntó si querían postre. Keelin negó con la cabeza.

—He comido demasiado.

Gianni pidió cafés para los dos y ella aprovechó para cambiar de tema.

—¿Por qué decidiste comprar una casa aquí? —le preguntó.

—Por mi abuelo. Cuando se trasladó a Roma visitaba con frecuencia esta zona para aprender más sobre la comida y el vino de Umbría. Me trajo varias veces y aprendí mucho con él. Era un buen maestro. Su hijo no estaba interesado en su pasión, pero yo sí.

Keelin se sintió muy mal por él. No podía evitarlo.

—Y tuvisteis que ver cómo tu padre lo tiraba todo por la borda. Supongo que sería muy duro.

Gianni se encogió de hombros. Sus ojos no expresaban lo que sentía.

—Solo lamento que mi *nonno* ya no viva para ver los frutos de su trabajo. Murió cuando yo tenía once años.

Se dio cuenta de que era la misma edad que había tenido ella cuando se dio cuenta de que no iba a poder formar parte del negocio de su familia.

—Sé que habría estado muy orgulloso de ti —le dijo con emoción.

—¿Y tú? —le preguntó Gianni—. Además de quererle demostrar a tu padre lo que vales, ¿cuándo te diste cuenta de que querías trabajar en la empresa familiar?

Se sintió como si estuviera pidiéndole que desnudara su alma, pero al final le contó que le había fascinado el negocio desde pequeña, cuando le dijo a su abuelo que quería trabajar allí cuando creciera.

—Por desgracia, mi abuelo no era como el tuyo y no pensaba que sirviera de nada mostrarme los entresijos de la empresa. Me dijo directamente que habría sido distinto si hubiera nacido varón.

Era algo de lo que nunca había hablado con nadie, pero no le importó contárselo. Además, Gianni sabía mejor que nadie lo lejos que estaba dispuesta a llegar para luchar por su independencia.

—Me habría encantado dejar el colegio y ponerme a trabajar desde los puestos más bajos y sin cobrar nada. Solo para aprender. Solía ir a todas las reuniones que tenía mi padre hasta que me lo prohibió.

—¿Qué aspecto de la empresa es el que más te interesa?

El corazón comenzó a latirle con fuerza. Lo miró con suspicacia, pero parecía interesado de verdad.

—Me gustaría sobre todo innovar, analizar el mercado, ver lo que otras empresas están haciendo y tratar de destacar. Creo que esa es la clave de la longevidad y el éxito de una empresa.

—Estoy de acuerdo —le dijo Gianni asintiendo—. Y creo que Alimentos O'Connor tiene un defecto en ese aspecto. ¿No se lo mencionaste nunca a tu padre?

—Un montón de veces, pero nunca me ha hecho caso —repuso mientras sonreía con amargura—. Mi padre heredó de mi abuelo sus prejuicios. Supongo que me habría escuchado si hubiera sido un hombre.

Gianni fue el primer sorprendido ante la ira que sintió dentro de él al oír a Keelin. No le costaba imaginarla de pequeña, con esos ojos llenos de tristeza al verse defraudada por sus padres una y otra vez.

—Yo nunca impediría que mi hija hiciera lo que quisiera —le dijo de repente con firmeza.

Keelin parecía tan sorprendida por su vehemencia como él mismo.

—Me alegro, porque ninguna chica debería sentir nunca que algo está fuera de su alcance —repuso Keelin.

Algo ocurrió entre ellos entonces, una especie de pacto.

Bajó la mirada y se fijó en el dedo anular de Keelin. Se puso de pie bruscamente y dejó unos cuantos billetes en la mesa.

—Ven, quiero llevarte a un sitio —le dijo Gianni.

—¿Cuál te gusta?

Eso era precisamente lo que Keelin había temido. Estaban en una joyería y había varias bandejas de anillos delante de ella. Todos eran exquisitos y mucho más sencillos que el ostentoso diamante que le había comprado él cuando se conocieron.

—Gianni, no tienes que hacer esto. No hace falta, ya tengo un anillo.

—Keelin, no nos vamos a ir hasta que elijas uno.

Se dio cuenta de que hablaba en serio. Era un hombre testarudo.

—Eres muy mandón.

La verdad era que había un anillo que la había cautivado en cuanto lo vio. Se fijó de nuevo en él y Gianni vio cuál era el que estaba admirando.

—¿Este? —le preguntó con incredulidad mientras tomaba el anillo.

—Sé que no es especialmente llamativo, pero me gusta. Es muy sencillo, pero precioso.

La dependienta se aclaró la garganta y lo miró a él algo ofendida.

—Su esposa tiene un gusto impecable, señor Delucca. Este anillo es de la época art déco y es una pieza exquisita con esta sencilla esmeralda de talla *baguette* y dos diamantes más pequeños a cada lado.

Gianni tomó la mano de Keelin y, antes de que pudiera detenerlo, le puso el anillo junto a la alianza. El corazón le dio un vuelco. Quedaban muy bien juntos.

—Es demasiado grande —dijo ella casi con alivio.

La dependienta les aseguró que podían adaptárselo en un par de días. Keelin se lo quitó y se lo devolvió a la mujer. Estaba luchando por controlar las emociones que se agolpaban en su interior. Aunque fuera un pensamiento absurdo, le apenaba que Gianni no fuera a regalarle ese anillo por amor.

Le parecía increíble que hubiera sido esa misma mañana cuando él le dio la opción de irse.

Sintió de repente claustrofobia y se levantó. Le dijo a Gianni que necesitaba que le diera el aire y salió de la tienda. No entendía lo que le estaba pasando ni por qué estaba pensando en un sentimiento que nunca había formado parte de ese acuerdo matrimonial.

Se metió en una pequeña tienda al otro lado de la calle y se compró una botella de agua. Hacía mucho calor ese día y pensó que eso era lo que le había pasado. El calor le había provocado ideas delirantes.

Vio a Gianni saliendo de la joyería. Se detuvo para mirar a uno y otro lado.

Unos segundos después, Gianni frunció el ceño con impaciencia y se dio cuenta de que no estaba enamorada de él, solo lo deseaba. Eso era todo. Le había comprado un anillo sí, pero solo porque sabía que el otro no le gustaba y no iba a ponérselo.

Salió de su escondite y vio que Gianni se relajaba al verla. Se acercó a ella y la abrazó con fuerza.

—¿Y ahora qué? —le preguntó ella fingiendo indiferencia.

En realidad, acababa de sufrir un leve ataque de pánico al pensar que podía haberse enamorado de ese hombre, pero eso no iba a

decírselo.

Vio que Gianni tenía la mirada fija en su boca. Inclinó la cabeza y la besó.

No pudo evitar estremecerse.

Gianni se echó hacia atrás y vio en sus ojos el mismo deseo que sentía ella.

—Ahora solo puedo pensar en estar en un sitio y no me refiero precisamente a una calle llena de gente —respondió Gianni con voz sugerente.

Mucho más tarde esa noche, Keelin yacía sobre el torso de Gianni mientras él le acariciaba la espalda desnuda. Aún estaban empapados en sudor.

Keelin tenía una sensación de felicidad que le parecía muy peligrosa porque sabía que estaba así gracias a ese hombre.

Aunque no hablaban, sabía que aún estaba despierto, podía sentirlo.

Llevaba tiempo queriendo hacerle una pregunta y pensó que ese era el momento, en la oscuridad y sin tener que mirarlo a los ojos.

—Gianni —susurró—. ¿Por qué no terminaste en la Mafia como tu padre? ¿Cómo conseguiste evitarlo?

Pudo sentir cómo se tensaba su cuerpo y lamentó haber dicho nada.

—Perdona, no debería haberte hecho esa pregunta —se apresuró a añadir.

Se quedó callado durante tanto tiempo que pensó que se había pasado de la raya y no le iba a contestar, pero al final lo hizo.

—Nunca quise tener nada que ver con la Mafia porque vi cuánto sufrió mi madre, que vivía en un estado de miedo constante. Mi abuelo se enfrentó una vez a los secuaces de mi padre y le dieron una paliza —le dijo Gianni—. Y mi padre no hizo nada por evitarlo.

Keelin levantó la cabeza de nuevo.

—Gianni…

—Para mí ese mundo no tenía nada de glamuroso ni emocionante. Ahora me he dado cuenta de que mi padre nunca quiso tenerme cerca de sus actividades. Yo tampoco le mostré interés, pero es verdad que trató de que pasara más tiempo con mi abuelo que con él —continuó Gianni—. Y creo que, cuando murió *nonno*, mi padre se esforzó aún más en hacerme la vida imposible y conseguir que lo despreciara.

—Puede que lo hiciera a propósito para que no siguieras sus pasos, ¿no? A lo mejor él estaba atrapado en ese mundo y no quería el mismo futuro para ti.

Gianni no respondió. Se le encogió el corazón al imaginar a ese Gianni adolescente, tan orgulloso y honrado, protegiendo a su madre y comprometiéndose a no ser nunca como su padre.

—Me da miedo haber heredado su violencia, tenerla dentro de mí, que llegue a salir algún día y no ser capaz de controlarla —le confesó entonces Gianni.

Al oír sus palabras, se incorporó para mirarlo a los ojos.

—Tú no podrías hacer daño ni a una mosca —le aseguró ella con firmeza.

—Apenas me conoces —le recordó Gianni con una sonrisa cínica.

—Lo suficiente para saber que tú no harías daño a nadie. La violencia no se hereda. De hecho, tú eres más consciente de lo que genera la violencia que cualquier otra persona porque tuviste que crecer con ello.

Gianni se movió entonces, demostrándole que era mucho más fuerte que ella, y se colocó encima.

Keelin se abrazó a su cuello. Le sorprendía la cantidad de intensas emociones que ese hombre despertaba dentro de ella.

—No me asustas —le susurró.

Gianni negó con la cabeza. Creía que Keelin no lo conocía lo suficiente para asegurar algo así, pero no pudo evitar que sus palabras lo llenaran de esperanza.

Lo que le había contado sobre su padre, cómo siempre se había asegurado de que él no tuviera nada que ver con sus actividades, era algo de lo que no había sido consciente hasta hacía muy poco tiempo.

En ese momento, se sentía muy vulnerable y, cuando Keelin lo besó, se dejó llevar como un hombre hambriento. Prefería no pensar en lo que acababa de confesarle, dejó esos pensamientos enterrados en lo más profundo de su ser, pero no podía olvidar que Keelin había conseguido calmar una parte de él que, hasta ese momento, no había compartido nunca con nadie.

Llegó el final de su semana de luna de miel y Gianni seguía allí, sin hacer planes para volver a Roma, aunque sabía que tenía que hacerlo. Pero la tentación de quedarse y continuar disfrutando con su esposa era una fuerza mucho más poderosa que sus obligaciones empresariales.

Miró a Keelin, estaba dormida y agotada después de una noche de pasión. Maldijo entre dientes.

Había decidido usar esa semana para centrarse en su nueva esposa y conseguir que tuviera una sensación de seguridad en ese matrimonio. También había sido su intención llegar a conocerla. Pero le preocupaba darse cuenta de que no quería dejarla allí y volver al trabajo.

Era casi como si tuviera la sensación de que, al irse de ese lugar, se fuera a romper algo que le parecía aún muy frágil. Por otro lado, no

terminaba de entender por qué estaba disfrutando tanto con esa idílica vida doméstica cuando era algo que nunca se había planteado.

El personal de servicio había regresado a la villa después de la semana de descanso y el sitio había reanudado su actividad habitual. Cuando no estaba con Keelin, se distraía con las cosas que necesitaba hacer allí.

Uno de sus planes, por ejemplo, consistía en plantar vides en una zona de la finca y hacía muy poco tiempo que había decidido construir además un establo.

Acababa de hablar de ello con su amigo Gio Corretti, que le había asesorado sobre un tema del que sabía más que nadie. Había sentido que algo se encogía dentro de él al oír las risas y gritos de los niños de Gio mientras hablaba con su amigo. Era la primera vez que sentía algo así.

No le había hablado a Keelin de sus planes. La decisión que había tomado hacía que se sintiera un poco expuesto, aunque trataba de convencerse de que no iba a construir un establo porque a ella le gustaran los caballos.

Pero aún recordaba la alegría que le había trasmitido ella una tarde, cuando usaron durante horas los caballos de un establo del pueblo para salir a montar. Había tenido que sacarla de allí a rastras, pero la verdad era que había disfrutado mucho viendo a una Keelin que por fin sonreía de verdad. Le había recordado a la joven de la foto que había visto en el despacho de su padre.

Se dijo que lo estaba haciendo para que ella se sintiera como en casa. Nada más.

Frunció el ceño. No sabía dónde estaba en esos momentos. Salió de su estudio y la buscó por toda la casa.

La encontró en el pequeño jardín que había junto a la cocina, estaba plantando hierbas con Lucia.

Las dos mujeres estaban de espaldas a él y se quedó observándolas unos minutos.

—*Buondìa, buongiorno, buonanotte…* —estaba diciendo Keelin con mucho esfuerzo.

—*Bene, molto bene* —repuso Lucia sonriendo.

Keelin también sonrió.

—*Grazie mile.*

Se le encogió el corazón al ver que estaba tratando de aprender italiano y se sintió como si la tierra se estuviera moviendo bajo sus pies.

Como si hubiera presentido su presencia, Keelin se dio la vuelta y le sonrió. Muy a su pesar, volvió a tener esa sensación de presión en su pecho.

Keelin se levantó y se le fueron los ojos a sus largas piernas. Llevaba

unos pantalones cortos y una blusa sin mangas que acentuaban sus curvas. Se había puesto un sombrero de paja para proteger su delicada piel del sol, pero esta ya había empezado a broncearse ligeramente y le habían salido más pecas en sus mejillas.

Tuvo el deseo en ese instante de no irse nunca de allí. Quería abrazarla, descansar la cabeza en su pecho y disfrutar de la sensación de paz y seguridad que le daba esa mujer. Sensaciones que no había tenido nunca.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó Keelin deteniéndose frente a él.

Tomó su mano y la llevó sin decirle nada al dormitorio. Para cuando pudo por fin cerrar la puerta tras él, ya estaban besándose apasionadamente mientras se desnudaban el uno al otro. No tardaron en caer sobre la cama. Fue increíble sentirse de nuevo dentro de ella.

Necesitaba a esa mujer y necesitaba tener esos momentos de absoluta pasión para no pensar y no tener que oír las voces en su cabeza que querían saber qué demonios estaba pasando entre ellos dos.

A la mañana siguiente, Gianni se levantó y dejó a Keelin durmiendo en la cama. Aunque su cuerpo estaba saciado y cansado, no podía dormir.

Salió del dormitorio y fue directo a su estudio. Lo recibió la luz del teléfono sobre la mesa. Tenía mensajes pendientes. Antes de escucharlos, se sentó en el sillón y sacó la cajita de terciopelo que le habían entregado el día anterior. La abrió y se quedó mirando el anillo que había elegido Keelin en la joyería de Montefalco. No podía creer que hubiera sido tan descuidado al elegir el primer anillo, uno que no tenía nada que ver con ella, una mujer que lo había sorprendido por su estilo y elegancia.

Aun no se lo había dado, algo le impedía hacerlo. No podía dárselo sin sentir que ese anillo tenía un significado que le costaba admitir.

Suspiró y volvió a guardar el anillo en el cajón. Después, descolgó el teléfono para escuchar los mensajes. Mientras lo hacía, sintió que su mundo dejaba de girar y retumbaron en su cabeza los pensamientos y sentimientos que había estado teniendo hacía solo unos minutos.

Colgó el teléfono, estaba conmocionado. Solo podía pensar en lo traicionado que se sentía y en la mujer que seguía dormida en su cama, una mujer que se había entregado a él para hacerle creer que era inocente hasta la médula. Pero acababa de darse cuenta de que no era así. Una de las cosas más importantes que le había enseñado su padre era que solo podía confiar en sí mismo. En el mundo de la Mafia, todos sabían que incluso el hermano de uno podía dispararle

por la espalda en cualquier momento.

Había creído en la pureza de su sonrisa desde que viera su foto en el despacho de O'Connor. Creía que se había comportado como un tonto y acababa de descubrir que podía perderlo todo. Ella había jugado con él desde el principio, distrayéndolo y seduciéndolo para que no fuera consciente de lo que estaba pasando. Keelin le había confesado que haría cualquier cosa para demostrar a su padre que era una hija leal y lo había conseguido, confundiéndolo de tal manera que había estado perdido durante esos últimos días.

Tomó el teléfono para hacer una llamada. Tenía que tomar las riendas cuanto antes.

Estaba furioso, apenas podía controlar la ira extendiéndose por todo su cuerpo.

—Prepara el helicóptero y diles que voy de camino —ordenó con voz firme y fría como el hielo.

Cuando Keelin se despertó, tuvo una extraña sensación de *déjà vu*. Oyó un ruido que le resultó muy familiar. Entreabrió los ojos y se estiró en la cama. Estaba completamente desnuda y feliz.

Recordó entonces algunos de los momentos de pasión que había compartido con Gianni la noche anterior. Había sido muy excitante que él tomara su mano y la llevara escaleras arriba hasta su cuarto para hacerle el amor. Había conseguido llevarla tantas veces a las cotas más altas de placer que al final había tenido que suplicarle que parara y dejara de torturarla. Después, se había quedado dormida entre sus brazos…

Frunció el ceño al oír de nuevo el mismo ruido. Cada vez era más fuerte.

«Es el helicóptero», se dijo.

Se quedó helada, le costaba creer que Gianni pudiera hacerle algo así de nuevo. Se levantó deprisa y se puso unos pantalones cortos y una camiseta. Corrió escaleras abajo y salió de la casa. Justo en ese momento el helicóptero se elevaba sobre la finca.

Vio que había dos personas a bordo y no le costó reconocer a una de ellas. Era su marido. No pudo evitar sentir algo de pánico, temiendo que hubiera pasado algo malo.

Pero Gianni no miró hacia abajo, no trató de despedirse de ella. Vio que tenía la vista perdida en el horizonte y le dio muy mala espina. Había vuelto a irse sin siquiera despedirse. Pero esa vez era distinta, no habían discutido, creía que no había ninguna razón para que se marchara de ese modo.

Volvió a entrar y fue al estudio de Gianni para ver si le había dejado una nota, pero no había nada. Tampoco la había dejado en el

dormitorio.

Al menos esa vez no iba a estar sola, pero seguía sintiéndose abandonada, no podía evitarlo.

Pasaron las horas y Gianni seguía sin dar señales de vida. Cada vez estaba más preocupada.

Sonrió con valentía mientras Lucia le servía la comida y practicó con ella el poco italiano que le había enseñado. Se sentía muy estúpida. Durante los últimos días, había estado engañándose a sí misma, pensando que esas semanas eran de verdad el comienzo de una nueva vida, una que podía vivir junto a él. Pero esa maravillosa villa en el campo no era más que una burbuja. Lamentó haber olvidado que el mundo real seguía existiendo más allá de esas paredes, que lo que había compartido con él había sido solo un espejismo.

Empezaba a sospechar y temer que Gianni se había limitado a seducirla durante ese tiempo para tratar de hacerle creer que podía llegar a ser feliz en su papel de esposa leal y dócil.

Cuando se hizo de noche, le quedó muy claro que Gianni ya había dado por hecho su trabajo allí. Creía que ella ya se sentía segura en ese nuevo papel como señora Delucca y que no iba a tener que seguir preocupándose por ella ni pasar tiempo a su lado.

Había resistido durante horas la tentación de llamarlo. Creía que era Gianni el que debía hacerlo para darle una explicación. No pudo evitar sentir de nuevo la misma sensación de miedo y pánico que había tenido a menudo durante su infancia. Una vez más, volvía a ser ignorada.

Pero ya no era una niña incapaz de defenderse.

Antes de que Lucia se acostara, consiguió comunicarse con ella lo suficiente como para preguntarle a qué hora salía, al día siguiente, el primer tren con destino a Roma.

No pensaba dejar que Gianni se saliera con la suya, no iba a quedarse allí a esperarlo. Estaba furiosa, la ira era lo que la estaba sosteniendo. Pero esa noche, cuando se metió bajo el agua para darse una ducha caliente, rompió de repente a llorar y ella fue la primera en sorprenderse ante la fuerza de su llanto.

Pasó así mucho tiempo, desahogándose.

Cuando salió de la ducha y se miró en el espejo, se sintió conmocionada al ver sus ojos hinchados. Tenía por fin que reconocer lo que había tratado de ignorar. Algo de lo que había sido consciente, sin querer admitirlo, desde su visita a Montefalco.

Le había pasado lo peor que le podía ocurrir, se había enamorado de su marido. Se había enamorado de un hombre que nunca iba a corresponderla. Lo que había hecho ese día se lo estaba dejando muy claro.

Después de todo lo que le había pasado, no parecía haber aprendido

nada. Había dejado que ese hombre rompiera las barreras que había construido a su alrededor durante años. Un hombre que había estado jugando con ella, demostrándole que estaba a su merced, que la había utilizado para conseguir lo que quería.

Nunca había conocido a nadie tan cínico como él.

Durante la última semana, había seducido su cuerpo y también su corazón. Y eso hacía que el dolor de sentirse abandonada de nuevo fuera aún más intenso.

No podía creer que fuera una mujer tan patética como para haberse enamorado de un hombre que nunca le había indicado que pudiera llegar a amarla. Tenía que reconocer que había sido muy sincero desde el principio. Creía que, si alguien tenía la culpa de lo que le había pasado, era ella.

Pero sabía lo que tenía que hacer. Pensaba que había llegado el momento de poner fin a esa farsa de una vez por todas. Y si para eso iba a tener que sacrificar sus deseos más profundos, lo haría de todos modos para poder después seguir adelante con su vida.

Porque sabía que no merecía la pena vivir amando a alguien que no iba a corresponderla nunca. Era la lección más importante que había aprendido durante los primeros años de su vida y no pensaba volver a pasar de nuevo por ello.

Capítulo 10

Cuando Keelin llegó a la estación de Roma y salió del tren estaba muerta de calor, sudando y seguía enfadada. Pero respiró profundamente y trató de calmarse. No iba a dejar que Gianni supiera cuánto daño le había hecho.

Fue directa a un taxi y le dio al conductor la dirección del edificio de Gianni, donde tenía sus oficinas.

Entró con paso firme cuando llegó y fue hasta el ascensor privado. El portero, Lorenzo, la reconoció al instante.

—*Signora* Delucca, ¿quiere que le diga a su marido que está aquí?

Keelin estaba muy nerviosa, no podía evitarlo.

—¿Está en su despacho?

El hombre asintió con la cabeza.

—Eso creo.

—Pues sí, avíselo, por favor —repuso ella forzando una sonrisa.

Se abrieron las puertas del ascensor y entró con piernas temblorosas. Y, aunque había aire acondicionado allí, le sudaban las palmas de las manos por culpa de los nervios.

El ascensor se detuvo y, cuando las puertas se abrieron, se encontró con Gianni. La esperaba con los brazos en jarras y una expresión muy dura en su cara.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Le sorprendió tanto verlo enfadado que se quedó con la boca abierta. No entendía nada. Creía que era ella la que tenía derecho a estarlo.

—¿No te dije que no quería que volvieras a dejarme sola? Te fuiste sin decirme nada —le reprochó ella.

—No me aburras con tu triste historia, Keelin. No tengo tiempo para esto.

Estaba indignada. No entendía nada. Las puertas del ascensor se empezaron a cerrar y tuvo que sujetarlas con las manos.

—¿Qué acabas de decir?

—Ya me has oído —repuso Gianni con frialdad—. No quiero hablar contigo. Vuélvete a Umbría o vete al infierno. Haz lo que quieras, no me importa. Pero no pienses que voy a perder el tiempo lidiando contigo.

Gianni dio un paso atrás y se dio la vuelta para irse.

Las puertas del ascensor empezaron a cerrarse de nuevo y ella salió

deprisa, yendo tras él por el pasillo. Estaba conmocionada. No entendía cómo podía hablarle como lo había hecho.

—¿Qué demonios significa eso? ¡No fui yo la que se fue en helicóptero al amanecer y sin despedirse!

Gianni se dio la vuelta y se dio cuenta entonces de que no se había afeitado y tenía la ropa muy arrugada.

—¡Maldita seas, O'Connor! Si quieres hacer esto ahora, lo haremos —replicó de mala gana mientras la tomaba por el brazo y la llevaba así hasta su despacho.

Cada vez estaba más confusa. No entendía que le hablara de esa manera. Era como si la odiara.

La soltó y se cruzó de brazos.

—Bueno —comenzó él—. Dime, ¿cuánto sabías?

Se sentía cada vez más perdida.

—¿Cuánto sabía de qué?

Gianni sacudió la cabeza mientras reía con amargura.

—Me he estado preguntando si te daría por hacerte la tonta o si ibas a reírte en mi cara —le dijo él.

—No sé de qué estás hablando. De verdad, no tengo ni idea.

Gianni se acercó a su mesa y tomó un periódico. Se lo tiró desde donde estaba y cayó justo a sus pies. Atrajeron su atención unas palabras mientras se agachaba para recogerlo. *Alimentos O'Connor se declara en suspensión de pagos,* decía el titular principal.

Miró el artículo por encima. Al parecer, la empresa llevaba varios meses luchando para evitar ese final y por eso había tratado de salvarse mediante la fusión con otras empresas. El periodista se preguntaba si su más reciente socio, Delucca Emporium, podría sobrevivir a la caída de la multinacional o si se vería arrastrado por el fracaso de Alimentos O'Connor. Los expertos creían que no podría superarlo.

Lo entendió de repente todo. Recordó lo pálido que se había puesto su padre cuando llegaba la hora de la boda y Gianni aún no había aparecido. Después de lo que acababa de leer, no le extrañó. Levantó la vista hacia su marido. La miraba como si no la conociera, con auténtico odio.

—Por eso te fuiste tan de repente… —susurró ella.

Gianni aplaudió lentamente.

—*Brava.* Cada vez se te da mejor actuar.

No podía creer que le hablara de esa manera, con tanto sarcasmo en sus palabras.

—No sabía nada de esto, Gianni. No pensarás que lo sabía, ¿verdad?

Pero se dio cuenta de que era una pregunta retórica.

—Bueno, me has estado engañando desde que nos conocimos, ¿qué quieres que piense de ti? Ahora por fin sé qué era lo que te traías

entre manos.

Abrió la boca para defenderse de nuevo, pero él la interrumpió.

—No malgastes tu aliento tratando de darme explicaciones. La respuesta es sí, creo que lo sabías. Tu padre ha admitido que tu papel fue crucial, que organizó este matrimonio de conveniencia para que, cuando él se hundiera, me viera obligado a intervenir y tratar de salvarlo ahora que somos familia. No deja de maravillarme hasta qué punto estabais compinchados para engañarme. Él sabía que su empresa estaba a punto de hundirse por completo y que tu lealtad no tenía límites. No puedo creer que me hicieras ver que os llevabais mal, que no había relación alguna entre vosotros.

Le parecía muy injusto que la atacara de esa manera.

—¡No estaba compinchada con mi padre, todo lo contrario! Lo que te conté era verdad, no quería casarme contigo —protestó ella.

Era duro darse cuenta de hasta qué punto su padre los había manipulado a los dos y era peor aún ver el asco con el que Gianni la miraba en esos momentos.

—No sigas —la interrumpió él levantando una mano—. No quiero saber nada más. Hemos terminado, Keelin. ¿Ese divorcio que tanto querías? Es todo tuyo. Ahora, vete de aquí. No quiero volver a verte.

Gianni no sintió nada mientras veía la perplejidad con la que lo miraba Keelin. Estaba muy pálida, era como si hubiera perdido de repente el tono dorado que había adquirido durante la última semana en Umbría.

Se le pasó por la cabeza que quizás se estuviera precipitando, pero no quería pensar en ello. Creía que Keelin había estado engañándolo desde el primer día, tratando de entretenerlo para que no llegara nunca a sospechar de la situación en la que estaba Alimentos O'Connor.

Pero le bastaba con tenerla delante para sentir que se descongelaba el hielo que recorría sus venas. Apretó con frustración los puños.

No entendía por qué seguía ahí, por qué no se iba. Sintió algo muy violento creciendo dentro de él, algo terrible y salvaje, algo que no podía controlar.

—¡Fuera de aquí, Keelin!

Sus palabras consiguieron por fin hacerla reaccionar. Abrió la boca como si quisiera decir algo más.

Y él, al ver que seguía sin moverse, fue hacia ella movido por una ira que lo dominaba por completo. Creía que estaba así por haber sido traicionado en los negocios, pero sabía que esa ira provenía de una traición mucho más personal.

Keelin palideció aún más, pero después levantó la cara hacia él con

calma.

—Ya te dije que no me das miedo. No eres como tu padre, Gianni.

Se volvió entonces y se fue. Gianni vio su reflejo en un espejo de su despacho. Por un momento, casi no se reconoció, tenía el rostro retorcido en una mueca que lo transformaba por completo. Se miró las manos y vio que estaba temblando.

No entendía por qué Keelin le había dicho algo así. Pensó que quizás hubiera visto en su rostro la violencia que temía haber heredado de su padre.

Maldijo entre dientes. Creía que esa mujer sabía demasiado, lo conocía demasiado bien. Y había conseguido distraerlo y engañarlo hasta el final.

Tres semanas más tarde

—El señor Delucca está ocupado. No quiere que nadie lo moleste.

Keelin trató de mantener la calma, pero el personal de Gianni no se lo estaba poniendo fácil. Estaba claro que no era bienvenida. Ese día ni siquiera había conseguido llegar al ascensor sin que alguien la detuviera. Supuso que su marido les habría dado instrucciones muy claras para que no la dejaran pasar.

Se dio cuenta de que Lorenzo, el portero, no estaba en su puesto. Se preguntó si lo habría despedido por dejarla entrar la última vez que estuvo allí. Viendo el humor en el que había estado Gianni ese día, no le habría extrañado que lo hiciera.

—De acuerdo, lo esperaré.

La eficiente y elegante recepcionista frunció el ceño.

—Señorita O'Connor, no creo que sea buena idea que…

Keelin estaba cada vez más enfadada.

—Soy la *signora* Delucca. Al menos por ahora —repuso ella—. Y ya le he dicho que voy a esperar aquí hasta que pueda recibirme. *Grazie*.

Se sentó en uno de los sillones que había junto a la mesa de la recepcionista y colocó las manos sobre su maletín de cuero. Sabía que iba a ser difícil ver a Gianni de nuevo, pero estaba decidida a hacerlo.

Acababa de volar a Roma desde Dublín y se había vestido como si tuviera una entrevista de trabajo. Llevaba un sobrio traje gris y zapatos negros. Se había recogido la melena en un moño.

Keelin oyó cómo la recepcionista hablaba en voz baja por teléfono. Supuso que le estaría describiendo la situación a Gianni.

Durante esas últimas semanas, no había dejado de pensar en él y en todo lo que habían compartido juntos. Por otro lado, cada vez estaba más enfadada con Gianni.

Entendía que él lo estuviera. Pero, por otro lado, tampoco tenía

pruebas para acusarla como lo había hecho. No entendía por qué estaba tan seguro de que había formado parte de las maquinaciones de su padre.

Le había decepcionado mucho que tuviera tan mala opinión de ella y llegó a la conclusión de que ella era la única que había creído que algo había cambiado entre ellos durante el tiempo que pasaron en Umbría.

Gianni había jugado con ella. Creía que la conocía mejor de lo que se conocía ella misma.

Pero creía que él nunca podría adivinar cómo se sentía. Había ido a verlo ese día porque, a pesar de todo, sentía que se lo debía. En realidad, era su padre el que le debía mucho a ese hombre, pero en ese momento no estaba en condiciones de hacer nada.

Pensaba hacer lo que había ido a hacer y volver después a Dublín para tratar de recomponer su vida.

Iba a ser una existencia completamente distinta. Ya no tenían la empresa familiar y, aunque siempre había querido trabajar allí, no había sentido más que alivio desde que supo que iba a desaparecer. Se sentía liberada.

Vio que la recepcionista guardaba sus cosas para irse y Keelin miró su reloj con impaciencia.

Pero justo en ese momento sonó el teléfono y la chica contestó. La miró después a ella.

—Puede subir al despacho del *signor* Delucca. La atenderá ahora.

Keelin se puso en pie y fue al ascensor. Le dolía todo el cuerpo después de estar sentada durante tanto tiempo. Cuando las puertas del ascensor se abrieron en el piso superior contuvo el aliento, temiendo que Gianni la esperara al otro lado con cara de pocos amigos.

Pero no había nadie.

Fue hasta su despacho y estaba a punto de llamar con los nudillos cuando la puerta se abrió de repente. Gianni llenaba por completo el umbral.

Le sorprendió su descuidado aspecto. Tenía una barba incipiente y parecía cansado.

—No te vas a ir, ¿no?

Ella negó con la cabeza.

—Cinco minutos, Gianni. Es todo lo que te pido. Por favor.

Se quedó mirándola durante bastante tiempo. Después, dio un paso atrás, indicándole sin palabras que podía pasar. No se apartó del todo de su camino y sus cuerpos se rozaron levemente cuando pasó a su lado. No pudo evitar estremecerse. A pesar de todo, seguía deseándolo.

Gianni cerró la puerta y ella se dio la vuelta para mirarlo. Le preocupaba su aspecto, pero sabía que no podía pensar en eso, que

estaba allí para hablar de temas relacionados con la empresa de su padre, nada más.

Le costaba verse delante de él y tener que soportar que la mirara con desdén. Decidió ir al grano.

—Solo he venido para enseñarte… Bueno, para darte algo —le dijo ella.

Gianni fue a sentarse tras su mesa y se cruzó de brazos.

Ella había estado siguiendo las noticias financieras durante las últimas semanas y había sido un alivio ver que, aunque la quiebra de la empresa de su padre había hecho daño a la de Gianni, el desastre parecía haber sido más de imagen que un daño real, de carácter financiero.

Había sido doloroso ver que volvían a surgir rumores en la prensa sobre por qué Gianni había querido aliarse con Alimentos O'Connor y varios artículos sugerían que pudiera tener vínculos con la Mafia siciliana.

Keelin puso su maletín en una silla y lo abrió, sacando una carpeta con papeles. La puso en su mesa y se enderezó, mirándolo a los ojos con coraje.

—Es un contrato que ya he firmado yo —le dijo.

—¿Los papeles del divorcio? —le preguntó Gianni fríamente—. No tenías por qué traerlos en persona.

Respiró profundamente antes de contestar. Trataba de evitar que sus palabras la afectaran más de la cuenta.

—No, esos los firmaré la próxima semana, en cuanto mi abogado haga los cambios necesarios. No quiero recibir nada de ti.

Gianni frunció el ceño y abrió la boca para decir algo, pero ella levantó la mano. No estaba allí para hablar de eso.

—Por medio de este contrato te hago entrega de casi el sesenta por ciento de las acciones de Alimentos O'Connor. Es suficiente para que te hagas con el control y trates de negociar con los deudores. Puede que así consigas reflotar la compañía —le explicó—. Si eso es lo que quieres, claro. Supongo que te estarás preguntando cómo he conseguido las acciones.

Gianni asintió con la cabeza.

—Empecé a comprarlas con mis ahorros en cuanto supe lo que había pasado. Convencí a mi madre para que me traspasara sus acciones. De todos modos, ella nunca ha tenido ningún interés en esas cosas y mi padre ahora mismo no es capaz de tomar ninguna decisión. La junta directiva ha perdido la confianza en él. Aunque consiguiera salir de esta situación, los consejeros nunca lo aceptarían como director general. También tienes en esta carpeta la información actualizada sobre el estado de cuentas de la empresa y los nombres de todos nuestros clientes.

—¿Por qué estás haciendo esto, Keelin? —le preguntó Gianni sin dejarle entrever lo que pudiera estar pensando.

Le costaba soportar la intensidad de su oscura mirada, pero se obligó a hacerlo.

—Lo estoy haciendo porque no te mereces que tu negocio se hunda por culpa de mi padre. Escondió los problemas que tenía Alimentos O'Connor y sé que, si alguien puede salvar la empresa, ese eres tú —contestó tratando de no mostrar tampoco ninguna emoción—. Me he dado cuenta de que estaba obsesionada con formar parte del negocio porque quería conseguir la atención de mi padre. Él amaba la empresa familiar y supongo que pensé que, si yo trabajaba en ella, también me querría a mí —le confesó con una triste sonrisa—. Es patético, lo sé. Y no es que ya no me interese, pero sé que no estoy cualificada para asumir la dirección de la empresa. Así que, si quieres obtener tú el control, ahora tienes la manera de hacerlo. Y, por si sirve de algo, de verdad no sabía lo que estaba pasando. Lo siento. No te merecías esto, pero yo tampoco. Solo fui un peón en las maquinaciones de mi padre, como te pasó a ti.

Se quitó entonces la alianza y la puso sobre la mesa, encima de la carpeta que le había entregado.

Tomó su maletín y fue rápidamente hacia la puerta con un nudo en la garganta. Estaba a punto de abrirla cuando se dio cuenta de que tenía que decirle algo más. Se dio de nuevo la vuelta hacia él.

—Sé que este matrimonio solo era un contrato comercial para ti, pero se convirtió en algo más para mí durante el tiempo que pasamos en Umbría. Sé que tú solo estabas tratando de hacerme creer que nuestro matrimonio podía funcionar, pero durante esos días llegué a creer que de verdad podía ser así. Ahora sé que estaba equivocada —le dijo con sinceridad—. Pero al menos me ayudaste a ver que puedo ser lo suficientemente fuerte como para soportar hasta lo peor que me podía pasar. Que no era lo que siempre había imaginado que sería, perder por completo mi herencia.

Esa vez sí abrió la puerta y salió del despacho.

Gianni no dijo nada, no le pidió que se detuviera ni le dijo adiós. Se tragó su dolor y siguió caminando. Fue al ascensor, cruzó el vestíbulo y salió del edificio, y de la vida de Gianni, para siempre.

Gianni se quedó mirando la puerta cerrada durante mucho tiempo, pensando que quizás lo hubiera soñado. No terminaba de creerse que Keelin hubiera estado allí y le hubiera entregado los documentos que le daban el control de la empresa de O'Connor.

Se fijó entonces en la carpeta que le había entregado y en su alianza.

Sí, había pasado. No lo había soñado. Aún persistía en el despacho el aroma floral de su perfume. No había sido un espejismo, sino algo real. Llevaba tanto tiempo soñando con ella cada vez que cerraba los ojos que le costaba aceptar que de verdad la hubiera tenido delante de él.

Se dejó caer en su sillón. Se sentía como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago. Recordó entonces sus palabras. Le había asegurado que ese matrimonio había sido algo más para ella durante el tiempo que pasaron juntos en su villa de Umbría.

Las últimas tres semanas habían sido muy duras para él. Tanto sus socios como sus clientes le habían hecho la vida imposible. Había perdido más de una docena de importantes contratos. Cuando estaba en público, la gente lo miraba y susurraba a sus espaldas. Habían vuelto a hablar en la prensa de sus supuestos vínculos con la Mafia y el pasado de su padre. Incluso su madre había estado tan preocupada con él que había ido a visitarlo. Había sido una auténtica pesadilla, pero lo cierto era que nada de eso le había importado lo suficiente como para quitarle el sueño.

No. Había sido algo muy distinto lo que lo había mantenido despierto, una mujer de ojos verdes, melena pelirroja y curvas de infarto. Y esa mujer acababa de salir de allí porque estaba convencida de que él no quería volver a verla.

Le habría encantado que ese fuera el caso, creía que así todo habría sido más fácil, pero no era verdad.

De repente, lo vio todo muy claro y sintió que, por primera vez en semanas, podía respirar con normalidad. Reaccionó demasiado tarde. Salió de su despacho y bajó a la calle con el corazón a cien por hora, pero ella ya se había ido.

—El cordero para la mesa uno está listo para salir.

—Lo llevo yo —repuso Keelin mientras metía su libreta de comandas en el bolsillo de su delantal y el bolígrafo en su moño.

Recogió el plato que le había entregado el cocinero y lo llevó a la mesa que le había indicado.

De vuelta a la cocina, se frotó el cuello con la mano. Estaba cansada y le dolían todos los músculos del cuerpo. Pero era mejor así. Estaba demasiado agotada para pensar y por fin podría dormir.

La gerente del restaurante la llamó y le entregó una carta.

—Acaba de sentarse un hombre a la mesa tres. Ni siquiera ha esperado a que lo sentáramos, pero es tan guapo que se lo perdonaré —le dijo.

Keelin sonrió a su vieja amiga de la universidad. Había sido una suerte que hubiera estado buscando camareras para su nuevo negocio

cuando se la encontró por la calle hacía un par de días, nada más volver a Dublín tras su viaje relámpago a Roma.

—Yo me encargo de él, trataré de no asustarlo —repuso Keelin.

Se acercó a la mesa tres con la carta en la mano, dispuesta a recitarle los platos especiales de esa noche. Pero se detuvo en seco al ver quién era.

Gianni Delucca estaba sentado frente a ella, dominando con su presencia el comedor del pequeño restaurante. Durante un segundo, se sintió tan mareada que pensó que iba a desmayarse. Gianni debió de notarlo en su cara porque hizo ademán de levantarse, como si quisiera ayudarla.

Consiguió recuperarse y se le acercó.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Gianni volvió a sentarse.

—Te he estado buscando —repuso él—. ¿Por qué demonios no le diste a tu abogado tu dirección?

Keelin se sonrojó.

—Porque estoy en un hostal hasta que pueda permitirme pagar mi propio apartamento.

Si Gianni había ido hasta allí para regodearse, creía que ese era el momento perfecto. Estaba muerta de calor, empapada en sudor y haciendo un trabajo por el que cobraba una miseria. Tan poco dinero que tenía que vivir en un albergue juvenil. Supuso que Gianni podría sentir que se había hecho justicia.

—Tenemos que hablar —le anunció él.

Le sorprendieron sus palabras.

Gianni volvía a ser el mismo de antes, ya sin el aspecto con el que lo había visto la última vez. Iba vestido de forma impecable, bien peinado y afeitado, pero le pareció que estaba algo más delgado.

No entendía por qué se fijaba en esas cosas cuando sabía que Gianni estaba allí para castigarla un poco más.

—Pues ahora no puedo hablar contigo, estoy trabajando —le espetó —. Mi turno termina dentro de dos horas.

Se dio la vuelta para irse, pero Gianni la agarró del brazo. El simple contacto hizo que todo su cuerpo reaccionara. Ese hombre seguía afectándola más de lo que habría querido tener que admitir.

—Suéltame.

—No —replicó él—. Te soltaré si te comprometes a venir conmigo. Ahora.

Abrió la boca para discutir, pero algo en sus ojos la detuvo. Conocía esa mirada demasiado bien. Sabía que no la iba a dejar en paz hasta que accediera a hablar con él.

—De acuerdo, se lo pediré a mi jefa. Pero, si no me da permiso, tendrás que esperar.

Le soltó por fin el brazo y ella tuvo que luchar contra el impulso de frotarse donde él la había tocado. Se sentía casi como si le hubiera quemado la piel con los dedos.

Fue a hablar con Susan y le explicó la situación. Su amiga abrió mucho los ojos al oírlo.

—¿Qué? ¿Es tu marido?

—Bueno, pronto será mi ex —repuso Keelin.

Había firmado los papeles de divorcio el día anterior.

—Algo me dice que no vas a volver para terminar tu turno y que tampoco seguirás trabajando aquí, pero no pasa nada. Te perdono.

Puso los ojos en blanco al oír lo que le decía, aunque no pudo evitar que el corazón le diera un vuelco. Pero sabía que Gianni estaba allí para hablar con ella sobre Alimentos O'Connor. Se quitó el delantal y recogió su bolso. Después, fue directamente a la puerta, sin molestarse en comprobar que él la seguía.

Pero la alcanzó en cuestión de segundos.

—Vamos a mi hotel, así podremos hablar con tranquilidad —sugirió Gianni.

Se detuvo y lo miró. Era muy consciente de la ropa que llevaba, la falda negra y camisa blanca que componían su uniforme de camarera. Y sabía que debía de oler a comida.

Y, para colmo de males, se sentía muy desconcertada. Le resultaba surrealista ver a Gianni allí, en Dublín.

—¿En qué hotel estás?

Gianni le nombró el hotel. Como había esperado, era el más exclusivo y caro de la ciudad. Se los imaginó a los dos en una de las lujosas suites del hotel y decidió que no era buena idea.

—No, vamos a mi hostal. Tiene una cafetería y está cerca de aquí.

Vio que Gianni apretaba los labios. No le gustaba su sugerencia, pero no dijo nada.

—De acuerdo, vamos.

Diez minutos más tarde estaban entrando en el albergue juvenil donde se alojaba. El vestíbulo tenía una decoración muy hippy y estaba lleno de jóvenes mochileros. Era uno de los hostales más concurridos de Dublín. Fueron a la sencilla cafetería del albergue, Keelin pidió dos cafés y se sentó a una de las mesas.

Se dio cuenta de que tampoco allí iban a estar cómodos, pero fue una satisfacción ver que Gianni fruncía el ceño antes de sentarse en la vieja silla que tenía a su lado.

Envolvió las manos alrededor de su café y decidió ir al grano.

—¿Por qué has venido a verme? —le preguntó a Gianni.

—¿De verdad quieres hablar aquí? —repuso él con incredulidad.

Keelin asintió con la cabeza. Llegó a la conclusión de que había sido buena idea ir allí porque empezó a entender poco a poco que de

verdad estaba allí, que era Gianni el que tenía frente a ella, y apenas podía resistir la tentación de extender hacia él la mano y tocarlo.

Gianni se encogió de hombros y tomó un sorbo de su café antes de dejarlo de nuevo en la mesa.

—Te debo una disculpa —le dijo mirándola a los ojos.

Se quedó sin saber qué decir. Al menos, durante unos segundos.

—¿Sí?

Él asintió con la cabeza, parecía muy serio.

—Di por hecho que habías tenido algo que ver con las maquinaciones de tu padre y que sabías cómo estaba la empresa, pero no debería haberlo hecho. No me habías dado ninguna razón para creer que pudieras estar compinchada con tu padre, todo lo contrario.

A pesar de su disculpa, se sintió decepcionada.

—¿Has hablado con mi padre o has llegado a esa conclusión porque has comprobado que no se menciona mi nombre en ningún sitio?

Gianni negó con la cabeza.

—No, no he comprobado nada. No necesitaba hacerlo. Cuando me calmé lo suficiente para pensar con claridad, supe la verdad. Creo que me lancé a asumir lo peor porque era más fácil que lidiar con mis emociones.

Aunque seguía sentada, se sintió un poco mareada al oír sus palabras.

—¿Tus emociones? —le preguntó—. ¿Qué quieres decir?

Gianni suspiró mientras se pasaba una mano por el pelo. Se dio cuenta de que estaba algo nervioso.

—Necesito que me expliques mejor lo que me dijiste el otro día, justo antes de salir de mi despacho —le pidió mirándola a los ojos—. Me aseguraste que este matrimonio se había convertido en algo más y también que perder tu herencia y la empresa no era lo peor que te había pasado.

—¿No basta con que te lo diera todo? —le preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—No, necesito saberlo.

No podía creer que Gianni quisiera saberlo para utilizar sus sentimientos y torturarla también de esa manera. Dejó el café en la mesa y lo fulminó con la mirada.

—¡Maldito seas, Gianni Delucca! Ojalá no te hubiera conocido nunca. Tenía todo mucho más claro antes de que aparecieras en mi vida —le dijo enfadada—. Sabía quién era y lo que quería.

Le dio la impresión de que sus palabras lo habían herido.

—¿Lo dices en serio?

Keelin sacudió la cabeza y después, asintió. Las dos cosas a la vez.

—No —repuso—. Sí. No…

Gianni la sorprendió entonces poniéndose de rodillas frente a ella.

Allí mismo, en la cafetería del albergue. Miró a su alrededor, habían conseguido despertar el interés de la gente.

—¿Qué estás haciendo? —susurró avergonzada.

Pero Gianni ignoró su pregunta y volvió a preguntárselo.

—¿Qué es lo que querías decir?

No podía dejar de temblar. Gianni la miraba de una forma que… Nunca lo había visto así, despojado de todo artificio y arrogancia. Parecía más joven y mucho más vulnerable.

—Cuando dejé de luchar contra ti y contra el hecho de que nos habíamos casado, descubrí que me gustaba —reconoció ella con la voz cargada de emoción—. Ya no quería seguir pensando en maneras de salir de esa situación. Perder Alimentos O'Connor no fue lo peor que me podía pasar porque perderte a ti fue mucho peor. Me he pasado toda la vida tratando de conseguir el cariño de mi padre y quería trabajar en la empresa porque pensaba que así podría conseguir estar más cerca de él. Pero me he dado cuenta de que lo que en realidad deseaba era tener una conexión profunda con alguien y cuando sentí que la tenía contigo, traté de ignorarlo. Me dio miedo que no fuera real, que todo formara parte de mi obsesión por obtener la aceptación o el cariño de alguien. Como me había pasado siempre con mi padre —le confesó con valentía—. Así que, si has venido hasta aquí para…

—Te quiero.

Keelin se quedó con la boca abierta.

—¿Qué?

Vio que ya no la miraba con angustia en sus ojos.

—Te quiero, Keelin O'Connor. Creo que he estado enamorado de ti desde el primer día, desde que vi tu foto en el despacho de tu padre —respondió Gianni—. Lo que me has dicho sobre esos días en Umbría… Fue igual para mí. Así que, cuando me enteré de que Alimentos O'Connor llevaba en peligro meses, utilicé esa información para echarte la culpa de todo. Pero solo era una excusa para no tener que admitir que me estaba enamorando de ti —añadió con emoción—. Lo siento mucho.

Ella seguía en estado de shock. Su cerebro estaba tardando en procesar lo que le había dicho.

—¿Acabas de decirme que me quieres?

Gianni asintió con la cabeza.

—Tú me ayudaste a ver que llevaba demasiado tiempo obsesionado, tratando de reconstruir el negocio de mi abuelo y limpiar mi apellido de todo vínculo con la Mafia. Pero me he dado cuenta de nada de eso me importa tanto como tú. Mientras te tenga a mi lado, no me preocupa lo que le pase a mi empresa o lo que la gente diga de mí. Siempre he utilizado a mi abuelo como inspiración para tratar de lograr el éxito profesional, pero la verdad es que él amaba las cosas

simples y nada le importaba más que el amor y la familia. Estaba tan enamorado de mi abuela que, cuando ella murió, siendo aún muy joven, se fue de Sicilia porque no podía soportar seguir allí sin ella. He recordado ahora que por eso se mudaron a Roma, no tenía nada que ver con su ambición ni con el futuro de su negocio.

Keelin tenía un nudo en la garganta. Eran muchas las emociones que estaba conteniendo.

—Y tengo algo más que decirte —continuó Gianni—. A partir de hoy, mi empresa tiene un nuevo nombre.

—¿Sí? —susurró ella con un hilo de voz.

Apenas podía hablar.

—Sí, se llama Delucca y O'Connor, Sociedad Limitada. Espero que te guste porque estás en el consejo de administración y me temo que hemos aprobado ese nuevo nombre sin tu voto.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Estás seguro de que…?

Gianni le llevó un dedo a la boca, deteniendo sus palabras.

—Nunca he estado más seguro de nada, en toda mi vida —le susurró él—. Y tengo que hacer algo más.

Sacó una cajita de terciopelo del bolsillo interior de su chaqueta y la abrió. Se quedó sin aliento al ver el anillo que había elegido en la joyería de Montefalco. Se le había olvidado por completo.

Gianni lo sacó de la caja.

—Sé que estamos haciéndolo todo al revés, pero me gustaría preguntarte algo.

Le enterneció ver el nerviosismo con el que le hablaba Gianni.

—¿El qué? —susurró con el corazón a mil por hora y una nueva esperanza creciendo dentro de ella.

—Keelin O'Connor, ¿me harías el honor de no seguir adelante con el proceso de divorcio y continuar siendo mi esposa? —le preguntó con solemnidad y emoción.

Sintió que se detenía el tiempo en ese instante. Lo miró entonces y no vio más que amor en sus oscuros ojos. Y lo mejor de todo era darse cuenta de que ella sentía lo mismo, un amor sin condiciones.

—Sí —repuso ella.

Gianni sonrió, tomó su mano y le puso el anillo. Se metió la mano de nuevo en el bolsillo y sacó otro anillo, su alianza. Al verla, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

Contuvo el aliento mientras le ponía también ese anillo.

—Como ya te he dicho en otra ocasión, Keelin O'Connor Delucca. En la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza… —comenzó él.

Keelin se inclinó hacia delante y lo abrazó sin poder dejar de sonreír.

—Y ahora nos declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia —le susurró ella.

Gianni le separó las piernas con las manos y se acercó tanto como le permitía su falda. Después, besó a su esposa apasionadamente, olvidando que no estaban solos y que tenían mucha gente a su alrededor hasta que alguien, incómodo con la situación, se aclaró repetidamente la garganta.

Dejaron entonces de besarse.

Keelin se sentía algo mareada, le faltaba el aire y el corazón galopaba en su pecho.

Estaba eufórica.

—Perdonen, pero este es un lugar público y están incomodando a los demás huéspedes —les dijo alguien.

Gianni se apartó de ella y Keelin se sonrojó al ver que todos los miraban. Pero, al darse cuenta de lo que acababa de pasar, no pudo evitar echarse a reír, nunca se había sentido tan feliz.

Su marido se levantó y, sin soltar su mano, tiró de ella para ayudarla a ponerse en pie. La miró entonces como si estuviera enfadado.

—Necesito estar contigo, te deseo tanto… Pero no pienso hacerlo en un albergue —le dijo con el ceño fruncido.

Keelin sacudió la cabeza. No podía dejar de sonreír.

—No. Llévame a casa, Gianni.

Y eso fue exactamente lo que hizo.

Epílogo

Papá!

Gianni sonrió ante el grito del pequeño de brazos regordetes y pelo cobrizo que, con sus dos años de edad, corría a su encuentro para darle un gran abrazo.

—*Ciao, piccolino, come stai?*

Piero, que se llamaba así en honor al abuelo de Gianni, le contestó con una mezcla de inglés e italiano difícil de entender mientras lo miraba con sus ojos negros muy abiertos. Parecía tener mucho que contarle a su querido papá y poco tiempo para hacerlo.

Gianni se despidió con una sonrisa del personal que trabajaba en la guardería. Se trataba de un nuevo servicio que ofrecía la empresa. La habían instalado en la planta baja de su edificio de oficinas en Roma.

Salió de allí con Piero en sus brazos.

Acababa de volver a casa después de un viaje de negocios. Solo había estado un día en Dublín, pero incluso esas horas le parecían demasiado tiempo lejos de su familia.

Se metió en el ascensor privado y aprovechó para hablar cuando Piero se detuvo un segundo para respirar.

—Vamos a ir a buscar a *mamma,* ¿te parece? —le sugirió.

Piero aplaudió entusiasmado.

—*Mamma e bambino!*

—Sí, eso es —repuso Gianni besando de nuevo a su hijo.

Estaba feliz de poder reencontrarse con su familia. Su madre había accedido por fin a vender la casa familiar y pasaba su tiempo entre el piso de Roma y la villa de Umbría.

Se había convertido en una mujer nueva que había dejado atrás el pasado, concentrada completamente en cuidar de su nueva familia. Keelin y ella se habían hecho grandes aliadas y amigas.

Llegaron a la planta donde estaban los despachos de Keelin y el suyo. Todo el mundo estaba ya recogiendo sus cosas para irse, pero se acercaron con una sonrisa en cuanto vieron a Piero. El pequeño se escurrió de sus brazos y Gianni dejó que fuera hasta donde estaba uno de sus guardias de seguridad favoritos, con el que jugaba a menudo.

Vio cómo se acercaba a él, se subía al regazo del hombre y le sacaba algo del bolsillo.

—Luego no digas que no te lo advertí, Alfredo. Si te rompe de nuevo el teléfono, es culpa tuya.

Gianni también había tenido que cambiar de móvil varias veces durante los últimos meses. Pero vio que a Alfredo no parecía preocuparle que Piero jugara con su teléfono.

Sacudió la cabeza al verlos juntos. Todos parecían tener debilidad por su hijo y no le extrañaba.

Fue al despacho de su esposa, que estaba junto al de él. Sintió que se le aceleraba el corazón, le pasaba siempre que estaba a punto de verla. La secretaria de Keelin, la mujer que había sido la organizadora de su boda, ya estaba a punto de irse y lo saludó con una sonrisa.

—Está en medio de una reunión telefónica, pero ya casi ha terminado. Puede pasar —le dijo la mujer.

Entró en silencio y cerró la puerta tras él, apoyándose contra ella y cruzándose de brazos.

Keelin daba vueltas por el despacho mientras gesticulaba apasionadamente con las manos. El deseo lo dominó casi al instante. No podía dejar de mirarla. Llevaba el pelo recogido en un moño y estaba más guapa que nunca. Se le fueron los ojos a sus curvas, a esos pechos llenos y a su preciosa barriga. Estaba embarazada de ocho meses y su vestido de punto resaltaba esas curvas llenas de vida. Sonrió al ver que estaba descalza.

Keelin lo vio entonces y se detuvo, abriendo mucho los ojos. Tenía las mejillas sonrosadas.

—Muy bien, chicos, creo que esto es todo por ahora —les dijo a sus interlocutores—. Me encargaré de que Allessandra os envíe los resultados de la encuesta el lunes.

Varias personas se despidieron de ella desde el altavoz que tenía en la mesa y que estaba conectado al teléfono. Keelin cortó la llamada y se volvió para mirar a su marido con una sonrisa muy sexy y las manos apoyadas sobre su vientre.

Gianni empezó a aflojarse la corbata mientras iba hacia ella, su cuerpo reaccionaba de una manera casi primitiva cada vez que la veía, sobre todo ahora que estaba embarazada, esperando un bebé. Iba a ser una niña y Gianni sentía ya un amor inmenso por esa pequeña.

—No deberías trabajar tan duro —le susurró mientras la abrazaba.

Keelin rodeó su cuello y gimió suavemente al sentir que Gianni bajaba las manos por su espalda y comenzaba a acariciarle el trasero.

—No lo hago —repuso ella—. Estás todo el día pendiente de mí y solo dejas que trabaje cuatro horas al día. ¿Qué quieres que haga si no en Roma mientras esperamos a que llegue el bebé? ¿Que me vaya de compras?

Gianni se apartó unos centímetros parar mirarla a los ojos.

—Y pensar que hubo un tiempo en el que pensé que eso era lo único que sabías hacer.

Keelin sonrió al oírlo.

—Conseguí engañarte, Giancarlo Delucca —susurró descaradamente.

—La verdad es que sí, lo hiciste.

Keelin sonrió, pero después frunció el ceño. Parecía algo preocupada.

—¿Dónde está Piero? —le preguntó.

—Afuera, jugando con Alfredo.

Ella hizo una mueca al oírlo.

—Entonces, será mejor que le diga a Allessandra que le compre un teléfono nuevo.

Gianni rio y fue a sentarse en el sofá sin soltarle la mano. Tiró de ella hasta colocarla en su regazo y Keelin se echó a reír a carcajadas.

—¡Te voy a aplastar!

No contestó. Estaba demasiado ocupado atrayendo hacia él su boca para sellar su reencuentro con un apasionado beso. Supuso que no iban a tener más de un minuto de intimidad antes de que el torbellino de energía que tenían por hijo entrara corriendo en el despacho, y Gianni no pensaba echar a perder ni un segundo de ese tiempo.

* * *

Podrás conocer otra novela de los Chatsfield en el tercer libro de *El regreso de los Chatsfield* del próximo mes titulado:
LA HUIDA DE LA PRINCESA